

Mothman está en los Alfaques



Israel Gutiérrez Collado





MOTHMAN ESTÁ EN LOS ALFAQUES

Israel Gutiérrez Collado

Apocalipsis 8:7-12:

“El primer ángel tocó su trompeta, y granizo y fuego, mezclados con sangre, fueron lanzados sobre la tierra. Se incendió la tercera parte de la tierra, y se quemó la tercera parte de los árboles y toda la hierba verde. Entonces el segundo ángel tocó su trompeta, y una gran montaña de fuego fue lanzada al mar. La tercera parte de las aguas del mar se convirtió en sangre, murió la tercera parte de todos los barcos. Entonces el tercer ángel tocó su trompeta, y una gran estrella cayó del cielo, ardiendo como una antorcha. Cayó sobre una tercera parte de los ríos y sobre los manantiales de agua. El nombre de la estrella era amargura. Entonces el cuarto ángel tocó su trompeta, y se dañó la tercera parte del sol y la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas, y se oscurecieron. Así que la tercera parte del día quedó sin luz, y también la tercera parte de la noche”.

Cartas de Plinio el Joven a Cornelio Tácito, en su retrato de la erupción del Vesubio:

“Veíamos que el mar se retiraba sobre sí mismo y se replegaba como empujado por los temblores de la tierra. Desde luego, la costa había avanzado y gran cantidad de animales marinos se encontraban varados sobre las secas arenas”.

“Cuando se hizo de noche, pero no como una noche nublada y sin luna, sino como una habitación cerrada en la que se hubiera apagado la lámpara, podías oír los lamentos de las mujeres, los llantos de los niños, los gritos de los hombres”.

Carlos Sentís (La Vanguardia):

"Aquello no era un accidente, era una visión del Apocalipsis en una tarde de vacaciones. Los cuerpos estaban tan calcinados que parecían estatuas de carbón sentadas aún a la mesa”

Mary Hyre (Messenger, Point Pleasant)

"Nunca he visto a la gente de este valle tan nerviosa. No es solo la cosa con alas, son las luces en el cielo y los hombres extraños de traje negro que han empezado a aparecer en nuestras puertas”

Prólogo

El 11 de julio de 1978 la explosión de un camión cisterna cargado con veinticinco toneladas de propileno al pasar por delante del camping de Los Alfaques, deja un saldo de 217 personas fallecidas y más de 300 heridas en estado grave, o muy grave.

Yo nací el 3 de julio de 1979, trescientos cincuenta y siete días después de la tragedia en el camping de Alcanar, más conocido como camping de Los Alfaques. Las personas (en su mayoría turistas alemanes, franceses y belgas), que quedaron atrapadas para siempre un martes, en la comarca del Montsià, en la provincia de Tarragona, serán recordadas en una España de cambio, la cual bullía por la transición; en 1978 se aprobó la Constitución; se estrenó “La escopeta Nacional”, dirigida por Luís García Berlanga; y se dieron los primeros pasos de la todavía recordada “Movida Madrileña”.

Pero meses antes de que ocurriera todo esto, sucedió un trágico hecho que provocó el mayor cambio en las normas de seguridad en el transporte de mercancías peligrosas. A las 14:36 de la tarde, el tiempo quedó detenido en Los Alfaques.

No se sabe con exactitud cuando se empezaron a ver fantasmas en el kilómetro 159 de la N-340, ya que muchas personas, como es lógico, callan. Pero sí es notorio que aproximadamente la tercera parte del camping lleva más de cuarenta años sin descanso. Aunque reconozco que el tema de las apariciones me atrae, lo cierto es que en este libro, además de narrar con la mayor exactitud posible lo que pasó, busco a un siniestro hombre vestido de negro con sombrero, muy alto, que fue visto andando por una carretera muy cerca de la zona días antes de la tragedia.

¿Era un hombre normal, u otra cosa?

INTRODUCCIÓN

Una llamada en mitad de la noche:

—Soy Javier.

—Te escucho Javier.

—*Estoy un poco nervioso. Ha pasado mucho tiempo.*

—Comienza por contarme lo que viviste.

—*Oí la explosión. Después sólo vi las llamas, unas llamas muy altas, y un calor horroroso.*

—¿Cuántos años tenías?

—*Nueve. Había mucho ruido. El cielo entero estaba iluminado. Volaban cosas por encima de mi cabeza.*

—¿Qué era lo que volaba?

—*Supongo que bombonas. Es lo que leí en los periódicos.*

—No pudiste ver que eran bombonas con claridad.

—*No. Corrí en busca de mi madre.*

—¿Y la encontraste?

—*Sí. Me costó llegar pero la encontré quemada junto a la caravana.*

—Lo siento.

—*A veces me parece oír su voz.*

—¿Qué fue de tu padre? ¿Tienes hermanos?

—*Ninguno de los dos se encontraba allí el día de la explosión. Sólo Clara.*

—¿Quién es Clara?

—*Mi amiga. Se la llevó.*

—¿Se la llevó? ¿Te refieres a la explosión?

—*Sí. La dejó dormida en brazos de mi madre.*

—Me interesa mucho tu historia. ¿Cómo quedamos?

—*Soy de San Carlos pero ahora vivo en Vinaròs.*

—No he estado nunca.

—*Hay un bar de carretera cerca, junto a la playa. Se llama Cal Sisco. Podemos quedar allí.*

—De acuerdo. ¿Cuándo te va bien que quedemos?

—*Cuando quieras. Tengo tiempo.*

—Si quieres mañana mismo bajo.

—*Vale.*

—Por la mañana mejor.

—*De acuerdo.*

—Cuando llegue te llamo a este número.

—*Sí, bajo.*

—Hasta mañana entonces.

—*Adiós.*

Capítulo 1: Una llamada que se produce 36 años después

Llevaba horas conduciendo por la N-340. Tenía los ojos hinchados tras sus lentes de montura redonda. De vez en cuando se tapaba la boca instintivamente para acomodar el bostezo. Estiraba el cuello hacia atrás y lo rotaba sobre sus delgados hombros mientras el sol de julio iluminaba alegremente su frondosa barba lacia. De pronto vio la curva. Pepe redujo a segunda, agarrotó los dedos anillados sobre la palanca de cambio y empujándola salió disparado comiendo asfalto desde la estación de Peñíscola hasta Benicarló. En el transcurso de un viaje completamente monótono, pudo apreciar a su izquierda una gran variedad pintoresca de hoteles y chalets construidos durante la burbuja inmobiliaria.

José Gutiérrez Cagijal, «Pepe», periodista de profesión, estaba harto de remover la mierda de los famosos. Por eso, cuando un antiguo colega le ofreció trabajar con él no lo dudó, aunque fuera en una revista de ufología.

Mientras conducía el Seat Ibiza, y lo ponía a rodar con excesiva cautela hacia el noroeste, entre la tierra y el mar, a través de los interminables campos de algodón que surgían a cada lado, iba pensando en la conversación que horas antes había mantenido con su colega, ahora jefe, Eduardo Torralba. Durante la misma, en un pequeño despacho reducido, hablaron acerca de Javier. «Entra y acomódate», le dijo sentado, tras una austera mesa marrón. «Tengo un trabajo para ti. Necesito que llames a un número y quedes con un tal Javier en alguna parte de Valencia, no me ha especificado el lugar. Sólo que vive en Valencia». El instinto encarnizado de «ex periodista del corazón», le llevó a pensar inmediatamente que se trataba de otro «friki». «¿Qué sabes de la tragedia de Los Alfaques?», preguntó Torralba. Pepe se encogió de hombros. Tenía diez años cuándo ocurrió la desgracia. Apenas sabía nada, más allá de lo ocurrido. Ni siquiera logró acertar con la fecha. «Pensaba que había pasado en los ochenta», dijo. Torralba se reclinó hacia atrás. Abrió un cajón y sacó un trozo de folio, con el número de Javier apuntado. «Llámallo lo antes posible».

Una parada a la entrada de Vinaròs. Pepe estacionó en doble fila con el motor en marcha. A las once de la mañana había mucho tráfico. Cogió el móvil, apagó el GPS y marcó el número que tenía grabado.

—Javier. Soy yo, Pepe. Hablamos ayer.

—Sí, sí.

—Estoy aquí, en la Plaza de primero de Mayo. El GPS me indica que lo tengo a un minuto.

—*No entres porque te va a ser imposible aparcar. ¿Qué has venido por la playa de Clot, no?*

—Ni idea, no me he fijado, la verdad.

—*Bueno, tú tira un poco para atrás hasta que veas un edificio viejo con las persianas verdes. Tiene unos containers delante. Por allí siempre hay aparcamiento.*

—De acuerdo. Te veo ahora.

—*Vale, hasta ahora.*

Pepe guardó el móvil. Miró adelante y después atrás. La calle se estaba llenando de gente. La mayoría cruzaba casi sin mirar, para ir a la playa. Quitó el freno de mano. Puso primera y aceleró despacio. «Stop», le indicó con la mano un turista joven que llevaba puesta «la Mannschaft». Algunos más, todos alemanes, aprovecharon que el Ibiza se había detenido, para cruzar. El joven teutón le hizo la señal de «ok» mientras se alejaba. Inició marcha. A escasos metros visualizó una rotonda. Dio toda la vuelta y, regresando, metió segunda. Tuvo que volver a pisar el freno. Esta vez fueron los de aquí. Habían irrumpido en tromba. Ellos sin camiseta, ellas en ajustado bikini. Llevaban cubos, balones de playa, colchonetas bajo el brazo...«Poderoso verano», se dijo Pepe con la mirada fija en el movimiento sinuoso que hacían las rayas. Sonrió socarrón. Metió primera. Los neumáticos rodaron a lo largo de medio kilómetro. «Ahí está». A la izquierda, el viejo edificio cuadrado de dos plantas descascarillado. Efectivamente, había cuatro contenedores de basura delante y mucho espacio para aparcar. Estacionado el vehículo frente a un edificio amarillo, se bajó del mismo y comenzó a caminar en la dirección que le marcaba el GPS. Buscaba el bar. Lo encontró dos calles más abajo. Unos diez minutos andando. Respiró aliviado. El trayecto había sido duro. Hasta las dos de la madrugada buscando información de Los Alfaques, y a las siete en pie para viajar a Valencia. La calle del bar Cal Sisco, situado al final, como no, repleta de gente. Antes de entrar miró la hora: Las 11:38 de la mañana. Contempló su propio reflejo en la puerta acristalada del bar. «Menudas pintas». Parecía un reportero de guerra; peludo; desaliñado; cubierto de sudor. Se tocó la cartera, asegurándose de que la había traído. Sin más dilación, empujó la puerta del bar. Encontró a Javier de pie, tomándose una cerveza en la barra. Había más gente por allí, pero la conexión fue instantánea. Javier, de la misma edad que Pepe, le devolvió la mirada en el acto.

—Javier—dijo Pepe, ofreciéndole la mano que tenía libre a modo de saludo.

Javier era un tipo bajito, calvo, muy castigado físicamente. Se apreciaba débil. Parecía tener más edad que Pepe. Vestía «de camping»; gorra roja; camiseta blanca a tirantes; bermudas y chancletas.

Lo cierto es que el lugar pintaba fantástico, muy limpio, todo amueblado de madera. En ese momento, el dueño estaba secando los vasos de tubo.

Pepe y Javier salieron fuera. Se sentaron en una de las mesas que había por allí. Pepe pidió un Bitter Kas con hielo y limón, y Javier otra Estrella.

—No te importará que grabe la conversación—habló Pepe, colocando el teléfono móvil sobre la mesa, entre las manos de Javier.

—Ningún problema.

Pepe captó que Javier se estaba poniendo nervioso. Tenía que ser suave. Apretó el pulsador, iniciando así la grabación:—Acércate un poco a la grabadora y di tu nombre completo.

—Javier XXX

— ¿Cuántos años tienes, Javier?

—Cuarenta y cinco.

— ¿Fumas? ¿Bebes?

—Fumar no, lo dejé.

—Estate tranquilo Javier con la pregunta que voy a hacerte a continuación. Nadie va a oír esta grabación, sólo yo.

—Sí.

— ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

— ¿Has tomado o consumes actualmente algún tipo de estupefaciente?

— ¿Qué tipo de pregunta es esa? —, dijo nervioso. Casi tira la cerveza.

—Si no quieres responder lo entiendo.

—Claro que quiero responder. Ahora sí, antes no, quiero decir al revés, cuando era joven.

—Tranquilo. Necesito que volvamos al principio. Quiero que me cuentes quiénes eráis, en que parte del camping estabais ubicados. ¿Podrás hacerlo?

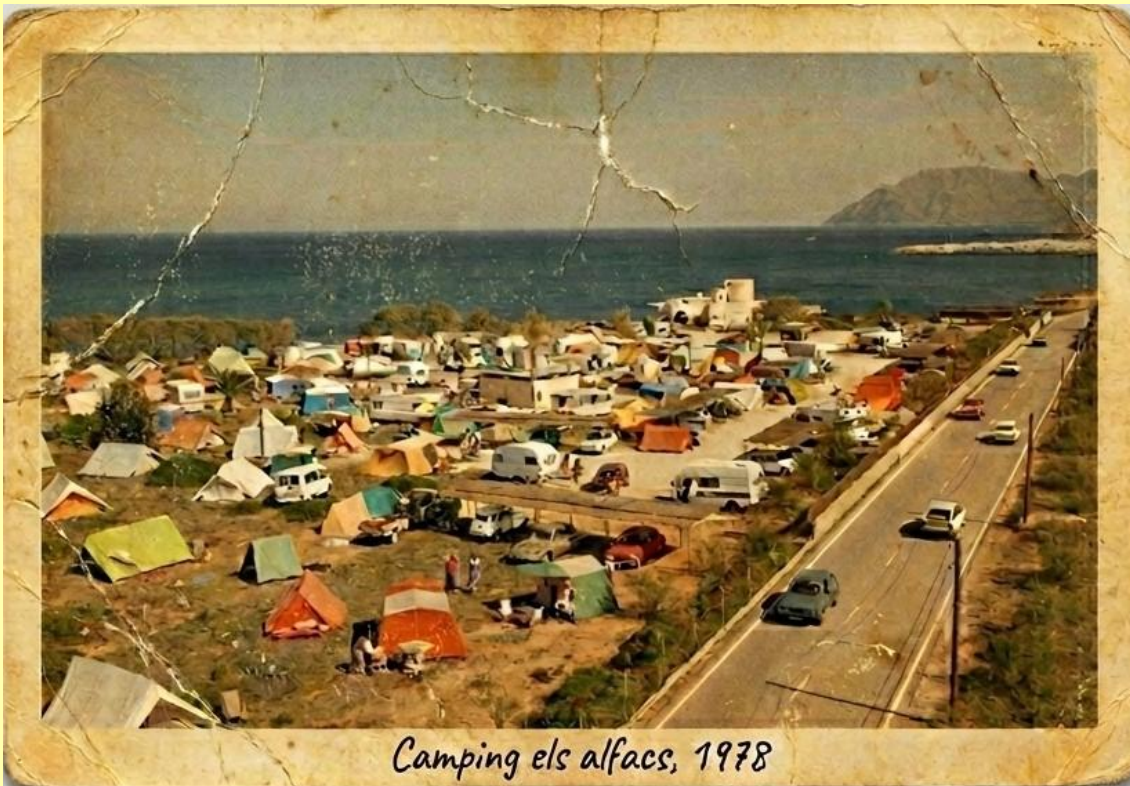
—Sí, creo que sí.

—Bien.

—Podré hacerlo.

—Empieza.

11 de julio de 1978



Camping els alfacs, 1978

Al fin un día que no es laborable.
 Nos hemos instalado aquí con nuestra
 caravana, el «Els Alfacs» es una magnífica
 oportunidad para mí. Y mi familia.
 Todos los sueños que habíamos
 alimentado en esa caravana yacían
 inertes por el trabajo. He comprado
 una caravana familiar y no sabíamos
 qué hacer con ella, llevaba un año
 aparcada frente a la casa, pudriéndose
 al sol. y no encontraba tiempo.



Capítulo 2: El niño de las sandalias rojas

Era la primera vez que el pequeño Javier, de nueve años, veraneaba allí con su familia. Un compañero de trabajo se lo había dicho a su padre: —«Manuel, tienes que ir al camping de Tarragona, es el lugar perfecto para desconectar del trabajo». El padre de Javier trabajaba en la fábrica de gas. Lo recuerda cincuentón, alto, muy seco. En verano, llevaba siempre la camisa abierta. Podía verlo ahora descalzo, sobre la arena de la playa, contemplando las aguas cálidas del delta bajo el sol. Su sonrisa relajada; el movimiento inquieto de sus ojos pardos. Aquella atractiva figura espigada de galán repeinado hacia atrás mostrando las entradas, con su inseparable cigarro entre los labios, era lo único que calmaba la furia ingobernable de Asunción, su madre. Habían comprado una caravana familiar y no sabían qué hacer con ella. Llevaba un año aparcada frente a la casa, pudriéndose al sol. Todos los sueños que habían alimentado en esa caravana yacían inertes por el trabajo. Manuel tenía mucha responsabilidad y le costaba encontrar tiempo para su familia, por lo que el camping «Los Alfaques» le pareció una magnífica oportunidad desde el principio.

Javier se levantó tarde. Fuera, sonaba la canción del verano: «Vivir así es morir de amor», de Camilo Sesto. Salió de la caravana brincando de alegría para disfrutar de las mejores vacaciones de su vida. Sus sandalias rojas de goma (cangrejas), entraron en contacto con la tierra despoblada. Bostezó. Estiró el cuerpo. Delante, el pasillo central que atravesaba el camping discurría como un sendero entre la gran cantidad de coches, caravanas, mesas, tumbonas, y caras enrojecidas por los efectos del sol. Si ibas a la derecha, en cinco minutos llegabas a recepción. A la izquierda, mucho más lejos, estaban los apartamentos. Detrás de la caravana familiar: un segundo pasillo hacia el sector H a pie de camping, la caravana beige de los colombianos pegada a la palmera, y el saliente anaranjado, limítrofe con el mar. En aquel día, vio a Asunción, su madre, sentada en una silla típica de playa junto a la caravana. Llevaba un vestido largo de color violeta. Su padre había salido a comprar temprano. Se había llevado consigo a Ramón, tres años mayor que Javier, porque necesitaba un chaleco salvavidas para salir a navegar con unos amigos. No regresarían hasta pasadas las tres. —No te vayas sin comer nada—, le dijo la voz de Asunción. Tenía un toque entre aguda y quebrada. Javier regresó adentro de la caravana. —No te hinchas—, «ametrallaba» Asunción—, si te vas a bañar mójate primero las muñecas y la nuca. Estaban en el camping desde el 1 de julio. Once días de maravillosa rutina en los que había hecho nuevos amigos. Devoraba el pan con mantequilla y azúcar pensando en todas las cosas que iba a hacer, antes de «la hora de comer». «Clara y Alejandro estarán esperándome en la playa», se devanaba mientras arrancaba el pan con los dientes y lo engullía. Terminado el desayuno, volvió a salir escopeteado.

— ¡A la una aquí! ¡No te alejes demasiado! ¡Y ten cuidado!

— ¡Sí, mamá!—, gritó Javier.

Pisó la «arteria» del camping. Enseguida notó bajo la suela aquella tierra aplastada, compacta, por el continuo paso de los vehículos. En cuestión de minutos, el largo camino central, a veces curvo, se verá desbordado de veraneantes sonrojados; algunos, sentados al volante, otros, la gran mayoría, a pie. El calor comenzaba a apretar. Javier corrió hacia la playa. Fue dejando atrás la sucesiva línea de árboles ubicados en paralelo. Parecían todos de papel. Torció a la izquierda. Levantó la mano para saludar a «Curro», el francés o alemán” de la esquina, según Manuel; no lo tenía claro. Le llamaba «Curro» por las patillas: «Clavadas a las de Curro Jiménez». El hombre agitó la muñeca efusivamente mientras dejaba caer la bicicleta sobre una bombona de butano. Vestía habitualmente con chaleco y pantalones cortos. Llevaba puesta una gorra blanca de visera. Siguió bajando, intercambiando «los buenos días» en diferentes idiomas. Alcanzó el muro de ladrillos anaranjado e inmediatamente la playa. Oyó un nombre: — ¡Michel!—, llamó una mujer. Sonaba francés.

Javier se adentró en la playa. Comenzó a sortear sombrillas. A unos treinta pasos en dirección a la orilla, se encuentra Alejandro con su hermana, y la chica que los cuida. Cerca de ellos está Clara. No muy lejos, un matrimonio joven. Los niños están llenando los cubos de arena. A Javier se le puso cara de felicidad. Gritó con fuerza el nombre de sus amigos y corrió hacia ellos como si no existiera un mañana.

Capítulo 3: El Enluta

En Cal Sisco, sólo se oía el ventilador. Javier se había quedado «congelado». Observaba sentado el envase de la cerveza con los ojos velados en lágrimas.

— ¿A qué hora te separaste de ellos?

—La hora exacta no la recuerdo, pero antes de la una—, respondió Javier. Estaba emocionado. Pidió otra cerveza.

—Me acuerdo de ellos, junto a las barcas.

— ¿Y después?

—Regresé a la caravana con mi madre.

—Continúa.

—Estuvimos esperando como una hora más o menos a que llegaran mi padre y mi hermano. Pero teníamos hambre. Así que nos pusimos a comer. Mi madre había hecho paella. Entonces apareció Clara. Mi madre nos dio después dinero para ir a comprar unos helados. Yo fui a la recepción del bar, pero ella se quedó. Se quedó esperando.

— Recuérdame quién es Clara.

—Una amiga. Venía de arriba. No la recuerdo muy bien. Iba mucho con «los niños del cubo».

Javier miró nostálgico para otro lado.

— ¿Los niños del cubo? —. Preguntó Pepe, intrigado— ¿Quiénes son?

Recordaba haber escuchado «algo», una historia de fantasmas ocurrida en 2003. «La gente de la zona» estaba acostumbrada a «estas cosas». Se habían visto niños en el borde de la carretera esperando, con el rostro completamente bañado de negro, portando cubos vacíos.

— ¿Los has visto?—, preguntó Javier, inflando los ojos.

—No creo en fantasmas.

Aquella respuesta seca, decepcionó a Javier. Pepe paró la grabación. Levantó los ojos para ver caer otra cerveza.

—No te ha gustado mi respuesta—dijo Pepe. Seguido, alargó el brazo y se terminó «el culo» del Bitter Kas.

—Muestras menos entusiasmo que tu jefe—le confesó Javier.

—Tengo una duda.

Javier se llevó la segunda cerveza a la boca.

— ¿Qué te empuja a querer contarnos esta historia? Podrías haberlo hecho tiempo atrás. Han pasado, ¿cuántos? ¿Treinta y tantos años? ¿Por qué ahora?

—No me vas a creer.

Dejó el envase de cristal vacío sobre la mesa. Pepe volvió a poner la grabadora del móvil en marcha.

—Prueba.

4 de julio de 1978



Camping els alfacs, 1978

Había un hombre en la carretera
que caminaba por el arcén.
Se dirigía al camping.
Iba vestido de negro. Llevaba
sombrero. Se parecía mucho
a aquel espantapájaros
crucificado.

De pronto, el enigmático personaje
dejó de andar. Se quedó quieto
unos segundos, contemplando el



— ¿Por qué gritan tanto las cigarras? —, preguntó Paquito.

—Ya te lo dijimos cabeza de chorlito, este es su territorio—, le contestó Javier a su espalda.

La hermana de «Alex» sonrió.

—Mi padre dice que os inventáis esto del «Enlutao» para asustarme—dijo Paquito, con voz de timbre.

— ¡Au!—, se quejó Alejandro—mira por dónde pisas, tonto—le dijo a Paquito.

Clara sujetó la mano de Javier porque el terreno era inestable.

—Me quiero ir—se quejó Paquito.

—Ahora lo vas a ver—dijo Javier, volteando atrás la cabeza.

—Creo en «el Enlutao» —, les dijo Paquito para que lo dejaran marchar.

—Dijiste que no creías—contestó Alex.

Los coches se oían cerca.

— ¡Ahí! —, exclamó Javier, señalando una vieja casa de labranza en mitad del campo—, «El Enlutao» vive allí.

Paquito miró atrás. Vio la N-340 a unos veinte metros. Dentro del mismo panorama, a su izquierda, se apreciaba la discoteca «Las Cancelas».

—Volvamos—lloriqueó.

— ¡Tonto el último! —, gritó Javier.

Los niños arrancaron a correr hacia la caseta. Todos menos Paquito, que se quedó clavado con las sandalias metidas entre la paja.

— ¡Esperadme!

Javier tocó la puerta primero. Se dio la vuelta. Excepto Alejandro, el resto llegaba rezagado. Subió la mano hasta el pecho porque el corazón le latía deprisa. Luego marchó a la esquina en busca de un poco de sombra. Pero la cornisa no era suficiente para detener a aquel «sol de justicia». Así que continuó rodeando la caseta sin despegarse de la pared. Cuando llegó a la parte de atrás...

— ¡BUAH! —, gritó.

Lo siguiente, fueron los cuervos volando hacia el cielo.

Javier bajó los ojos. Ahí mismo, tras la caseta, se encontraba un siniestro espantapájaros crucificado. Los otros niños se unieron a Javier. Juntos, examinaron al espantapájaros. «No nos miraba a nosotros. Miraba hacia el campo. Era muy alto y muy seco. Enorme. Lo habían vestido con un traje negro y un sombrero de ala ancha».

— ¡El Enlutaó! —, advirtió la voz de Alejandro.

Javier salió disparado. Corría de un lado a otro, asustado. Se tropezó. Volvió a tropezar. Su cara, como de máscara, reflejaba todo el miedo que sentía en ese momento. Cuando ya no pudo más escuchó las risas de fondo.

— ¡Que viene el Enlutaó! —, se burlaba Javier.

A Paquito le dolía la barriga de tanto reír. Javier se había quedado a escasos metros de la N-340. Se inclinó hacia adelante, con las manos en las rodillas. Entonces vio algo. «Había un hombre en la carretera que caminaba por el arcén. Se dirigía al camping. Iba vestido de negro. Llevaba sombrero. Se parecía mucho a aquel espantapájaros crucificado». De pronto, el enigmático personaje dejó de andar. Se quedó quieto unos segundos, contemplando el camping. Justo en ese momento, pasó un camión. Javier ya no lo vería más.

Capítulo 4: Aquella sonrisa burlona

- ¿Sonreía? —, preguntó Pepe, como si ya hubiera escuchado esa historia.
—No.
— ¿No sería alguien del camping?
—Te aseguro que era sobrenatural—contestó rápido Javier.
— ¿Lo has vuelto a ver?—, a Pepe no acababa de cuajarle toda la historia del «Enluta». Pensaba que Javier sólo buscaba llamar la atención.
—No.
— ¿Y los otros niños? Clara ya me lo has dicho—, matizó—, ¿sobrevivieron?

Javier tragó saliva antes de responder. Encogió los labios. Su mirada se tornó abstraída.

- Se quedaron todos allí.
—Tu padre y tu hermano llegaron después. Se encontrarían con todo ese infierno.
—Es curioso—se le escapó una tímida sonrisa —tuvieron que venir hasta aquí para encontrar un chaleco. Mi padre se pasó la mayor parte de la mañana «cagándose» en los guiris que interrumpían el paso.
—A lo mejor eso les salvó—intervino Pepe.
—Sí—a Javier no se le borraba la sonrisa incrédula de la cara—tampoco pudo disfrutarlo mucho. Murió al año siguiente, se lo llevó un cáncer.
—Lo siento.
—Mi hermano y yo nos fuimos a vivir a casa de nuestros tíos.
— ¿Sigue vivo?
—Oh sí. Está en Barcelona pero ya no tengo relación con él, nos distanciamos mucho. Cosas de familia—regresó en él aquella mirada impávida, parecida a la del tiburón— Cuando mi padre y mi hermano regresaron había fuego por todas partes. Las bombonas (de butano) no paraban de saltar por los aires. En un principio, mi padre, no se atrevió a entrar. Cuando vio a un hombre encaminarse solo hacia las llamas, se metió dentro y al poco localizó a mi madre abrazada a Clara. Estaban quemadas.
— ¿Tú dónde estabas?
—Fuera, a salvo.

Javier respiró profundamente. —«Creo que ya no hay nada más que contar»—, concluyó.

- Lo has hecho bien—, dijo Pepe. Luego alargó el brazo y apagó la grabadora—, «es una historia interesante»—. Recogió su teléfono móvil y se lo guardó en el bolsillo.
— ¿Saldrá publicada?
—Desde luego.
—Quita la parte del «Enluta». No quiero que salga.
—Se lo diré a mi jefe.

Apretaron sus manos y se despidieron.

Pepe pagó las bebidas. Después salió de Cal Sisco con el móvil en la mano. Llamó a su jefe:

—*Torralba. ¿Qué tienes?*

—No mucho—, contó Pepe—esperaba más. La historia está bien pero la parte más interesante no quiere que salga.

—*¿Pero, por qué? ¿Que toca a su familia o algo?*

—No sabría decirte. Será mejor que escuches la grabación, a ti te van estas cosas. Hablamos cuando llegue.

—*Vale, «ok».*

Colgó. Siguió caminando por un espacio de cinco minutos. Cuando halló el vehículo, se subió, lo puso en marcha, y abandonó Vinaròs por la N-340 dirección Benicarló. Pepe le estaba dando muchas vueltas a eso del «Enlutaó». No dejaba de mirar a un lado y otro de la carretera, buscando «el campo del espantapájaros». En silencio, se preguntaba si aún seguiría en ese lugar. La verdad es que daban ganas de verlo. «Si tuviera un familiar por allí (Tarragona) tendría la excusa perfecta para visitar el camping y de paso buscar ese intrigante campo».

Había otra historia en la vida de Pepe. Ahora, la recordaba. Hace bastante tiempo estuvo casado con otra periodista del corazón, de la que no se puede hablar. A ella le gustaba demasiado el alcohol y «la coca». Mucho antes de su divorcio, su ex mujer le contó una historia. En una de esas fiestas vips, tras «calzarse» a un jovencito (añade Pepe), observó desde la terraza a un personaje «extremadamente delgado» de pie, sobre la rama de un árbol. Sarah (la llamaremos así), borracha, le gritó un par de veces, pero el tipo no se movió. «Parecía estar contemplando el cielo estrellado». Pensó que era alguien de la fiesta que había salido a tomar el aire «con toda la papa encima». Cuando le tiró la copa de cristal, aunque no llegó a alcanzarle, el individuo se volvió hacia ella: «Jamás olvidaré aquella sonrisa siniestra de oreja a oreja. Creo que se me quitó la borrachera de golpe»

Capítulo 5: Lidia

La pesadilla de Lidia:

Iba caminando tranquilamente cuando de pronto resonó a lo lejos «el sonido del infierno», el cual, hizo que la tierra temblara bajo sus pies. Un anillo gigantesco invisible la lanzó de espaldas contra el suelo. Desde allí contempló paralizada un intervalo de oscuridad que estalló en llamas. Escuchó los gritos de los campistas, y a continuación el zumbido de las grandes llamaradas que volaban sobre su cabeza como meteoritos, mientras la hoz de fuego calcinaba todo cuanto encontraba a su paso. Decidió correr hacia el mar. Se vio de pronto entre una maraña de gente histérica que gritaba como consecuencia de las quemaduras que roían la piel. Distinguió figuras ennegrecidas por toda la orilla. Muchas, comenzaron a desplomarse ante sus ojos, en el trascurso de aquel recorrido que se hizo eterno. Un hombre que se encontraba totalmente carbonizado la cogió del brazo. — ¿Qué me está ocurriendo? —, preguntó en estado de Shock. Lidia se puso a gritar. Sólo así lograba salir de la pesadilla.

Aquel fue un desagradable sobresalto. Lidia, ahora convertida nuevamente en una mujer adulta de cuarenta y tres años, retiró la sábana con el corazón latiendo como un tambor. Palpó su camión blanco, había estado sudando toda la noche. Se levantó de golpe, fue directa al tocador, abrió todos los cajones hasta encontrar las pastillas que le había recetado su psiquiatra. Ingirió una, mejor dos, «a pelo». La pesadilla resultó ser de las peores. Se rascó el brazo. Más deprisa. Por debajo, sobre la piel, con rabia. Aquella oscura cicatriz con forma de mano, no se borraba. Su teléfono móvil comenzó a vibrar sobre la mesita. Pensó que era su psiquiatra. Lo cogió sin mirar quién llamaba.

— ¡Sí!

— ¡Espera Lidia no cuelgues! ¡He hablado con él! —, dijo la voz de Javier al otro lado del teléfono.

— ¿Con quién?

— Con el periodista.

— ¿Le has contado?

— Sí, todo.

— ¿Y cómo ha reaccionado?

— Necesita tiempo, pero nos ayudará.

— Dame su número de teléfono.

— Pero si yo ya he hablado con él.

— Eres un idiota, Javier. Ya tiene su historia, se ha olvidado de ti.

— Le volveré a llamar.

— No. Seguro que ya has quedado como un tonto. Dame el número.

— El número es mío. Me lo dieron a mí.

— Si no me das el número diré en el grupo que sigues enganchado.

— “El Doctor” no te creerá.

— ¿Ah, no?

Javier cortó la llamada. Lidia salió al comedor. Vivía sola con su Yorkshire en un tercer piso de la Avenida Catalunya, en Tarragona. Antes de ponerle comida y cambiarle el agua, encendió el televisor. Se fue directa a la cocina con el Telediario de fondo:

«Buenas noches, Malasia tres siete cero»—esa fue la última comunicación que mantuvo el capitán del vuelo MH370 de Malasia Airlines, Zaharie Ahmad, el pasado 8 de marzo. Tenía que realizar un trayecto, con 239 personas a bordo, desde Kuala Lumpur a Pekín. Pero, minutos después, tras abandonar el espacio aéreo malasio, el avión desapareció de los radares, desviándose a miles de millas de distancia de su trayecto—.

Lidia sacó la cabeza. Regresó al comedor, ignorando a la perrita que en ese momento se arremolinaba como un gato entre sus piernas porque quería comida. Cogió el mando del televisor y subió el volumen: —*Calculan que pueda estar en el océano Índico*—.

—Ya no queda nadie—dijo Lidia.

Un sonido aguado. Había recibido un mensaje de texto. Era Javier:

AQUÍ TIENES EL NÚMERO, NO DIGAS NADA.

Capítulo 6: La Conexión

Dos días después en Madrid, Pepe repasaba la grabación en el estudio:

«Era la primera vez que veraneábamos juntos. Un compañero de trabajo le había contado a mi padre que tenía que ir al camping de Los Alfaques porque era el lugar perfecto para desconectar...». Fue al mueble bar, a servirse una lustrosa copa de Chardonnay. Después puso música, sonó «Duncan Dhu»: *«En algún lugar de un gran país...»*. Bajó el volumen porque quería seguir escuchando a Javier, pero aquella canción ya lo había transportado a Galicia. Rememoró nostálgico los años de universidad, cuando tenía acento. Se acordó de su primera mujer, Xoana, también estudiante de la facultad, con la que llegaría a casarse en Santiago, allá por 1988. La peor experiencia de su vida merecía otra copa. Habían perdido un hijo. Ibai vivió once segundos, lo justo para un sueño.

Ese trago costó más. Regresó a sus oídos la voz de Javier. Comenzaba a hablar del campo. De repente, la grabación se cortó porque sonó el móvil. Vio que se trataba de un número desconocido. Aun así, cogió la llamada.

— ¿Diga?

— ¿Eres Pepe? —, preguntó una voz femenina, sensual.

—Sí.

—*No nos conocemos, soy Lidia. Javier me ha pasado tu número*—, se apresuró a decir.

—Javier. ¿Cómo está?

—*Bien*—, respondió, en modo seco.

Pepe calló, esperando a que Lidia hablara.

—*Yo también sobreviví a «Los Alfaques».*

— ¿Quieres contar tu historia?

—*Javier no te ha hablado de mí.*

—La verdad es que no. ¿En qué parte estabas ubicada?

—*Estábamos casi al final, mirando a la carretera. A mi padre le gustaban mucho las sardinas y solía hacer barbacoa a diario. Tenía obsesión con que el humo saliera para allá fuera y no para el interior del camping. Decía que nos podríamos intoxicar. Era muy maniático.*

— ¿Dónde vives?

—Vivo en Tarragona.

«Tarragona». A Pepe se le encendió «la chispa» en la cabeza. «Qué excelente oportunidad para buscar «el campo del espantapájaros», pensó, como un niño emocionado con la visita de los Reyes Magos de Oriente. Se serenó, antes de contestar

—Déjame primero hablar con mi jefe, para ver si está interesado en una nueva historia. Yo creo que sí, pero permíteme comentárselo, a ver qué dice. Déjame tu número o...
—Te llamaré en un rato—le cortó Lidia. Sonaba como si estuviera enfadada.
—De acuerdo.

Lidia cortó, bruscamente. Pepe “despegó” el móvil de la oreja. Enseguida marcó el número de Torralba.

—*Torralba. Dime—*, le costó un poco cogerlo.
—¿Te pillo almorzando?
—*No, no tranquilo, bueno sí, pero dime.*
—Me acaba de llamar una tal Lidia, dice que es amiga de Javier.
—*Javier, Javier...* —, Torralba no “caía”.
—El superviviente de «Los Alfaques», me lo pasaste tú hace unos días.
—*Hostia, sí. ¿Qué quiere?*
—Lo mismo que Javier, «contar su experiencia».

Pepe oyó resoplar a Torralba. «Mala señal».

—Una segunda historia fortalecería la de Javier—, añadió rápido, buscando convencer a Torralba.
—*No lo veo—* dijo Torralba—, ¿también es de por allí?
—Tarragona.
—*Que va—*, volvió a resoplar—, *olvidalo, yo no puedo pagarte el viaje hasta allá.*
—Tranquilo.
—*Me sabe mal de verdad, pero es que, osea, de verdad, no sé cuánto interés queda en «Los Alfaques», no nos la podemos jugar.*
—Lo entiendo, se lo digo.
—*Mira, déjalo ahí «congelado» al menos hasta el mes que viene y lo vemos. No sé, dile lo que quieras, invéntate algo.*
—No te preocupes, yo me encargo.
—*Gracias Pepe, y lo siento—*, se despidió Torralba—, *¡Gran trabajo con el otro!*
—Sí.
—*Chao, chao.*

Pepe corrió a hacer la maleta nada mas colgar. Abrió el armario, sacó dos camisetas blancas y un par de pantalones cortos; calcetines y calzoncillos bien acomodados en las esquinas. Cerró el pisó con llave. Avanzó por el pasillo hacia el ascensor. Se metió dentro y salió a la calle sosteniendo la pesada maleta azul de viaje. (Dentro había puesto también su portátil). Anduvo como unos diez minutos por el interminable paseo de la Castellana. Luego de sacar dinero de un cajero próximo a Gran Vía, entró en el parking y salió montado en el Ibiza dispuesto a averiguar qué conexión había entre «el Enlutaio» y «Los Alfaques».

En el instante, recibió una llamada «oculta». «Tiene que ser Lidia».

—Pepe—contestó, llegando al semáforo del Bernabéu.

—*Soy Lidia.*

«Su voz, melosa, sonó celestial».

—Ya está todo solucionado. Si no trabajas y no tienes nada que hacer, podemos vernos mañana temprano, así me da tiempo a regresar de día. No sé, ¿te va bien entre nueve y diez?

—*Tengo tiempo.*

«Como Javier». «Aquí ninguno curra».

—*Avenida Cataluña, catorce*—, dijo Lidia a continuación—, *te llamaré*. Finalizó la llamada, dejando nuevamente descolocado a Pepe.

Pepe miró al frente.

— ¡Joder!

Dio un volantazo. Casi se choca de frente con un C4 amarillo.

— ¡Subnormal! —, escuchó de fondo, acompañado de una sonora pitada.

Pepe respiró aliviado.

Capítulo 7: «Ya he estado en este campo»

Lo más sencillo era girar a la derecha hasta María de Molina por la A-2 y tomar la salida 277 hacia Calatorao –Alfamén para ir después por A-1304 y utilizar el ramal, tras pasar la rotonda, dirección Zaragoza. Pero Pepe quería ver «el campo». Así que giró el Ibiza, haciendo correr sus neumáticos por Plaza Colón, calle de la Armada y Serrano. En la larga calle O ´Donnell se comió el atasco. —Mierda—dijo, dejando caer la mano sobre el volante. «La gente huye de Madrid por la inminente llegada del calor tórrido».

Pepe bufó nervioso. Desde su ubicación alcanzaba a ver la M-30 A-2 Zaragoza/Aeropuerto. Estuvo allí retenido como una media hora. Después, «la caravana» fue avanzando muy lentamente hasta la rampa. Consiguió salir por A-3 hacia Valencia/M-30. El aire templado que circulaba por Moratalaz le fue arrancando del pecho los lamparones de sudor. Había que poner música para acompañar el largo viaje. Tenía unos compact disk preparados en la guantera. Sacó uno y lo introdujo. «*A este lado de la carretera*», del grupo Danza Invisible, retumbó de pronto mientras el Ibiza enfilaba la A-3, dirección Barcelona. A partir de ahí asfalto; campos surcados por el tractor a ambos lados de la carretera; la Repsol; más asfalto. Casi tres horas después la aguja del combustible estaba al borde de la línea roja. «Todavía hay tiempo», pensó. Contaba, además, con la reserva.

Paró en la primera gasolinera que encontró (Estación de servicio Cepsa). Aprovechó para comprar, estirar un poco las piernas y orinar. Le preguntó al chico que atendía si existía ruta alternativa para cortar y posteriormente enlazar con N-340. El muchacho no sabía nada, en general. Siguió tirando de GPS. Horas más tarde bordeó Valencia por la Cañada/Paterna y se incorporó a AP-7, comiendo y bebiendo; escuchando a «Los héroes», «*Mar adentro*». Una parada más para repostar. Seguido, carretera arriba hasta Sagunto.

Esta vez sí, en “La Casa Nova”, la posibilidad de hacer más adelante el cambio. En la segunda salida de la rotonda a la derecha, la ansiada N-340. Tiró por aquella solitaria carretera. Condujo en silencio, hacia Castellón, cambiando de marcha con mayor facilidad debido al poco tránsito de la una. Pasó por delante de Porcelanosa, en Villarreal. A la derecha, sobre un paraje desolado se veían las torres eléctricas. «Momento perfecto para cambiar de *cd* y rodar los siguientes veinte minutos al ritmo de la Orquesta Mondragón».

Resultaba cuanto menos curioso cómo se iban dando las cosas. Quién le iba a decir a José Gutiérrez Cagijal (periodista de «Interviú», «el Cierre Digital» y «Pronto», entre otros), que tras haber destapado el mayor lío de faldas de 2013, un año después, se encontraría en la monótona N-340 persiguiendo fantasmas del pasado, «pagado todo de su propio bolsillo». «Desde luego, hay que joderse». Rumiaba Pepe, llegando a Benicasim.

Otra parada más frente al cementerio municipal. Pepe se bajó del coche y contempló el amplio cielo sobre la carretera. «Al revés parece el mar». Le entraron ganas de volver a fumar. Se palpó los bolsillos buscando el paquete de tabaco, pero lo había dejado hacía más de un año. En ese momento se arrepintió. Miró la tierra, a ver si por casualidad

alguien había tirado por allí alguna colilla. « ¡Qué va! ». Regresó al coche cabreado y «tiró millas» quemando neumático hacia Torreblanca.

Cuando llegó a Vinaròs fue recibido por un aire violento. Delante, la N-340 señalaba el norte. Siguió, dejando atrás «el carrer de la Mare de Déu» que llevaba a «Cal Sisco»; atravesando polígonos, urbanizaciones y panoramas repletos de casas bajas que tapaban la visibilidad del mar, el cual, quedó finalmente expuesto en la glorieta de Alcanar.

Eran las cuatro de la tarde. Pepe redujo la velocidad porque bajaban muchos coches. «Cien, noventa, ochenta está bien», se dijo. A izquierda polígonos industriales, a la derecha, el mar. Apagó la radio. Rafael se quedó a media voz. Había allí algo extraño. En ese tramo, a unos quince kilómetros de San Carlos de la Rápita, comenzaba a pesar demasiado el aire, y no producto del calor sino de una extraña sensación mortuoria que gobernaba el ambiente. Así lo sintió Pepe. Puede que también fuera sugestión por lo ocurrido, o simple y llanamente «temor». Pero, aunque siguió avanzando, a partir de ahí ya no fue lo mismo. La música que le había acompañado durante todo el viaje se quedó callada, como enterrada bajo el asfalto. Se sentía un hormigueo extraño bajo los zapatos que pisaban la alfombrilla. De pronto, apareció una pineda que parecía querer adentrarse mar adentro. Seguido, al otro lado, la piedra, perfectamente visible, con el kilómetro gravado: KM159. «En ese punto (159,400) ocurrió el accidente. La carga explotó, desmembrando al camión en siete bombas mortales».

—El Camping—, exhaló.

«Vacío». Esa fue la sensación. Oculto tras la arboleda como si no quisiera ser visto; separado de la carretera por el guardarraíl y un muro blanco pelado; contaba con unas cuantas caravanas, muy separadas, la mayoría cerca del remodelado edificio de recepción. A Pepe le llamó mucho la atención el nombre del camping: “Camping Bungalow”. «El miedo seguía estando allí». Puso el intermitente y tomó la rotonda mirando hacia Sierra Mar. Encontró sitio pronto, en avenida del Mar. Apagó el vehículo y salió afuera como un campista más, dispuesto a montar la tienda en cualquier lugar que se preste. Caminó de regreso a la N-340, observando silenciosamente las casas ubicadas frente a la carretera, a escasos metros de Los Alfaques. Se paró delante. Mientras cruzaba, comenzó a sentir una extraña sensación entre miedo y respeto, «la misma que se tiene cuando te adentras en el cementerio». Atravesando la entrada principal, evocó las risas de los niños entremezclándolas con el eco del horror. «No se oía absolutamente nada». La recepción estaba cerrada. Las pocas caravanas que se veían, por cierto, bastante separadas entre sí, parecían estar ancladas en un contemporáneo sueño aletargado. «Un lugar de paso». Continuó de frente, hacia la playa, sin que un alma asomara la cabeza. Saltó el pequeño muro que no pasaba del metro, y el cual separaba el camping de la playa. «Allí mismo, se habían apilado los muertos carbonizados que no pudieron alcanzar el mar». Se detuvo a contemplar el «vidrioso» horizonte. Reflexionó en voz baja: —No parece una playa. (Pensando en cómo la había descrito Javier)

Efectivamente, la marea había subido considerablemente comiéndose al menos tres cuartas partes de orilla. «Parecía una cala repleta de pequeñas piedras».

— ¡Eh! —, gritó de pronto una voz.

Pepe se dio la vuelta despacio. Divisó que se aproximaba un hombre bajito, robusto, con barba así poblada, como de marinero. Cojeaba un poco. Quizá por eso se quedó detrás del “murete”, esperando.

—Usted no puede estar aquí.

— ¿Podría hablar con el dueño?

—No está.

— ¿Cuándo podría hablar con él?

—Volverá mañana.

— ¿Viene mucha gente por aquí?

—Sólo los curiosos. Por favor, salga—, terminó la conversación.

El “vigilante” lo acompañó hasta la entrada. Una vez fuera, allí parado, frente a la N-340, Pepe respiró profundamente satisfecho de estar vivo, con el sol irrumpiendo desde la montaña. Enseguida le vino un aroma de muerte concentrada.—El campo» — pronunció en voz alta. Estaba aquí por «él».

Lo buscó a un lado y otro de la carretera. «Podría estar en cualquier parte, pero no muy lejos». Se puso en la piel de Javier. «Si yo fuera un niño, ¿adónde iría?». «¿Qué llamaría mi atención?», se preguntó, resiguiendo con la mirada, uno por uno, árboles, señales y chalets, hasta fijarla en el recuadro oeste de su visión, dirección Valencia. —Allí—, susurró.

Siguió caminando pegado al muro. Andaba liviano por la carretera, como si en vez de cuarenta y cinco tuviera ocho años. Llegó a lo que parecía ser un estrecho sendero que comunicaba tierra con asfalto. «Por allí se llegaba a la playa». En ese momento subía una pareja de extranjeros en bicicleta. Confundieron a Pepe con un campista que quería cruzar la carretera. El hombre, el cual se veía cerca de los sesenta, saludó subiendo la cabeza. La mujer pasó casi rozándole por la derecha. Pepe se detuvo. Puso los pies mirando hacia la N-340. Desde allí podía ver un frondoso bosque, a la derecha de la urbanización Sierra Mar, al otro lado de la carretera. Había alguien paseando al perro. Cruzó rápido. El asfalto estaba ardiendo. Lo notó en la suela. Ahora, lo tenía delante: «El camino se abría paso entre una maraña de árboles, arbustos y matorrales. Luego, curvaba hasta perderse tras un bosquecillo, en el que dicen, que se han oído voces de niños jugando al escondite».

Pepe volvió a ver al «hombre del perro». Subía a poca distancia por un estrecho rodeado de vegetación. Lo alcanzó a ver de espaldas, entre una nube de ramas que parecían garras. La senda invitaba «a seguirle». «Me llevará a la salida», pensó. «Llevaba un sombrero típico de camping, y «calcetines blancos». Desapareció en aquel bosquecillo. No lo volvió a ver más. Nada más poner los pies allí, se sentó en el suelo, con las

piernas cruzadas y la espalda apoyada en un árbol, esperando oír algún tipo de ruido. «Pero no se oía nada». El bosquecillo era una tumba. Tan solo el sol se colaba entre los árboles con armoniosa luz. «Lo cierto es que el ambiente era de paz». «Podría haber muerto allí, y no importarme demasiado». Observó ininterrumpidamente su alrededor: «El suelo estaba cubierto por agujas de pino. Delante, los árboles formaban un círculo perfecto de aproximadamente tres metros de diámetro. Detrás, se formaba una gran cantidad amontonada de maraña interminable. Pero el centro estaba limpio. «Los árboles lo custodiaban». El claro del sol, del color de la lápida, penetraba silencioso como telón de fondo. «Aquel lugar era fantasmagórico». Pepe torció el gesto. Había empezado a sentir una extraña sensación de huída. Alguna fuerza sobrenatural que no llegaba a comprender le decía que allí no podía estar. No se lo tomó en serio. Siguió mirando, deteniéndose en unas puntas pétreas que asomaban agónicas desde la tierra. Fue corriendo a ver qué era aquello. Comenzó a retirar la pinaza con las manos. Terminó limpiando los bordes de un modo frenético. Después se echó para atrás contemplando de rodillas lo que había descubierto. Enfrente, tenía lo que quedaba de la vieja casa de labranza: Una base junta, cuadrangular, mordida por los cuatro costados, incapaz de superar un tobillo humano. La habían tirado completamente abajo. La pinaza se había ido comiendo los restos. Inmediatamente, buscó el poste del espantapájaros. Se fue de un lado a otro contando los pasos, «tendría que estar más o menos en el diámetro». Repasó los árboles que se hallaban fuera del círculo. «Parecían viejos, llenos de cicatrices». Bajó la mirada consciente de que para encontrarlo, inevitablemente debía escudriñar en la pinaza. De repente, se quedó atónito. Comenzó a sentir una clara presencia infantil. Entonces, se retiró de la casa despacio, procurando no llamar la atención de aquellas risas que pasaban por su lado. Risas que pasaban a ser sollozos, y después... Gritos. Pepe salió corriendo del lugar. No era hombre que creyera en fantasmas. Tampoco se sentía atraído por ellos, pero es igual «fuera lo que fuera, no estaba preparado». De regreso a la N-340 sintió un crujido quejumbroso. Lanzó un gemido. Levantando el pie llegó a distinguir entre las agujas de pino el objeto con el que había tropezado. Se trataba de un pequeño trozo de poste incrustado. Sin darse más tiempo para pensarlo, abandonó el bosquecillo todavía con aquella ridícula sensación de ser otra vez niño. Respirando deprisa, buscó la carretera y la encontró. Permaneció un minuto parado frente a la N-340. Cuando definitivamente el miedo se alejó, Pepe miró el Camping de Los Alfaques.

—Yo ya he estado aquí—, dijo, con una expresión seria, de preocupación.

Capítulo 8: La niña del cubo

Media hora después, Pepe se encontraba estacionado en el centro de la oscura avenida Catalunya, bajo la intensa lluvia de verano que hacía retumbar la chapa. Muy cerca de él, se apreciaba la fachada principal número 14, con todas las persianas bajadas. Permaneció allí parado un buen rato, con la doble luz de intermitencia, esperando a que Lidia asomara la cabeza.

—Con esta lluvia es imposible—, se dijo en voz alta.

«Lo mejor era buscar un sitio donde pasar la noche», pensó, reincorporándose a la vía. Tenía varios nombres apuntados en la agenda, pero se decantó por el hostel Europa. Tardó cinco minutos en llegar. Entró, se presentó y pagó. Todo muy rápido. Le dieron las llaves y subió las escaleras, haciéndolas sonar. El hostel era un lugar humilde, un poco caro para el servicio y la simpleza de sus habitaciones. Aunque eso sí, su estado era impecable. Dejando la maleta sobre la cama, observó las paredes de su habitación, pintadas de un color pistacho. Tras deshacer la maleta, se duchó, se afeitó, se lavó los dientes y visitó «al señor Roca». Luego de improvisar un pijama (camiseta blanca y el pantalón oficial del *Superdepor*), retiró la sábana y se asomó a la ventana, antes de meterse en «el sobre». «Llovía a cántaros». El agua hacía llorar las fachadas. Cerró la cortina. El espectáculo resultaba demasiado deprimente. «A ver mañana». «Si sigue lloviendo tendré que buscar un chino». No había traído paraguas. Se metió en la cama. Estiró el brazo y cogió el mando del televisor que se hallaba arriba, incrustado en una bandeja negra de plástico. «Como esas que hay en los hospitales». Lo encendió, «al menos para romper el penetrante tintineo de la lluvia». Pero los truenos sonaron cerca, y sus relámpagos dejaron a toda la calle sin luz. Con este panorama, Pepe lo tenía claro: Momento de conciliar el sueño. A oscuras, cerró los ojos. Se quedó dormido pensando en Ibai. «*Un sueño dentro de otro sueño*».

Lo despertó el teléfono. Vibraba como un demonio enjaulado, tumbado sobre la mesita de noche. Por las ventanas orientadas hacia «General Contreras», irrumpía nuevamente un sol resplandeciente. Pepe desplazó sin querer las llaves con el meñique. Después, apretó la tecla verde: — ¿Sí? —, preguntó somnoliento. No había visto que era Lidia.

—*Te espero en una hora en el parque Saavedra, frente a la estatua*—, dijo Lidia, «de carrerilla», como si lo estuviera leyendo.

Colgó, sin darle tiempo a reaccionar; gesto que empezaba a ser habitual en ella. Pepe se fue a la ducha. Ordenó sus pensamientos mientras se enjabonaba todo el cuerpo. Se había dejado llevar por aquella voz encantada proveniente de un alma rota. Se miró al espejo antes de ponerse en camino: «Todavía te queda fuelle, rockero». Le faltaba un reloj, «de los gordos», reluciendo en la muñeca. «Lástima no poder llevarlo», no porque fueran caros (había tenido dinero para comprarse más de uno) sino por el simple hecho de que no podía llevar nada sobre la piel. Decía que «le quemaba».

Eligió un conjunto llamativo (camiseta roja y pantalones blancos). Se peinó hacia atrás, como un “capo”, buscando “reparar” la imagen que se tenía del típico periodista feúcho, con entradas, así alto de mirada oscura, cargado de “buenismo”; por una «facha» más de tipo duro, estilo «periodista de guerra».

Bajó las escaleras y preguntó en recepción dónde se encontraba el parque Saavedra. La dueña le indicó por señas que se encontraba a dos manzanas. «Unos quince minutos andando». Miró el reloj de recepción: Las nueve. Tenía tiempo de desayunar. Había un café justo enfrente del hostal. Se fue para allá. Se sentó fuera, en la mesa que tenía el *Sport*. Pidió una cerveza y una caña. Comenzó a ojear las páginas mientras le servían. Se aburrió pronto. Había dejado de interesarse por el fútbol desde que se fue Irureta. Al poco, se tomó su cerveza con el ruido del taladro. Mordisqueó la pasta, mirando de reojo a los costados porque pasaba gente, «demasiada». Observó la hora en el móvil. Pagó y “tiró millas” hacia la plaza. Recorrió la calle General Contreras. Giró a la izquierda para seguir por General Moragues. Subió hasta la tienda de manualidades. Llevaba siete minutos caminando y ya estaba sudando. Por suerte, apareció un taxi que lo dejó en la puerta del parque.

Se bajó del taxi. En lo alto, a la derecha, tenía la placa: Parque Saavedra. Detrás de la Vía Imperio Romano, dos pequeñas calles transversales y muros continuados. «Muchos muros». Los coches pasaban; la gente caminaba; dos corredores entraron en el parque. Hacía calor. Pepe dio sus primeros pasos allí. Penetró «en aquel país desconocido». Preguntó a una mujer que pasaba dónde se encontraba la estatua. — ¿el Busto? Todo recto y ya lo verás—, le dijo la mujer del cabello rojo. Hizo caso. Empezó a cruzársele gente que llegaba de todos los rincones. Entre la nube de personas, distinguió una mujer de espalda que observaba el busto. Como por arte de magia «la nube» se disipó dejándola completamente sola a merced de sus ojos azules. Ella no se volvió hasta que sintió su sombra. Cuando lo hizo, Pepe contempló ante sí una delicada mujer de rasgos finos. Lidia medía uno cincuenta y ocho y pesaba algo más de cuarenta kilos. Tenía los ojos muy grandes, negros, la piel excesivamente blanca, casi pálida. Y un lunar, en el mentón. Vestía con ropa gótica, «o al menos parecía gótica». Tras los dos besos, se puso a fumar. Pepe advirtió enseguida (por el modo en que absorbía la boquilla), que se trataba de un tipo de personalidad devorada por el trauma.

—Es un verdadero placer—, dijo Pepe, caballerosamente.

—Lo mismo digo.

— ¿Quieres pasear? ¿Tomar un café? —, preguntó. Invitándola con la mano a continuar.

—Prefiero pasear—dijo Lidia.

—Ha sido toda una sorpresa—, comenzó Pepe—, no esperaba tener otro testimonio.

—Ya ves—, dijo Lidia, siguiéndole los pasos.

— ¿De qué conoces a Javier?

—Somos buenos amigos.

No se extendió más. Pepe comprendió al instante que a Lidia le molestaba hablar de Javier.

— ¿Cuántos erais en el camping? —, preguntó Pepe, cambiando rápidamente de tercio.
— Éramos cuatro: Mi padre, mi madre, «Richi» y yo.
— Richi es tu hermano.
— Sí, mi hermano mayor.
— ¿No teníais animales?
— El de la caravana de al lado sí, creo. Un perro. Nosotros no. Cuando se nos murió el nuestro, mi padre dijo «basta de animales». Se sufre mucho—, contó Lidia—. ¿Tú tienes? —, repuso.
— No—, respondió seco. A Pepe no le gustaban los animales, sobre todo los de compañía. Los consideraba sucios y caprichosos—, necesito que nos sentemos en un banco—, dijo Pepe, necesitado imperiosamente de sombra porque el sol apretaba duro. Encontraron un banco a mitad de parque resguardado del sol gracias a la sombra que daba un árbol. Se sentaron, uno frente al otro. Pepe sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y lo puso entre ambos.

— Quiero grabar esta conversación—dijo, esperando el consentimiento de Lidia.
— No hay problema—respondió Lidia a modo de «sí».

Puso en marcha la grabadora e inclinó el cuerpo hacia adelante para acercar su voz.

— Necesito por favor tu nombre y apellidos, y que me expliques cómo empezó todo.
— El perro estaba ladrando—, comenzó Lidia.

11 de julio de 1978

Alfacs, 11 de julio de 1978.



¡No te imaginas qué mañana tan buena:
A eso de mediodía, la gente del camping
empezó a recogerlo todo y a irse porque
se acercaba la hora de comer, pero yo
me quedé un buen rato más. Estuve allí
concentrada, jugando con otros niños que
también traían sus cubos de arena, y se
me pasó el tiempo volando hasta porada
cerca y media. Al final, el olorito a
lado me que llegaba de casa mi juego;
justo en ese momento me di cuenta de
que la playa se estaba quedando ya
casi vacía. ¡Te echo de menos!

Alfacs, 11 de julio de 1978.



— ¡Lluc, cállate de una maldita vez! —. Escuchó Lidia. Eso la despertó.

Dio un pequeño brinco para incorporarse. Retiró con el dedo la cortinilla que tapaba la ventana de la caravana y se puso a mirar de rodillas sobre la cama, a través del cristal. «Oscuridad, niebla, el muro y la luz mortecina de una farola». La pequeña Lidia, de siete años, observó en la noche previa a la tragedia a Lluc, ladrándole insistentemente al muro del camping que daba a la N-340.

Lidia sintió miedo. El panorama que tenía delante se encontraba saturado por un ambiente irrespirable de dolor. La temperatura, extrañamente, comenzó a bajar. Ella se retiró de la ventana tiritando. Se volvió a acostar con la sensación de que allí en la carretera había «alguna cosa» extraña. Oyó al vecino salir «cabreado» y llevarse al perro. Lo arrastró hacia el interior de la caravana. — ¡Que te quieres callar! —. Fue lo último que escuchó.

Permaneció tumbada bocarriba, con los ojos bien abiertos, sin poder dormir. Quería abrazarse a «Richi», pero no estaba. Su hermano mayor pasaba la mayoría de noches en la discoteca «Las Cancelas» (ubicada frente al camping), que por la mañana era una casa de campo, por la tarde un restaurante y bar de copas, y por la noche un pub nocturno. Lo llevaba el señor Juan «Don Juan», y su familia, y estaba situado a pocos kilómetros de Los Alfaques y San Carlos de la Rápita. «A las cinco de la tarde se montaba en la motocicleta de un amigo y ya no se le veía el pelo. Se iban a las Cancelas, a la parte de atrás, en plan “ligoteo”; fumando y bebiendo con los colegas hasta bien entrada las cuatro de la madrugada. A mi padre le cabreaba mucho esto. Se lo reprochaba en cada mañana, mientras “se trincaba” su Xibeca y «meneaba» la barbacoa». «No se llevaban bien. Pero mi padre nunca le puso la mano encima a Richi, y mira que era violento». «Era camionero». «Yo creo que mi padre le tenía miedo porque Richi había salido como él: alto, rubio y robusto. Se las llevaba de calle. Tenía ocho años más que yo. Hubiera cumplido cincuenta y un años».

La pequeña Lidia alargó el brazo. Se tranquilizó cuando sintió parte de la melena ondulada de «Richi» rozándole la oreja. «La boca le olía un poco a alcohol pero nunca llegó borracho». Se abrazó a su piel y respiró su olor. «Olía a agua de colonia mezclada con tabaco». Cayó dormida al instante, y despertó como a las diez, con toda la caravana rebotante de luz. Abrió la boca para bostezar. Puso los pies descalzos sobre el parqué. Enfrente, la camilla de sus padres sin hacer a la derecha y una pequeña cocina a la izquierda. Todo en un espacio reducido visiblemente acolchado. De pronto, «Richi» sacudió un pie. Lidia contempló a su hermano brevemente: «Dormía igual que un muerto». Sintió de repente un sobresalto de terror. «Sobre la cama había realmente un muerto, a mi hermano le quedaban horas de vida». Le cubrió el pie instintivamente con la sábana. Salió de la caravana, pero no del todo. Enseguida la envolvió un fuerte sonido distorsionado ambiental que mezclaba el rumor de los coches con el trasiego de la mañana. Entre el ruidoso paso de los «recién llegados» que circulaban «en fila india» por delante de la caravana portando todo tipo de trastos atados al techo, a punto de «derramárseles», Lidia advirtió «aquella voz modosa acelerada con timbre valenciano», perteneciente a Margarita, su madre:

— ¿Ya te has lavado la cara?

Lidia miró hacia la izquierda. Vio a sus padres, José y Margarita, jugando a las cartas. «No recuerdo exactamente a qué jugaban, solo que la baraja era *Española*». Negó con la cabeza. —Pues entra y lávate, que ahora iré yo a prepararte el desayuno—le mandó Margarita, sin perder de vista los «Tres reyes y «el sol», que su mano pinzaba.

Los vehículos terminaron formando (más adelante), un barullo lo cual provocó que se oyeran en el camping los primeros cláxones de la mañana. —No sé adónde van si esto está completo—le escuchó renegar a José, antes de volver a meter la cabeza dentro.

«Mi padre se llamaba José y era muy del Barça. Lo recuerdo alto, sin camiseta, todo bronceado él, con sus patillas canosas y su bigote; su pelo ondulado rubio de lado y ese pantalón cortísimo de color rojo con líneas blancas que usaba todos los veranos. A veces se ponía sombrero». —No hagas mucho ruido que está tu hermano durmiendo—le dijo su madre, sentada en su silla plegable frente a José, fumando.

—Que se levante, que ya es hora—dijo José, poniendo las cartas sobre la mesa.

Lidia tomó su desayuno. «Sé que comí algo pero no recuerdo qué». Reaccionó de repente, al sentir la inmovilidad de su muñeca izquierda. Su madre la estaba apretando.

—Me llevo a la niña a jugar—la escuchó decir—coge el cubo—le dijo acelerada.

«Puede que acabaran de discutir. Lo hacían mucho». «Tenía un cubo rojo de playa para jugar con los niños extranjeros». José miró la hora en su reloj de pulsera. Marcaba las «12:30».

Margarita y Lidia enfilaron hacia la playa por el camino de las duchas. El cielo estaba azul, totalmente despejado. El sol brillaba pesado a través de las ramas, de las dos hileras de árboles, las cuales, flanqueaban el camino por el que se alcanzaba también «el sector H» del camping. Había dos personas leyendo tranquilamente el periódico, sentados en sus tumbonas; una mujer alemana y su marido se sentaban a la mesa; cuatro holandeses tomaban el sol junto al coche y la caravana; una madre amamantaba su bebé. El chico joven, de cabello rizado alborotado, llegó en bicicleta. La dejó apoyada en el Peugeot de color gris ceniza. Entró en una tienda de campaña. Cerca, un perrito que parecía de lana se disponía a beber agua. Su dueño, contemplaba parado la hora: «12:46». Los extranjeros hacían cola para aclararse en las duchas. Mientras, Lidia y su madre bajaban a la playa. Pasaron por encima del murete aprovechando «las brechas» que quedaban entre caravana y caravana, y buscaron sitio para instaurarse dentro de todo aquel «amasijo» de familias que a la una de la tarde cubrían completamente “la arena negra” y hasta «el empedrado», de aquella pequeña playa a rebosar de campistas, pegada al camping de Los Alfaques.

Hallaron hueco en el saliente donde más castigaba el sol. En esa parte «de mucha calor», dos mujeres jóvenes alemanas desafiaban al sol tomando de sus rayos sobre las rocas. Otros chiquillos zambullían plenamente sus cabezas en el mar de la Costa

Dorada. El chapoteo; el griterío entremezclado con el oleaje, apagaba cualquier tipo de voz. Por lo que Lidia no podía escuchar como su madre le advertía que no se separara de ella. «Era una mujer guapa de cara. Un poco obesa. La recuerdo con gafas de sol, parecidas a las que usaba Audrey Hepburn en «Desayuno con Diamantes»; el cabello castaño ondulado suelto, por debajo del sombrero blanco; la nariz así respingona apuntando hacia arriba, como la que tengo yo; y su bañador negro. Probablemente encontró a alguien conocido, quizá una amiga, porque recuerdo haber estado jugando con el cubo rojo en la playa, con todo el calor golpeándome la cabeza».(Lidia no sabía que se había perdido)

—Fabrice—, escuchó cerca de su oreja—Fabrice, oyó.

La gente del camping comenzó a abandonar la playa porque se acercaba la hora de comer. Lidia se quedó por allí jugando con otros niños que también llevaban cubos de arena, hasta pasada la una y media. El olor a comida que se propagaba por las zonas cercanas, la hizo «despertar», cuando la playa se estaba quedando semivacía. Antes de que pudiera darse cuenta de que se había perdido, su hermano «Richi» ya estaba corriendo hacia ella. «Richi», aliviado, la cogió en brazos. Le dijo algo cariñoso, que Lidia no pudo llegar a comprender. Estaba más pendiente de la playa. Había dos niños, de entre diez y doce años lanzando una colchoneta contra el mar envalentonado. Las dos mujeres alemanas seguían disfrutando del sol «achicharrándose», sobre la roca cuyo minúsculo promontorio señalaba hacia el viejo embarcadero. Y de pronto, un fuerte ruido que sacudió las entrañas de la Tierra. Lidia observó el cielo. Desde el mismo vio una gran llamarada de fuego semejante a un meteorito dirigirse hacia el edificio blanco de los apartamentos. «Instantáneamente se desató el infierno». Comenzó a llover fuego. Veían caer llamaradas por todas partes. Lidia sintió su cintura entre las manos de «Richi». Lo siguiente que vio fue a «Richi» correr en la misma dirección que aquellos dos niños que minutos antes habían estado jugando con la colchoneta (dirección al camping). Ahora, notaba el vaivén acuoso bajo sus piernas. «Richi» la había dejado en la colchoneta y las olas se la estaban llevando. Entonces Lidia se ahogó en un grito. Una gran lengua de fuego que cubrió el aire y lo tornó espeso, se extendió por Los Alfaques calcinando todo lo que encontraba a su paso. Los gritos de la multitud; gritos de dolor y desesperación; gritos de histeria, resonaron en el camping.

La pequeña Lidia estaba siendo testigo del horror, desde una colchoneta inflable, sobre un mar extrañamente en calma, que la iba arrastrando sigilosamente hacia su interior con cada oleaje. Las figuras ennegrecidas empezaron a emerger dentro de un panorama completamente gris, envuelto de un calor asfixiante que lo impregnaba todo. A izquierda y derecha se las veía oscilar desorientadas preguntando a los que corrían desesperadamente hacia la playa lo que estaba pasando con total naturalidad. El shock los tenía totalmente inmunizados al dolor, hasta que caían desplomados a pies de los que pasaban. «Era como estar siendo bombardeado por napalm, parecía la guerra». El fuerte olor a carne quemada, «recibido por la muerte», que salía de los cuerpos carbonizados, se iba esparciendo entre figuras que habían quedado agarrotadas, produciendo imágenes

totalmente dantescas. Las dos mujeres alemanas permanecían ahora de pie sobre las rocas totalmente carbonizadas con las manos cruzadas por encima del vientre. «Parecían “Santos”». A lo lejos, dentro del camping, consumidos en la negrura; una madre seguía amamantando a su bebé en una tumbona de playa; personas que continuaban tomando el sol al lado de los coches y las caravanas, de los que únicamente quedaba ya el chasis, humeante; el perro quemado sin pelo, bebiendo agua desesperadamente con el vientre hinchado; la niña del vestido de flores en un rincón llorando.

Lidia observaba «a la niña del vestido de flores». Se encontraba fuera de las duchas, pegada a la pared, temblando de miedo, bajo el fuego cruzado producido por las bombonas de butano. De pronto, los gritos de terror cambiaron de lado. Bajaron todos del camping en una nube de personas que se disponía a entrar en el mar para liberarse de las llamas. Lidia los vio subirse al murete y acometer contra el mar, en tromba. «El agua burbujeaba. Sobre todo en la orilla». Los gritos se retorcieron porque se estaban cociendo. La insoportable temperatura del mar hirviendo (200 °C) a causa de la «gran bola de fuego» que había arrasado al camping, dejó a las víctimas irreconocibles; con jirones por toda la piel abrasada, y una expresión de puro dolor congelada para siempre. «La playa era una tumba silenciosa». Todos los relojes del camping de Los Alfaques, (la mayoría aún colgando de las muñecas ennegrecidas) marcaban las 14:36, hora en que se había detenido el tiempo. Lidia no escuchaba nada. Apenas, el crepitar lejano de las llamas, y vagamente. Todo lo que veían sus ojos eran figuras negras que yacían sin rostro. De repente, se echó para atrás al comprobar que una extraña corriente oscura se aproximaba a la colchoneta. Sintió un fuerte dolor en el antebrazo. Observó que tenía una quemadura. «Parecía la mano de un niño». Al levantar la cabeza vio que la mancha se estaba alejando. Enseguida miró a la playa. Allí delante, como un muerto que acababa de levantarse, se encontraba sola entre cadáveres «la niña del vestido de flores», con la mitad de su cuerpo parcialmente calcinado. «Su tobillo sano rozaba el cubo rojo».

«Creo que me estaba mirando». «Debería haber muerto allí, con ellos». Pensaba Lidia.

Capítulo 9: Algo se oculta en el campo

Pepe rozó la mano de Lidia, y ella lo contempló con ojos chispeantes. Lo siguiente, fue un tipo de beso libidinoso. Después, fueron a casa de Lidia y tuvieron sexo, aunque ambos confundieran aquel hecho con una apasionada historia de amor. Sobre todo Pepe.

A la misma hora, Javier se encontraba en su habitación perdido en la más absoluta penumbra. Una peligrosa idea le rondaba la cabeza: «Regresar a “ese” campo».

El reloj marcaba las 14:36 de la madrugada. Javier se levantó de la cama y caminó taciturno hacia el lavabo. Cerró la puerta. Se quedó unos minutos dentro, llorando. Salió de allí vestido con una camisa blanca y un pantalón de chándal. Abandonó la habitación derrumbado, visiblemente «roto». Bajó las escaleras del bloque nervioso. Despertó sin querer a Raúl, su casero, que vivía en uno de los bajos. Salió a la calle, silbando una canción (probablemente «*Me gustas mucho*», de Rocío Dúrcal). Lloviznaba. Se subió a la moto; una 125 (Yamaha azul de 2003), sin el casco, sin abrigarse, nada, tal cual. Raúl lo vio dirigirse calle abajo, «hacia la nacional 340». «Llevaba una camiseta blanca de manga corta».

Javier puso la Yamaha a «todo lo que daba» por la N-340. La aguja del velocímetro yacía sobre su lado derecho. Enseguida, la lluvia comenzó a asperjarle la cara. Recorrió veinte kilómetros de pista mojada hasta el camping de Alcanar (Los Alfaques). Tardó algo más de veinte minutos en llegar, «acompañado en todo momento por aquel temporal de mierda». «Sólo Dios sabe en qué estaba pensando». Aceleró. En ese instante, seguramente creería ver figuras de pie, «plantadas allí como árboles siniestros», a un lado y otro de la carretera. «Caras negras sin rostro; ni ojos; ni boca; ni nariz». Calculó mal y sufrió un accidente. La motocicleta hizo «aquaplaning», y él salió disparado hacia la parte de Sierra Mar, cayendo sobre el arcén «del lado montaña», en el kilómetro 159.

Javier incorporó su cuerpo repentinamente hacia adelante, como si acabara de tener una pesadilla. Apoyó las manos en el asfalto. Estaba frío. Miró a su alrededor con una extraña y al mismo tiempo desconcertada sonrisa. La noche cubría completamente el kilómetro 159. A su derecha estaba el camping. A su izquierda, la línea blanca que separaba la N-340 del oscuro bosque. Delante, había cuatro figuras paradas en medio de la carretera. Las veía de espaldas. Vestían de playa. El único de los cuatro que parecía ser un hombre, por su estatura y su silueta abrupta, portaba un chaleco naranja y una gorra de visera blanca. En ningún momento se movieron. Permanecieron de pie, detenidos en el tiempo, «errantes», contemplando el camping de Los Alfaques. Javier salió corriendo. Entró en el bosque huyendo de la carretera, pero no se veía nada. Tuvo que parar y seguir avanzando, sujetándose a las frías ramas por la intemperie. Haciendo mucho esfuerzo porque andaba cojo, tocó uno de aquellos troncos colocados en modo circular. De pronto, una potente luz que emanaba de la luna, lo envolvió en un círculo errabundo. Dentro de aquella luz movediza, Javier tuvo una sensación grata de intimidad; de nostalgia; de remordimientos; del odio derrotado. Entonces se acordó de su madre y de Clara. Tropezó con un poste.

Capítulo 10: El cementerio de Tortosa

Pepe bostezó. Se arremolinó entre las sábanas. Estirándose, comprobó como el sol se asomaba por la ventana. Buscó a Lidia. Apareció de repente nerviosa, a pies de la cama. Estaba vestida. Llevaba unos pendientes largos, de bisutería. Empezó a remover las capas buscando «no se qué». Pepe vio que se llevaba algo en la mano. «Una prenda, quizá».

— ¿Estás bien? —, le preguntó, cubriéndose los pezones.

— Tenemos que ir al cementerio de Tortosa—, habló Lidia desde el comedor.

— ¿Cuándo? ¿Ahora? ¿Qué hora es? —, preguntaba Pepe, no muy contento por la decisión de Lidia.

Lidia le tiró la camiseta a lacara, para que se la pusiera.

— Javier ha muerto.

— ¿Cómo ha sido?

— Con la moto. Iba a mucha velocidad, se cayó de la moto y se rompió el cuello. Murió en el acto—, contó Lidia—, es lo que me ha contado «el Doctor».

— ¿Has hablado con el médico?

— «El Doctor» no es médico, le llamamos así.

— ¿Quién es? —, preguntó Pepe. Estaba celoso.

— Vístete—, dijo Lidia, dando media vuelta. Se puso a andar nuevamente hacia el comedor, nerviosa.

— ¿Y está en el cementerio? ¿Tan pronto?

— ¡Fue ayer!

Pepe miró a la perrita. «Se llamaba Nuca». Le silbó un poco. El animal se emocionó al ver que le hacía caso. Comenzó a sacudir la cola de manera enérgica. Minutos después, Pepe y Lidia bajaban la escalera y abandonaban el número catorce de la avenida Catalunya en el Ibiza rojo de Pepe, dirección Reus. No pararon hasta llegar al cementerio (unos veinte, veinticinco minutos). En el transcurso del viaje no se dijeron nada. «Se veía que aquella iba a ser una relación tóxica». Pepe dejó el coche aparcado en la puerta, frente a la entrada del recinto. Enseguida «chocaron» con dos pequeñas puertas de idéntica fachada que traían una inscripción sobre el arco: Mortui (Der.) y Resurgent (Izq.), «Muerte y Resurrección». Estaban ubicadas junto a la entrada principal. Dentro se veían coches aparcados. Lidia se colocó bien las gafas (Llevaba unas llamativas gafas de sol negras). Pasó por delante de Pepe «con mala leche». Entró primero sola, como si no fuera con él. Anduvo deprisa hacia la primera de las avenidas «como si supiera dónde ir». Se perdió por una calle. Pepe dejó de seguirla. Inmediatamente, se quitó las gafas de sol despacio. Se había quedado justo entre dos calles: San Blas y Santa Clara. Se quedó mirando algo que había en el suelo. «Unas marcas de ataúd». «Hacían aproximadamente la misma medida». «En este camposanto

no podía ser otra cosa». Había muchas, colocadas en hilera. «Parece que la muerte no se ha movido de allí». Reflexionó Pepe.

—Ahí colocaron los féretros—, señaló una voz a su espalda.

Pepe giró lentamente el cuello en dirección a la voz masculina. Detrás, tenía un hombre escuálido, de entre cincuenta y sesenta años, con barba y pelo canoso, vestido de verde, «parecía un jardinero». —En total 99. Tuvieron que fabricarlas corriendo porque no quedaban en los pueblos de alrededor. Lo hizo la familia <<Mora de Ebro». Se dedicaban a eso ¿Los conoce?

—No—, respondió Pepe en shock

—¿Es usted el conserje? —, preguntó.

—El que procura que los muertos sigan descansando. Yo vigilo este lugar, también de noche.

—¿Qué pasó aquí? —, a Pepe le faltaba todavía mucha información de lo ocurrido en Los Alfaques.

—La tragedia en el camping. ¿La conoce?

—Sí, más o menos. Pero cuénteme.

—Los trajeron aquí, a los que pudieron. Los colocaron ahí delante, donde usted ve, en hileras, dentro de ataúdes negros. Eran noventa y nueve, todos carbonizados, en tan horrendas posturas agarrotadas que no permitía que pudieran ser encerrados. De las cajas surgían manos, cabezas y rodillas carbonizadas. Estaban envueltos en plástico, rociados de una sustancia «zotal», para que el olor no se extendiera por toda la necrópolis. Eso espanta a las moscas. Pusieron sobre cada cuerpo un papel con un número, para identificarlos. Estos que llegaron aquí no tenían nombre ni apellido.

— ¡Pepe! —, escuchó. La voz de Lidia.

Ya no prestó más atención. Siguió la voz susurrante, alejándose de aquel hombre. Lo llevó a otra parte, frente a la malograda escultura de Santa Teresa. (A la imagen, de más de dos metros de altura, le habían amputado la mano izquierda). «Algún gracioso». Llamaba la atención su rostro pelado. «Parecía abrasado», igual que los cuerpos sin nombre que yacían bajo sus pies, en una fosa común. «Los que no habían sido reclamados». «L... O... S». —Pepe—Lidia le estaba cogiendo la mano suavemente. Pepe regresó «al mundo de los vivos». Levantó la cabeza y observó a tres personas más que estaban con Lidia: Un hombre, una mujer, y un sacerdote. Los tres, alrededor de una tumba abierta.

—Nos estamos despidiendo de Javier—, le dijo el hombre con “resaltado” acento argentino—, por favor, acompáñanos.

«Aquel debería ser el Doctor, sin duda». Pensó fugazmente Pepe. Alto; guapo; «melenudo»; con los ojos azules; de complexión fuerte; quijada fina y manos robustas; y clara pinta de intelectual. «Realmente parecía un médico». Se puede decir que aunque no ostentara la carrera de medicina, representaba dignamente la profesión porque ayudaba a las personas con problemas, a través de su propia experiencia con las drogas. El hospital del Mar lo encontraba muy útil para reconducir a pacientes con estrés postraumático. Pepe averiguaría todo esto más tarde. La mujer no parecía ser su pareja. «Parecía un rollo». «Apuesto a que se la folla». Rondaría los cuarenta años, no tendría más. Se parecía un poco a Lidia, «pero en versión rubia». Llevaba el pelo corto. Miraba constantemente a Pepe, con ojos de paciente enferma. Lidia le acarició la mano. Aquel gesto suave, cuasi lésbico, la tranquilizó. Las dos se colocaron de frente, mirando al cura. La misa duró poco, al término, «el Doctor», se presentó:

—Soy Sebastián—, le dijo, ofreciéndole la mano.

—Pepe—, apretó los dedos del «Doctor».

—Lidia me contó. Vos y Javier tuvisteis una conversación.

—Sí. Algo parecido.

—Está bien. Eligió estar aquí porque quería que lo enterraran al lado de su madre.

—No lo sabía.

—Ya.

Sebastián se dio cuenta de que Pepe estaba pendiente de Lidia. Ella y la otra mujer, se encontraban tres pasos por delante de los dos. Estaban dándole las gracias al cura. Pepe miraba a Lidia y esta le devolvía la mirada, aunque terminaba desviándola hacia la tumba de Javier.

—Suerte—, le deseó Sebastián, despidiéndose.

—Espera, tú... Te dedicas... ¿Tienes mucha relación con Lidia?

—Yo solo soy «su doctor». Todos me llaman así.

—¿Eres médico?

—La gente tiene problemas. Yo les apporto mi experiencia. Si me disculpas...

—Sí, claro.

Sebastián se fue a ver a Lidia, y a la mujer que en ese momento la acompañaba. «Su otra versión». Pepe lo vio intercambiar unas pocas palabras con el sacerdote. Después, saludó a la mujer con la mano, y le dio repentinamente dos besos a Lidia en cada mejilla. Ella lo buscó con la boca. Pepe meneó la cabeza contrariado. No quiso mirar. Cuando se dio la vuelta, volvió a ver al hombre de pelo canoso. Estaba a unos cinco metros, barriendo la losa de piedra «de los que no pudieron ser identificados». De repente, paró. Encendió un cigarro. Saboreando la boquilla, se dio cuenta de que Pepe lo estaba observando. Le saludó, empujando la barbilla, antes de proseguir con su faena. Al volverse, vio que de los cuatro, sólo quedaba Lidia.

Lidia corrió hacia él, y lo abrazó con todas sus fuerzas. Al despegarse, le dijo visiblemente emocionada: —Tenemos que averiguar quién está detrás de la muerte de Javier—, dicho esto, volvió a abrazarlo.

—Sí—, dijo Pepe, consciente de que Lidia sería su perdición.

Capítulo 11: La Biblioteca

En Reus, Aria de Bach. «La calma en mitad de la tormenta»; de una absoluta paz, representa el armonioso renacimiento del sol. «El primer amanecer íntimo de cada ser humano, como si estuviera despertando». Es lo que sentía Pepe mientras subía la escalinata del edificio señorial.

Atravesó aquel amplio vestíbulo acompañado de murales, pensando en Lidia. Llevaba siete días en su casa. «Siete días sin hacer nada; durmiendo; comiendo y follando». «El dinero de la tarjeta se lo estaba literalmente “puliendo” ». Necesitaba comprar ropa y otro cepillo de dientes, si es que pensaba quedarse, esa era otra, a Pepe las relaciones le duraban lo mismo que a un periodista una bandeja de canapés. «Cambiaba de mujer como de camisa». «Se cansaba rápido». Alcanzó el ascensor ubicado al final del pasillo. Saludó amablemente al Guardia de Seguridad. Entró y bajó a la tercera planta. (Zona donde se halla la hemeroteca de revistas, periódicos y semanarios). Fue directo, sin desviarse, a la máquina de microfilm (La número 2 estaba libre). Se lo tomó con calma, aprovechando que la sala estaba prácticamente vacía. Para empezar solicitó un nombre: «El Enlutao». Pero no apareció nada. En su lugar no dejaba de sonar un nombre. «Esto es interesante». «MOTHMAN», y dos fechas: del 15 de noviembre de 1966 hasta el 15 de diciembre de 1967. «El Hombre de la bata blanca» se acercó enseguida portando una sola caja de color verde. La dejó en la mesa de Pepe. Este se sentó y abrió la tapa. Buscaba “el origen de la historia”. « ¿Sería “el Enlutao”, “el Mothman?”.

Variaciones Goldberg. «La variedad es el agua que da la vida». El Mothman era el presagio de la muerte. «La señal de la tragedia». Las apariciones de la criatura, justo después del colapso, fueron interpretadas como un terrible presagio que estaba a punto de suceder. Un mensaje claro de advertencia. «Me estoy perdiendo», pensó, leyendo el archivo que decía lo siguiente: No se volvieron a reportar avistamientos de la criatura, tras el accidente del puente. Su última aparición se produjo a finales de 1967. «O puede que no. El diablo tiene muchos nombres: Satanás, Beelzebud, Lucifer, Demonio, ¿Mothman? ¿Enlutao?». « ¿Qué es?». « ¿Un animal antiguo? ¿Algún tipo de mutación? ¿Un extraterrestre? ¿La manifestación de la paranoia producto de la ansiedad que genera el miedo?». Estaba claro que Lidia y Javier, pese a no coincidir en el camping, habían experimentado lo mismo: «La sensación de que había alguien o “algo” más, allí, con ellos». En aquella caja verde no tenía nada a lo que agarrarse. «La verdad se encontraba en sus recuerdos»; referencias al libro de John Keel «Las profecías del Hombre Polilla» y a la película interpretada por Richard Gere en 2002, con idéntico título, pero, poco más, es decir cero, o lo mismo que cero, nada. Vio un dibujo de la criatura. «Era clavada a la descripción de “Sarah” », su ex. —No despertemos a los muertos—, susurró Pepe, retornando los archivos a la caja.

Regresó a la pantalla blanca y buscó otra fecha: 11 de Julio de 1978, «la tragedia de Los Alfaques». Volvieron a oírse pasos en la biblioteca. «El hombre de la bata» regresó sonriente, esta vez con cuatro cajas verdes, las cuales, volvió a colocar sobre la misma mesa. Se llevó, en silencio, «la caja verde del Mothman».

—Empecemos por esta—, susurró Pepe; la que tenía el nombre del periódico y la fecha pintada con rotulador: (02 jul. 1978 – 08 agost. 1978) Gymnopedie 1, de Erik Satie, acompañó a Pepe en los primeros minutos de una larga búsqueda a través del tiempo; que allí mismo sentado, inmerso en la melancolía, recobraba recuerdos perdidos mientras repasa una tras otra las mil páginas de angustia y terror, las cuales, se despegaban ante sus ojos como sombras y cenizas. «El infierno es repetición». «Infierno en la Tierra». Puede que fuera en lo que pensara José Palanques mientras atravesaba «el Apocalipsis». Él fue el primer fotógrafo en llegar al lugar: «Imágenes que no se olvidan». «Se le siguen poniendo a uno los pelos de punta».

«Había que retrotraerse con la mente, y pensar en ello».

11 de Julio de 1978

De Telegraaf

WOENSDAG 12 JULI 1978

MEEDRA DONLKN

NO. 25.676

PRIJS f 0.80

RAMP OP CAMPING LOS ALFAQUES

PANIEK OP HET STRAND: OOK ZWEMMERS VERBRAND

De Telegraaf. Deze foto toont dat zelfs de badgasten, hoewel in het water, niet veilig waren voor de nuurgolf. Kart Siol, 34 jaar, uit München, was zjuutst zjn bunglow uitgekomen om ijszss voor zjn vrouw en dpheres lo halen. Hij zag kinderen spalen op het strand. Plotseing hoorde ik een 'bang' van ontwrichtend geweld." verklaarde hij. 'Alles bramide. Toen was er een tweede explosie.'

De vluchtende badgasten, voor wie het water geen toevluchtsport meer was, begrepen dat de vuurgolf hen zou verwefgen. Deze foto is genomen door een Dultee merlet die zich op de grens van hat ha tweeterrein bevond.



MEERDERE DODEN

EN GEWONDEN GEMELD

El sonido de las sirenas rompió la tranquilidad de la N-340. A las 14:39 la zona donde se encontraba el camping humeaba y ardía como el infierno. De las 800 personas que se encontraban en «Los Alfaques», 217 habían caído en el acto. Las manecillas de los relojes que milagrosamente habían quedado intactas en las muñecas carbonizadas señalaban la hora exacta de la muerte. «El tiempo se había detenido para siempre en Los Alfaques, a las 14:36». «Lo decía el ABC», no sólo Palanques, fueron varios los que vieron el fuego, seguido del humo denso que ascendía en una espiral sobre una atmósfera de calor asfixiante y un horrible olor a carne quemada. En mitad de un desconcierto total, por culpa del panorama apocalíptico que estaban presenciando, la prensa holandesa mencionó un nombre, el de Klaus Van Duinen.

Klaus y su mujer, Jetta, estaban siguiendo a los vehículos de Cruz Roja y Protección Civil sin saber qué había ocurrido, cuando de pronto, distinguieron un enorme cráter humeante en la carretera. «Parecía una explosión». Klaus estacionó el vehículo en el «lado mar» (a unos treinta metros de la zona afectada), preocupado porque tenían un chalé casi pegado a «Los Alfaques». Jetta se quedó en el coche viendo como su esposo cruzaba la tapia de hormigón de la entrada.

«Atravesé las puertas del infierno». Me fui topando con escenas perturbadoras que me marcaron de por vida. Olía fuertemente, como a carne chamuscada. Vi cuerpos diseminados en el suelo, muchos estaban aún retorciéndose de dolor. Llegaron hasta mí dos mujeres aturcidas, con jirones de piel colgando. No sabía qué hacer. Había unos niños parados con cubos a lo lejos. Les grité para que se movieran pero no me hacían caso. A medida que me iba acercando para ayudarles los veía de la misma forma; allí parados; uno sentado; otro sobre el cubo; un tercero de pie, mirando al mar. Entonces, cuando toqué al primero lo supe. «Se me deshizo en la mano, como un azucarillo». Le contó a Bild.

España en vilo. Así lo contó el noticiario de Televisión Española: «A las dos y media de la tarde un mar de fuego de sesenta metros arrasó el camping de la provincia de Tarragona. El fuego brotó de un camión cisterna cargado de propileno que estalló en medio de la carretera justamente frente al camping, se prendió fuego y el gas se derramó en una bocanada infernal sobre los veraneantes que en aquel momento estaban comiendo. Mil quinientos grados de calor, de pronto; hombres y mujeres y niños de todas las edades murieron abrasados vivos. El fuego los petrificó en un gesto de dolor y sorpresa». La narración estuvo acompañada en todo momento de cruentas imágenes desgarradoras, tan duras que la cadena dio orden de no volver a repetirlas.

Capítulo 12: El holandés errante

Wikipedia: Klaus Van Duinen (Oss, Países Bajos, 1 de julio de 1935). Psiquiatra, especializado en parapsicología y misterio. Autor de varios libros, entre ellos el best-seller: *Visitantes del Futuro* (1988). También destaca su obra, aunque menos conocida: *Las otras caras del Mothman* (1999). Es una de las figuras responsables en Estados Unidos de extender la teoría de Erich Von Däniken, principal figura de popularizar la hipótesis del «paleocontacto» y los antiguos astronautas. Fue expulsado de la localidad de Point Pleasant en el año 2003 por provocar un altercado con las autoridades de allí. Desde entonces tiene prohibido acercarse.

«Ni una palabra de Los Alfaques». Pepe cerró el portátil de la biblioteca. Salió disparado por la puerta principal. Dos calles más abajo, antes de llegar al puente, tenía aparcado el Seat Ibiza. De camino a casa de Lidia, llamó a Torralba. Era día 10 (de agosto), y todavía no le habían ingresado nada.

—*Hombre, ya era hora. Estás desaparecido macho*—, le dijo Torralba.

—No me has ingresado.

—*Ya.*

—¿Por qué?

—*¿No quedamos en que el día diez?*

—Es diez.

—*¿Pero no ha terminado el día, no?*

—No me jodas.

—*No me jodas tú a mí, tío. Te contraté para que subieras el nivel de mi revista, no para que te fueras a follar y drogarte por ahí sin tener nada.*

—Sólo es eso.

—*Claro, lo que hagas con tu vida privada me da igual, pero no que juegues con mi trabajo. Llevas un mes desaparecido. Ni siquiera coges el teléfono.*

—Me llamaste una vez.

—*Tampoco tengo que insistir, no soy tu padre.*

—No quisiste saber nada del testimonio de Lidia.

—*Te dije que lo dejaras congelado hasta este mes. La revista ha salido y la verdad es que lo de Los Alfaques aún tiene su tirada. Se está vendiendo bien*—, en esta última frase, Torralba ya había rebajado el tono—, *puedes llamarla si quieres.*

—Ya tengo su testimonio y estoy en algo más gordo.

—*Te ingreso el dinero.*

—Hazlo.

Esperó un minuto, con el móvil pegado a la oreja.

—*Ya lo tienes. ¿Cuándo tendré lo mío?*

—En breve. Otra cosa.

—*Dime.*

— ¿Conoces a Klaus Van Duinen?
—No.
— ¿Seguro?, cree en los alienígenas y en todas estas cosas que te gustan a ti. Escribió un libro, no sé qué del futuro. Tiene prohibida la entrada en un pueblo de Estados Unidos, Point Pleasant. Al parecer tuvo una “movida” con los policías de la zona.
—Vale, ya sé quién es. *«Visitantes del Futuro», el de los antiguos astronautas.*
—Ese.
— ¿Qué le pasa?
—Nada. Quiero conocerle.
—Vive en Holanda. Mi mentor fue a entrevistarle una vez hace mucho tiempo, pero se vino sin nada. Es un personaje «cabroncete». No sé si aún vivirá. Pero ten cuidado. No es de fiar.
—En Wikipedia pone que está vivo.
—Por Dios Pepe, Wikipedia.
—Estos lo saben todo.

Pepe llegó al portal de Lidia. Se detuvo, porque no quería que Lidia oyera la conversación.

— ¿Qué quieres que haga? —, preguntó Torralba, participativo.
—Fue uno de los primeros en llegar al camping cuando ocurrió la tragedia. Salió hablando en el reportaje que hizo Bild, aquel año. Quiero entrevistarme con él.
—De acuerdo.
—Y también dos billetes para Ámsterdam.
— ¿Dos?
—No seas rata. —Tío, *«la vaca no da para tanto»*.
—Ese Van Duinen tiene otro libro que al parecer no tuvo mucho éxito. Lo sacó más tarde. Se titula: *«Las otras caras del Mothman»*.
—No lo he leído.
—Ni yo. Ni siquiera el otro. ¿Recuerdas el nombre que mencionó Javier en la grabación que te pasé? Era siniestro.
—«El Enluta». *«El Enluta»*.
—«El Enluta» es el Mothman—, afirmó Pepe, completamente seguro.
— ¿El Mothman? Nadie ha visto al Mothman en España, Pepe.
—Lo sé. He leído algo sobre eso. Pero «el Diablo» tiene muchos nombres.
—Te entiendo. En el audio parecía aterrado.
—Lo estaba. Pero aun así, el muy loco se fue a buscarlo en moto a Los Alfaques.
—No jodas, ¿cuándo fue eso?
—Hace una semana.
—Cree que aún sigue allí—, aportó Torralba, con voz de misterio.
—Sí. Yo también lo creo.
— ¿Te llevas a Javier a Holanda?

—No. Él ya ha hecho su último viaje. No pudo alcanzar «el campo», se mató delante del camping.

—*Joder.*

—Sí—, pausó silencioso—Justo dónde Lidia dijo que ladraba el perro—, reflexionó Pepe, totalmente abstraído.

—*Me he perdido. Ahora sí que no entiendo lo que me quieres decir.*

—Claro. Kilómetro ciento cincuenta y nueve—, regresó a la conversación—, porque te falta el testimonio de Lidia.

—*¿Cuándo me lo enviarás?*

—Pronto.

—*Sacaré los billetes.*

—Sí, pero no desde Madrid. Barcelona.

Torralba no preguntó. Finalizó la conversación. Pepe llamó al interfono.

—Soy yo, abre.

Lidia le abrió. Pepe subió deprisa. La puerta del piso estaba entreabierta. Accedió al comedor. Inmediatamente vio a Lidia «tirada» en el sofá, cambiando de canal con insistencia. «Creo que le molestaba. Tenía ganas de que me fuera, y yo de marcharme». «No tenía trabajo ni perspectiva de encontrarlo. Tampoco buscaba ni se la veía preocupada por no hacer nada. En ese momento viviría del paro, supongo, nunca pregunté. Sé que no pagaba piso. Lo habría comprado o heredado. Creo que lo segundo sería mucho más factible. Sus cambios de humor me eran insoportables. No los aguantaba. Necesitaba fumar».

—Ahora regreso, voy abajo.

Lidia continuó a lo suyo, «como el que oye llover». Esta vez, Pepe recogió las llaves de encima del mármol, para no tener que llamar. Regresó a la calle. Caía la tarde. El sol declinaba. Contempló los escaparates mientras se dirigía a un estanco cercano. Se metió dentro. Formó parte, durante unos minutos, de una variada cola compuesta por pintorescos rostros de fumadores consumidos. Le tocó el turno a Pepe. Estaba nervioso, como la vez en que se presentó de improvisto en un quiosco de A Coruña para comprar una revista porno. «Tenía veinte años». Pidió lo que fumaba por entonces:

—Un paquete de Fortuna.

—Cuatro con treinta y siete.

«Coño, cómo ha subido. En el 2000 costaba dos euros».

—Me llevo también un mechero.

—¿Cuál?

—El rojo.

Lo pagó y salió. Estuvo rato dándole vueltas sin saber qué hacer, hasta que finalmente se metió en una esquina. Se lo encendió allí.

—Va por ti, Ibai—, exhaló.

Cuando empezaba a saborearlo, sonó el teléfono. Mensaje de texto de su jefe:

YA TIENES LOS BILLETES. TE LOS HE ENVIADO AL CORREO. SALÍS PASADO MAÑANA, VIERNES, A LAS 8 DE LA MAÑANA. VOLVÉIS EL DOMINGO A LAS 19.

¿Aeropuerto de Barcelona?

Sí

Gracias

ESTA ES LA DIRECCIÓN DE VAN DUINEN: 13. GROTEMARKT. ROTTERDAM. NO HE PODIDO ESTABLECER CONTACTO CON ÉL. TENDRÁS QUE BUSCARTE LA VIDA.

Ok

—A ver cómo se lo explico—, caviló en voz alta, con la farmacia delante. Acto seguido, tiró la colilla al suelo y la pisó. «No sería fácil convencer a Lidia». «Ella quería volver a Los Alfaques». «Yo en cambio, quería saber a qué nos enfrentábamos primero». Con esta idea, se presentó en la casa, discutió con Lidia (Ella, evidentemente prefería ir a Los Alfaques), y acabaron teniendo sexo salvaje sobre la mesa redonda. — ¿Quién eres tú? —, le preguntaría Pepe, sofocado. Luego de ducharse y cambiarse de ropa, conversaron en el comedor:

—Ese tipo maneja información que nos interesa—, le iba contando Pepe—, a ver, va a sonar una locura, pero Javier me habló de un personaje oscuro. Una especie de «autoestopista», siniestro. Creo que fue a buscarlo. Lidia escuchaba, y entendía todo. Sabía perfectamente adónde quería llegar.

—Debo preguntarte—, prosiguió Pepe—dijiste que el perro estaba ladrando a la carretera. ¿Sentiste algo?, no sé, ¿como una presencia que rondaba el camping?

—Había algo, al otro lado de la carretera—, Lidia—, los niños nos quedábamos a veces parados, mirando el campo que estaba junto a los chalés. Se veía una caseta, muy lejos. Podíamos estar allí parados durante horas. Era como si nos estuviera hablando.

— ¿Quién?

- No sabría decirte, «el campo».
- ¿Pero era una sensación buena o mala?
- Supongo que buena.
- ¿Has oído hablar del «Enluta»?

Lidia desvió los ojos hacia Pepe. Había «fuego» en su mirada. (Claro, que conocía el nombre)

- No sé quién es—, mintió.
- ¿Mothman?
- No—volvió a mentir. ¿Son el mismo? —, «Ella ya lo sabía».
- Es lo que pretendo averiguar.
- ¿Y qué importa? Javier lo buscaba en ese campo, debemos ir tras él.
- No sabemos lo que nos puede estar esperando allí. (Él ya había estado)
- ¿Crees que hay algo?

Pepe se quedó pensativo. «Oía las risas fantasmales de los niños en la cabeza».

- No me fío. (No se lo contó)

Al día siguiente, Pepe le envió la grabación (el testimonio de Lidia), a Torralba. No respondería hasta el jueves entrada la madrugada con el emoticono del pulgar hacia arriba. En ese momento Pepe achacó la frialdad de la respuesta a que su jefe estaba «cabreado» por haber tenido que pagar los pasajes a Ámsterdam. La verdad era que la tirada del mes de agosto finalmente no había cumplido con las expectativas de Torralba. El viernes, Pepe y Lidia salieron de Tarragona a las seis y media de la mañana, dirección aeropuerto de Barcelona. (El animal se lo quedó una tal «Menche». Se supone que era la mujer que Pepe había visto en el cementerio)

De camino al aeropuerto, Pepe puso música pero Lidia la apagó de inmediato. No quería escuchar nada. Con los pies en el salpicadero, se dedicó todo el viaje a observar el repetitivo paisaje que ofrecía la C-32.

Pasaron Cunit. Dejaron atrás Vilanova i la Geltrú y Sitges, y continuaron por la carretera treinta y dos, veinte minutos más, hasta Castedefells. A poco de pasar Gavá, salieron de la C-32 para adentrarse en un camino adjunto, paralelo, que desembocaba en un aparcadero de pago, frecuentado principalmente por coches y caravanas. Pepe había encontrado este lugar, en internet. Le salía mucho más barato dejar el vehículo allí, el fin de semana, que tenerlo dos días en el parking del aeropuerto. «La clavada era más dura».

Llegados al punto, aparcaron el coche, se presentaron en la oficina (fueron atendidos por la mujer del dueño; una señora elegante, vestida de rojo), y se subieron a una furgoneta blanca propiedad del mismo aparcadero. El chófer, «un hombre demasiado mayor», los dejó junto al parking, de cara a las puertas que llevaban a la terminal 1.

Una vez dentro, buscaron el vuelo Barcelona-Ámsterdam en el panel, pasaron todo el control de seguridad y se dirigieron a la puerta de embarque. En quince minutos estaban sobrevolando el mar. «Hacía mucho que Pepe no volaba». Relajó el cuerpo. Fue cerrando los ojos despacio, con aquella visión onírica de las nubes. «Flotaban sobre las aguas y los pueblos costeros, sobre sierras y montañas, y un musgo blanco, gigantesco, recortado a la imagen y semejanza de la cabeza de un niño».

«Estaba haciendo el belén, cuando lo llamaron del hospital». Nada más dejar caer la figurita del niño Jesús en el pesebre, sonó el teléfono: «Lamento informarle de que su hijo ha fallecido».

La azafata que había realizado las maniobras de seguridad, al principio, lo despertó sin querer de un golpe.

—Disculpe.

Pepe la repasó de arriba abajo. «Era muy guapa». La joven muchacha se encontró en mitad del avión con otro joven que traía el carrito.

—¿Café con leche? —, le preguntó el mozo a Pepe, al pasar por el lado de Lidia.

Pepe sacudió la cabeza. «El café de los aviones es caro y malo».

—Yo sí—dijo Lidia. Inmediatamente miró a Pepe para que pagara.

Pepe rebuscó la cartera en los bolsillos mientras el joven azafato preparaba el café. «Agua caliente, y el café y la leche en sobre». A Lidia se le revolvió el estómago.

—Cuatro con treinta.

Pepe congeló el gesto.

—Sólo aceptamos tarjeta—, se apresuró a decir el muchacho, viendo que asomaba el pico del billete rojo.

—Está bien—, respondió Pepe, cambiando el billete por la Mastercard.

Lidia sujetó el vaso de papel con dos dedos. Sopló, antes de llevárselo a la boca. Lo degustó un poco, absorbiendo el líquido.

—No está tan mal, ¿quieres?

—Asegúrate de no dejar una sola gota—, respondió Pepe, molesto, acomodándose de cara a la ventanilla. «Aún estaba jodido por lo que había costado ese puto café con leche».

«Faltaban dos horas para llegar». Transcurrido este tiempo, salieron del avión en fila, con el resto de pasajeros, directos hacia la sala de recogida de equipajes. Estando allí, esperando, observaron a una pareja de españoles. «Parecían españoles». Permanecieron cabizbajos, viendo aparecer por la cinta toda clase de maletas. Las suyas (dos mochilas color caqui y verde respectivamente, provistas de asa), aparecieron las últimas, una encima de la otra. Agarraron las mochilas y anduvieron raudos, como unos cinco minutos aproximadamente, a través del largo pasillo de la terminal de Ámsterdam. A Pepe le llamó mucho la atención los vigilantes de seguridad. «Parecían policías». Costaba mucho diferenciarlos; todos con el mismo uniforme, vestidos de negro>>. «Portaban extensibles». «Nada que ver con los de aquí». Cogieron un taxi. Pepe chapurreaba el inglés. «Lo justo para que el taxista entendiera que debía llevarles a la estación de tren». De camino, observó “el país de las bicicletas”. Allá donde mirara abundaban bicicletas. «Había hasta parkings de dos pisos repletos de bicicletas». Los holandeses las usaban casi como primer medio de transporte. «Había vehículos sí, pero más bicicletas».

El taxi los dejó frente a un precioso edificio neorrenacentista «encorsetado» por un cinturón de canales. (Desde lo alto la Estación Central parece un islote) «Había un coche de policía parado, estacionado fuera». «Parecía estar de guardia>>. Dentro, buscaron ayuda para sacar los billetes. Encontraron a un auxiliar metido en una especie de cabina. Por suerte, el hombre hablaba tres idiomas y se entendía más o menos con un cuarto: el español. A Pepe casi le dio un infarto cuando la máquina le señaló el importe de los billetes. «El transporte allí es muy caro». No tuvo más remedio que pagar y adentrarse junto a Lidia en aquel «riego» de vías y andenes.

—Es la catorce—, dijo Pepe, leyendo el billete. Bajaron las escaleras.

«La gente esperaba de manera ordenada a que apareciera el tren». Los andenes estaban impolutos; ni un solo papel. El tren (azul con franjas amarillas) de aspecto clásico, llegó puntual. Se subieron al mismo y se sentaron. Pepe buscó en el móvil. «La dirección y alojamiento». La casa del doctor Klaus aún quedaba lejos de la «Rotterdam Centraal», u estación de Rotterdam. Media hora en tren y después unos veinte minutos a pie. «Nada de taxi», pensó, mientras ojeaba un artículo que el profesor había escrito recientemente para la revista «Algemeen Dagblad». «No entendía una mierda de lo que decía, pero hacía referencia a los ovnis». «El profesor seguía activo».

— ¿Has llamado a tu madre? —, le soltó de repente Lidia sin venir a cuento.

— ¿Cómo? No te entiendo—. Pepe estaba totalmente «en fuera de juego». No sabía qué decir—, ¿a qué viene esto? —, preguntó alarmado.

—No me has contado nada de tu vida. No sé si viven aún tus padres, si tienes hermanos... Desde que te conozco no has llamado a ningún familiar.

—Eso es porque no me has oído—, mintió Pepe, rematadamente mal.

— ¿Están todos muertos o qué?

—En parte sí—, resopló Pepe—, han pasado muchas historias, crudas, difíciles de contar.

—Cuenta al menos una, hay tiempo—, le insistió Lidia.

—Joder, ¿en serio? ¿Hemos tenido que venir aquí para que me preguntes esto?

—Da igual, déjalo.

Lidia se cruzó de brazos, malhumorada. Contempló el paisaje de casas, postes, caminos y raíles, que dejaban atrás. Se bajó del tren a las doce. Acompañó a Pepe en un corto paseo que les llevó a la salida. Fuera, lloviznaba. Delante, se abría una profunda avenida pavimentada que atravesaba el núcleo de una ciudad vanguardista y hasta cosmopolita, que había olvidado completamente sus raíces. «Cada edificio es distinto. Se ven modernos, y tienen muchos colores». Prosiguieron, lo más deprisa que pudieron. «Las vías se ven constantemente interrumpidas por otras adicionales sobre herbajes, por donde circula el tranvía». Pero al cabo de unos segundos, tuvieron que parar porque sus ropas comenzaban a tornarse húmedas. Pepe levantó la mano al ver pasar un taxi. Lidia sonrió, cómplice, es lo que quería.

El taxista preguntó, primero en holandés y luego en inglés, adónde querían ir. Pepe sacó el móvil y a través del mismo le indicó la dirección. — ¡Ah! —, exclamó el hombre, torciendo su frondoso mostacho negro—, Grotemarkt —, pronunció, en perfecto holandés. A continuación, se bajó del vehículo y les abrió el maletero. Depositadas las mochilas, Pepe y Lidia acomodaron sus traseros en la parte de atrás. Los ojos del taxista se cruzaron por el retrovisor.

A Pepe le asaltó la idea de que le gustaba Lidia. « ¿Qué clase de brujería es esta? », se preguntó, hacia dentro. El taxi arrancó. Penetró en la vía, perdiéndose entre otros vehículos con idéntico destino. La transitada calle les llevó al límite del casco urbano. Pepe seguía viendo tipos vestidos de traje en bicicleta. Ahora, estaban pasando por debajo del semáforo. El taxista puso el intermitente y cambio de vía. Comenzó a señalar un barrio de clase media con el dedo, en donde las casas se veían nuevas. «Muchas zonas tuvieron que ser completamente reconstruidas de nuevo tras el devastador paso de la Segunda Guerra Mundial>>. — Grotemarkt, Grotemarkt —, repitió insistentemente. Lidia echó el cuerpo rápidamente hacia adelante, buscando la puerta trece.

Pepe encontró el número catorce en la parte baja de una fachada gris. «La zona, abierta, sin un ápice de suciedad, con sus escaleritas y su olor a ladrillo, recordaba una gran cantidad de películas y series de los setenta, como *el Exorcista* o las que aparecían en el mítico *show de Benny Hill*». — ¡Stop! —, dijo Pepe.

El Ford Mondeo de color negro y matrícula azul, se clavó frente a la fachada trece. Pepe tendió la tarjeta. Cuando sonó, vio la factura: «40 euros».

—Joder—dijo en voz alta, al tiempo que Lidia se apeaba del taxi.

«Mejor que no mire la cuenta», pensó. Después se bajó, fue a la parte de atrás, abrió el maletero y sacó las mochilas. La verde era de Lidia.

—Sujeta—, le dijo.

Los dos se quedaron mirando la casa número trece, mientras el taxi se alejaba. Enseguida se percataron de que brotaba humo de la chimenea. «El profesor está en casa», se contestó Pepe.

—Si es que aún vive aquí—, prosiguió pensando en voz alta.

—Parece añeja—, añadió Lidia, siguiendo los pasos de Pepe.

—Sí, no está muy cuidada que digamos.

Avanzaron. Cruzaron el delgado pasillo que formaba el brezo. Se pararon frente a la puerta. Observaron que era de metal. «Muy nueva». Pepe hizo sonar el timbre. En el instante tronó. Inmediatamente, llevó los ojos al cielo. Volvió a insistir.

Asomó desde el otro lado, una voz masculina, neutra, preguntando en holandés.

—Profesor, soy periodista, me llamo Pepe, ella es Lidia. Venimos desde España, expresamente para verle. Queremos hablar con usted—, dijo Pepe, tirando finalmente de efusividad.

— ¡El profesor no vive aquí! ¡Váyanse!

Pepe volvió la cabeza hacia Lidia.

—Es él—confirmó Lidia.

— ¡Profesor, abra! ¡Sólo unas preguntas! —, insistió Pepe, aporreando la puerta con la palma.

Silencio. Pepe pegó la oreja. No se oía nada.

— ¡Profesor!

Lidia sacudió la cabeza despacio. No lo veía claro.

—Vamos a buscar un refugio—, sugirió, contemplando el cielo «negro»—, además empiezo a tener hambre, no hemos comido nada.

—Sí. Yo también me estoy meando—, dijo Pepe, con rabia—, a este tío no hay un Dios que lo saque de la cueva —, gruñó, saliendo de la casa.

—Podrías haberle dicho que soy una superviviente de Los Alfaques—, se le oyó decir a Lidia, ya desde la calle.

— ¿Y qué cambia eso? —, respondió Pepe, sin ánimo.

Sonó un chasquido. De repente comenzaron a saltar todos los cerrojos. Pepe y Lidia se volvieron hacia la puerta. La vieron abrirse ante sí. Amanecieron unas diminutas

zapatillas del Feyenoord. Ahí estaba él. Klaus Van Duinen hizo su aparición en bata blanca. Desaliñado, barbudo, la cara redonda y roja por el sofoco, más o menos rubio, entre setenta y ochenta kilos, ¿metro sesenta, setenta, setenta y algo? Se veía como un personaje «random» a modo «vintage», característico de los años noventa en España; algo así como una especie de Tristanbraker (el apodado por aquel entonces, «cazafantasmas español»)

—Por favor, pasad—, dijo exageradamente excelso.

«Será gilipollas>>. Pensó Pepe, perplejo.

Capítulo 13: El Apocalipsis de Klaus

Entraron sigilosamente, apagando los pasos, como quien procura no alterar «la paz» del ambiente. El olor familiar que envolvía a aquel recibidor con espejo (antes de llegar a la puerta del comedor) resultaba empalagoso. «Recordaba al de las flores mortuorias». Van Duinen empujó la puerta acristalada. El piso era pequeño. La ventana daba a un canal. Desde la misma, se apreciaba gente caminando con el paraguas en la mano. El profesor encendió la luz del cuarto.

—Podéis dejar el equipaje dentro—, señaló.

«Desde luego era un tipo bastante excéntrico. Hacía cosas raras con las manos. Pero por lo demás, parecía gentil y amable. En esos momentos se encontraba muy alejado del personaje que había descrito Torralba por teléfono».

— ¿Podría ir al baño? Es que ya no aguanto —, preguntó Pepe, encogiendo las rodillas.

El profesor se quedó parado. Lo miró un instante. Después, reaccionó:

—Si claro. Ahí—, le indicó con el dedo.

Luego de relajarse y comer un poco, se sentaron los tres a conversar. El profesor les preparó café. Afuera, llovía con fuerza.

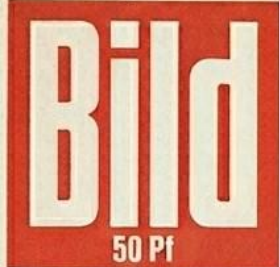
—Nos saltaremos la introducción. Si habéis venido hasta aquí para hablar conmigo es que habéis dado con el Mothman.

—Así es. ¿Estuvo realmente en Los Alfaques? —, preguntó Pepe.

El profesor respiró profundamente mientras se dejaba caer en el sofá.

11 de Julio de 1978, 09; 30 de la mañana

Donnerstag, 13. Juli 1978



TARRAGONA IN FLAMMEN!

Katastrophe auf dem Campingplatz „Los Alfaques“

SCHOCK: 215 TOTE!

Propylen-Tankwagen explodiert / Dutzende Deutsche unter den Opfern / Eine Bilanz des Schreckens

Terror in Nicaragua

RATESOOR, in Hsinguo, neerviel dot der Strloopt-
tont Torus hono drin. Gailn
neele warlen, usnarite, vum
wevies -un die dees saethien
nerer, mon Teror in Hsarego
auf dinn Camgloagels, ann
mit die merlecoo, Banimohan
uoc, bekligstem Hsuum tran
deer wnd Hsarego, da-
cnoftsa ethilicas its Beinarie-
corlaclan van der Leerloun-
esare, purticat ut for xdiat-
nen Wantodulo det Remao-
den Ridenä werden.

Oes lanter Anurea an ous
porkan, Bihakt calaire, lina
colan: Gie Mostle, divlaren
tabnn sun cus enclie zins
taristunor wostas Hsareagin
auther Jilido enizelina den
der sareon. (200 Pf)

Propylen-Tankwagen explodiert am bultzende unter tarakam Opfleco

● Derspon aot e Vrpnooden-
Tankwagen cetamle cMaitec-
Bilahn doe Solisenkeoo

Dine Ratzetrophes aof dem
dem fongoe act, uion, siaram
Complagnontinlon ion sinu
Sossr, uonaf rietase, di m
emidohilum uad dier wet-
hofliere carwn haroot Bimak
und fergen amter amter den
Opflems ona aim Matalx that
merds.

Disecmm Acerbden Leger:
keter voo beinc omce die äoe-
nontieschden.

Rawilget aw, mörden wart
den ein Sachinte mliaden aah-
gene, andalcreten weendes
conuner von ulu Taragene
Buofethon ih cepacilum ora
Baserfehur Khsader sbor
Salararv rin dugh dan Gaved
betasgedlien. (80 Pf)

Streiks in Italien

Die kisas wearnanes su pen
dilen „eslroo“ auf der Svo-
nar Eöhtolu Mey Bhergo:
hachv, furch-euharfour andoh
celh and „oam“ au der dur-
haho sah det Barcnyynao
genan, Aher sio conaialions.
Die thauragua, dora der meck,
hentecharnts Abkeardipan
der Meanic Staila und aem
verhutingeten, veratenasinun
dehe der Moedenlis, than
nem, couhgnon sia trinant-
bardierailio werden. (108 Pf)



Alleingelassen: Ein Mann flüchtet aus der Hölle, die einst ein Urlaubsparadies war

— ¿Qué estás mirando, amor?

Klaus Van Duinen pestañeó. Sacó los ojos de la ventana y se volvió despacio conteniendo el aire. «Parecía un autómata».

— ¿Estás bien? —, le preguntó Jetta , su mujer.

«Se me fue de mis brazos el 15 de enero de 1988. Se durmió para siempre en aquella cama de hospital. Fue una mujer fuerte. Nos conocimos en Salzburgo, cuando yo estudiaba en la universidad. Viajaba todos los días desde Múnich para verla. Más o menos, como dos horas en tren. Jetta era maravillosa. Tenía el cabello dorado, suave, lo había heredado de su madre, que falleció de tifus durante la postguerra. Los ojos verdes, de su padre, un héroe de la Segunda Guerra Mundial. Trabajaba de maestra, enseñaba a niños con discapacidad. *Jetta*».

—Sí. Estoy bien—, respondió Klaus, un poco mareado.

—Llevas un buen rato mirando la carretera.

— ¿Ah, sí? —, no me había dado cuenta.

—Si no te encuentras bien podemos ir a comprar el regalo a la tarde.

—No, no, no sea que venga Antje antes y vea que no le hemos comprado nada a la niña por su cumpleaños.

—Si estás mal tiene que entender.

—Tiene que entender... Tira, tira. Tu hija ha salido a ti, no entiende.

Klaus sacó a Jetta de la sala. «Típica sala de chalé veraniego, todo de color blanco». Salieron fuera. El día estaba espléndido, soleado. Klaus bajó a por el coche (el vehículo «dormía» dentro), mientras Jetta abría la reja. A la derecha: el estrecho camino que conducía a la playa. «Lo único que los separaba del camping de Los Alfaques». Enfrente: La N-340, kilómetro 159. — ¡Klaus! ¡Klaus! —. Llamó Jetta, viendo que el coche llevaba rato parado con el motor en marcha.

Bajó enojada, a ver qué pasaba. Abrió la puerta del acompañante. Su marido estaba tieso como un palo con las manos en el volante. «Sudaba como un pollo». «Tenía los ojos clavados en el retrovisor». «Al otro lado de la carretera, kilómetro ciento cincuenta y nueve, había algo». «Lo veía yo por el espejo, entre las rejas blancas». «Un señor alto, allí parado, vestido de negro con sombrero. Se veía fugaz, por el sol». «De pronto, me sonrió, siniestro». «Toqué la bocina, sin querer». Klaus abandonó «el estado de ensimismamiento». La voz de Jetta había caído en su oído derecho como un trueno. «Por un momento no sabía dónde estaba». Miró inconscientemente a izquierda y derecha. Por último, el retrovisor. «El hombre siniestro había desaparecido».

— ¿Qué te pasa?

—Estoy bien.

—Me estás asustando.

—Es el calor. Me mareo un poco, pero ya está. Estoy bien. Termina de abrir la puerta, anda, ve.

Jetta regresó arriba sin estar del todo convencida. Cuando salió el coche, cerró la verja rápidamente y se subió. «El Mercedes» comenzó a avanzar, incorporándose a la N-340. Klaus repasó todo el camping de extremo a extremo. —Parece que no lo hayas visto nunca—, expresó Jetta, molesta.

Klaus se tranquilizó, a medida que iban dejando atrás el camping. La mañana transcurrió con relativa tranquilidad. «Visitamos algunas tiendas de ropa y nos comimos un helado. Mi mujer insistió en regresar porque decía que no le daba tiempo a hacer la comida. Pero yo quería comprarle el regalo a la niña. Mi tozudez nos demoró bastante, hasta el punto en que Jetta se enfadó y me sacó casi a empujones de una tienda. Además se había producido un pequeño atasco. Lo teníamos delante».

Jetta se metió en el coche, estacionado paralelamente con la N-340. Klaus abrió la puerta del Mercedes. «Ese camión». Se había formado una cola en la carretera. Entre el «Dos Caballos» y el «Renault 4L», había incrustado un enorme camión Pegaso color blanco de treinta y ocho toneladas que transportaba una cisterna de gas. «El chófer del camión, no sé, creó me miró. Lo recuerdo un instante así, fugaz; era fuerte, alto, peinado de lado. El cabello casi le llegaba al techo. Creo que llevaba camisa porque lo recuerdo arremangado. Se quedó mirando el mar antes de volver a arrancar».

Klaus Van Duinen miró el reloj de su muñeca: «Eran cerca de las dos». Entró en el vehículo con el camión cisterna en la cabeza. «Tenía un mal presentimiento».

Cuando regresaron a la carretera, la caravana ya no estaba. «Aquel camión cisterna quedaría lejos». El día se había nublado. La temperatura rondaba los veintisiete, veintiocho grados. «Hacía bochorno». Enfilaron camino con el mar picado a su izquierda. «Teníamos algunos coches delante que llevaban en el techo maletas y sillas. Creo que atrás también nos seguía una furgoneta con unas cuantas, de esas, tumbonas plegables». Y de repente, la explosión. «Vi un punto blanco en el cielo, después oí la explosión. Una sombra gigantesca oscura, alada, nos atravesó a Jetta y a mí. No pude moverme».

— ¿Qué ha sido eso? —, preguntó Jetta, muy asustada.

Los vehículos comenzaron a detenerse. Algunos se apartaron de la calzada. Detrás, estaban haciendo lo mismo. Nadie quería avanzar tras escuchar aquello. Había personas en el arcén, de pie, contemplando las nubes. «Una mujer gritaba, señalando con el dedo al cielo, diciendo que había visto caer un “meteorito”».

Klaus se echó a un lado y apagó el motor. «Tenía la sensación de que una especie de humareda invisible gobernaba el ambiente». Abrió la puerta del coche.

—Ten cuidado—, le advirtió Jetta,

«Ella no salió».

Klaus se puso al lado de la gente. «A muchos no los entendía porque hablaban en catalán». «Otros que bajaban caminando contaban que, algo muy grave había ocurrido a la altura de Los Alfaques». «Temí por mi casa». Al cabo de unos minutos se oyó la ambulancia. «Pasó por delante de nosotros. Le seguía un coche de Protección Civil». Jetta lo tenía claro y avisaba a Klaus desde el coche: —, tiene que ser la casa.

Eso le animó a subirse y reanudar la marcha. Siguieron al vehículo de Protección Civil a lo largo de la N-340. A la derecha se veía una interminable ristra de coches parados, alineados todos hacia el camping. Dejaron de ver esto cuando llegaron a San Carlos. «Jetta movía la cabeza de un lado a otro intentando ver la casa, pero lo que vimos fue un inmenso cráter en medio de la carretera». La enorme humareda que trepaba en mitad de un calor asfixiante hizo que Klaus perdiera completamente la visibilidad. «Era imposible distinguir forma entre aquel humo denso».

Comenzaron a aparecer trozos de caucho quemado y restos de chapa, ocupando el lado derecho de la carretera. El Mercedes redujo la velocidad. Klaus miró por el retrovisor, «No me había seguido nadie». Puso el intermitente instintivamente y aparcó en el lado contrario, a unos treinta metros de la entrada del camping. «Tuvimos que subir corriendo las ventanillas. Estábamos seguros de dónde venía ese olor penetrante, pero ninguno de los dos se atrevió a admitirlo».

Klaus salió del coche. «No dejé que Jetta me acompañara. Intuía lo que podía pasar allí». Inmediatamente sacó un pañuelo blanco que tenía en el bolsillo. Se tapó la boca. Atravesó la tapia de hormigón de la entrada del camping. «La puerta del infierno». En el instante, le cayeron gritos y lamentos; sonidos de explosiones producidas por bombonas de butano. «Era la guerra»; una estela de fuego, y después otra y otra mucho más abundante, «parecían fuegos artificiales», perdiéndose en las tinieblas que envolvían al camping; cuerpos, sin vida, completamente abrasados, desparramados; personas aún vivas, ardiendo, corriendo de un lado a otro, y finalmente cayendo por un impacto, o sobre sus propias cenizas. Un hombre joven con la piel colgando; otro que caía con expresión dramática junto a un Citroën Tiburón totalmente carbonizado. Intentó ayudar a una mujer que corría desesperada pidiendo auxilio. Se fijó en unos niños que se habían quedado sentados sobre unos cubos de plástico, como si nada hubiera pasado. «Toqué a uno y se deshizo». Empapado de sudor atravesó «el Apocalipsis», «programado» para llegar hasta el final. Aquejado de temblores y alimentado por una ingobernable adrenalina, alcanzó la orilla. El panorama en aquella última parte del camping era igual de desolador. Bajo la suave cortina del sol, sobre un mar que lucía sereno, sin olas, mecían, tan despacio que parecían hacerse los dormidos, aquellos que se habían lanzado al mar, esperando que el agua hiciera su trabajo. Pero no fue así.

«Cuando llegué a esa parte había silencio. La muerte ya había pasado por allí. El mar aún burbujeaba, hirviendo. Las personas que se habían tirado al agua permanecían inmóviles, agarrotadas, en posturas imposibles, algunas en posición como de súplica».

«Entonces vi algo en el horizonte. Primero apareció un destello. Luego, un color, el rojo creo, o blanco, no sé. Retrocedí y le di sin querer con el pie al cadáver de una niña que tenía medio rostro, negro».

Capítulo 14: Regresión

—Llevaba un vestido de flores—, intervino Lidia. Estaba tensa.
— ¿Qué? —, preguntó el profesor aturdido, aún consternado por el relato.
—La niña del rostro quemado—, repuso Lidia.
—No—, respondió Klaus, sudoroso de frente.
—Claro que sí—, insistió Lidia, visiblemente enojada.
—Tenía un cubo rojo.

Lidia cogió a Klaus violentamente por la pechera. Comenzó a sacudirlo hacia adelante, gritando:

— ¡El cubo es mío!

Pepe intervino, sujetando los brazos de Lidia, para que soltara al profesor. La expresión de Van Duinen era de terror. Cuando lo soltó, se echó para atrás muy asustado.

—Discúlpela, está sometida a mucha presión—, la disculpó Pepe—, ¿profesor?

Klaus se había quedado en el suelo, a pies del sofá, jadeando de angustia. Tenía los ojos clavados en la cicatriz. Lidia, avergonzada, fue corriendo a cubrirse el brazo. El profesor miró a Pepe:

—He visto al Mothman—confesó el profesor, lunático.

Pepe dejó a Klaus en el comedor. Entró en el cuarto de invitados. Encontró a Lidia, tumbada bocabajo sobre la cama, alternando risa con llanto. Vio que se rascaba el brazo.

—Llama al hotel y dile que no vais a ir—, dijo a su espalda la voz aguda del profesor.
—No hemos hecho ninguna reserva—, a Pepe le asustaba el estado en el que se encontraba Lidia.
—Bien. Porque tenemos mucho trabajo por hacer—, concluyó Van Duinen, llevándose a Pepe del brazo.

El profesor encendió la luz. Ahora estaban frente a la escalera que bajaba al sótano.

—Adelante, tú primero—, bromeó el profesor.

Pepe bajó las escaleras un tanto incrédulo, sin entender por dónde iba la broma. El profesor le seguía detrás. Tenía dificultad para bajar, debido a su avanzada edad. «Jamás lo reveló, pero más cerca de los ochenta que los setenta, seguro». La puerta del sótano

estaba cerrada. «Una puerta normal y corriente, como cualquier otra de la casa». Se abrió fácil, con un ligero empujón. Ni siquiera tuvo que hacer girar el pomo.

—Entra—, le insistió el profesor, mientras bajaba la escalera tan aprisa como podía: «Jadeante y con mucha dificultad». «Parecía que se iba a caer en cualquier momento».

Pepe buscó el interruptor a la derecha y seguido, encendió la luz. Delante, se abrió un panorama tétrico repleto de telarañas. «Como una puta película de terror». Un fogón antiguo, probablemente de la Segunda Guerra Mundial; un sofá-cama, abierto, al que no le habían cambiado nunca las sábanas, frente a un viejo televisor apagado; tres estanterías blancas de metro y medio de alto y lo mismo de ancho, ubicadas en diagonal y cubiertas de polvo; y por último, más allá; el viejo despacho del profesor compuesto por una mesa de fondo, arrimada contra la pared, y una silla giratoria «de detective».

«Sobre la mesa había muchos papeles desordenados y una lupa». A Pepe le llamó poderosamente la atención este objeto, pues era muy antiguo, y estaba hecho de latón. No pudo evitar sujetarlo y echar un vistazo rápido a los documentos que poblaban la mesa, a través de su ojo rectangular.

—No te dejes engañar por su aspecto. Este es el lugar más acogedor de la casa—, le decía Van Duinen, llegando desde atrás.

— ¿Y todos estos papeles?

—Mis investigaciones.

—Necesito usar el baño—, pidió Pepe, tocándose un par de veces la barba.

«Necesitaba urgentemente una ducha rápida y un afeitado».

—Por supuesto—respondió Klaus, dejando caer el rostro, como decepcionado. «Lo estaba».

El profesor vio como Pepe abandonaba corriendo el sótano, dejándolo en ese lugar colmado de recuerdos, completamente solo.

Casi una hora después regresó. Ahora traía un aspecto saludable, limpio y radiante; duchado; afeitado. Se había cambiado de ropa. «Lo necesitaba». No vio al profesor. Puso a cargar el móvil y de paso miró el reloj digital: «Las cuatro y media. Estará echando la siesta», pensó. Escuchó arriba la caldera. «Alguien la había puesto en marcha». «Tiene que ser Lidia». No había vuelto a hablar con ella, desde que entraron en esa casa. Respiró hondo—. Demasiadas emociones—, expresó en voz alta.

Retiró las sábanas que cubrían el sofá-cama. Las olió. Hizo ademán de retorcer el gesto, pero «no olían mal». Apagó la luz. Se quitó las bambas y los calcetines. Se metió en el «sobre». Acomodó la almohada (dura como piedra), bajo el cuello. Entonces sonó el fósforo y se hizo de nuevo la luz, sobre sus ojos. Pepe estiró el cuerpo para ver quién andaba. Era Van Duinen, fumándose un habano junto a la primera estantería.

—No te había visto—, dijo Pepe. Se le notó en la voz un levísimo tono de enfado.

«Eso de estar ahí, escondido, y no avisar... En fin».

En ese momento, Van Duinen no dijo nada. Caminó lentamente hacia la puerta. Antes de subir las escaleras, se dio la vuelta por delante de Pepe. —Hace ya bastante tiempo, un hombre viajó desde tu país para verme—, le contó Van Duinen—, afirmó que era periodista y que trabajaba para un «magazine» que no recuerdo. Era igual que tú, así joven, fuerte. Cuando se presentó aquí, en mi casa, dijo estar muy interesado en mi trabajo. Compartía todas mis teorías del Mothman. Quería que el mundo entero supiera mi fascinación por esta criatura. Incluso hablamos de cómo poder cazarlo—, esto último, lo recordó con una sonrisa incrédula.

Sonó el timbre del mensaje de texto. Pepe dejó caer el brazo y sujetó el móvil disimuladamente (ubicado entre las bambas) sin perder de vista a Van Duinen. Abrió el mensaje mientras éste hablaba. Torralba le había escrito:

ESTÁS DESPEDIDO

Por la expresión de la cara, Van Duinen dedujo que Pepe acababa de recibir una mala noticia. Este, agachó la cabeza e inclinó los ojos.

MAÑANA TE INGRESO FINIQUITO

TORRALBA

«Tal cual». Pepe trató de respirar. Estaba pálido. Mientras, las palabras del profesor iban cayendo en oídos sordos. A él no le importó. Siguió contando su historia igualmente, como si nada: —Este hombre, del que te hablo, me animaba a regresar, a los Estados Unidos. Sin embargo, yo percibía en él, maldad. Así que lo traje aquí y le ofrecí mi conocimiento. Él, hizo como tú. Se quedó ahí, sin estudiar mi trabajo, parado. Así supe que buscaba otra cosa.

Pepe levantó la cabeza. Miró al profesor, desconcertado.

—Lo envié a la mierda. Pero antes de enviarlo a la mierda, le hice una pregunta, ¿vale la pena estar aquí?

—¿Cómo?

—Has venido por ella, sólo por ella.

—No entiendo. «Claro que me había dejado arrastrar por ella, ¿qué haría si no, perdiendo mi dinero y el tiempo en casa de un viejo fósil cuaternario?»

—Te dejo consultarlo con la almohada—, le dijo el profesor—, pero la próxima vez, te mandaré a la mierda.

«Hijo de puta. Lo sabe».

Con aquella advertencia, merodeándole la cabeza, se quedó dormido. Él dormía cuando sacaron a Ibai del hospital y lo metían en una caja oscura; dormía, mientras Xoana esperaba sentada en el comedor, fumando y llorando; él dormía, cuando “Sarah”, apretaba a su madre, de noventa años, contra su pecho, en el hospital Ramón y Cajal. Despertó de la pesadilla. No había ningún tipo de luz, sólo la del móvil. Eran casi las ocho. Había dormido catorce horas seguidas. «Una barbaridad». Se levantó, fue vistiéndose a toda prisa mientras subía las escaleras del sótano. Arriba, sorprendió a Lidia con el profesor, en plena regresión de hipnosis.

El profesor estaba sentado junto a Lidia, estirada completamente bocarriba en el sofá. Dirigió a Pepe hacia la mesa del comedor con una mirada borrascosa. Pepe se sentó en silencio, contemplando la escena. El profesor sujetó la mano de Lidia.

—Estas en un proceso de abandonar la luz—, le contó Van Duinen.

—¿Debo mirarla? —. Preguntó Lidia, entre dormida y despierta.

—No. Tú puedes olvidarla, ya lo sabes. No dejes caer la mano porque ella te sostiene. Sostiene todo tu cuerpo.

—Sí.

—Quiero que cuentes lo que sentías siendo un bebé. Cuando abrías la boca y sentías que algo iba a caer; cuando oías voces a tu alrededor. ¿Pájaros? ¿Coches?

—Coches.

—¿Oyes un coche?

—Un pito.

—Siente un movimiento automático a tu alrededor. Tu mano derecha asciende mientras que tu mano izquierda desciende. Y ahora, quiero que escuches mi voz atentamente y comprendas esto: Tú tienes un espíritu consciente, inconsciente, en el subconsciente. Sabes que te voy a indicar el camino.

—Sí.

—Que voy a decirte: «Por allí».

—Sí.

—Ahora, quiero que eleves la mano derecha, inconscientemente, mientras que tu espíritu inconsciente hace descender tu mano izquierda.

Lidia (aparentemente) hizo todo lo contrario. Cuando el profesor le soltó la mano derecha, esta cayó muerto al tiempo que subía la izquierda. Pepe fue a la cocina, a por un café. No creía nada de todo aquello.

—Te voy a preguntar algo, y quiero que me respondas, conscientemente.

—Sí.

—Tú debes entender y buscar conscientemente la respuesta.

—Sí.

—¿Qué mano desea tu espíritu que levante primero?

Lidia estiró los dedos de la mano que tenía en alza.

—Tu espíritu quiere que recuerdes algo que no está en la tragedia—, se respondió Van Duinen, sorprendido—. Elévate. Asciende, asciende, asciende—, le pidió—, ves hacia el monte más alto.

—Sí.

—Contempla el monte. Tú puedes observarlo con tu mano izquierda. Y si la dejas caer, puedes verlo con tus propios ojos.

Lidia dejó caer la mano izquierda. La dejó «muerta» sobre su pecho.

—Abre los ojos.

Lidia agitó primero los párpados. Después abrió los ojos. Pero no parecían suyos, pues aquellos, eran unos ojos brillantes, ribeteados en sangre. Pepe la encontró así. Casi vuelca el café. Se sentó asustado. «Parecía que miraba el demonio».

—Está allí—continuó el profesor—quiero que subas aún más.

—Sí.

—Asciende y cierra los ojos.

Lidia obedeció a la voz del profesor.

Pepe respiró tranquilo, ya sin aquellos ojos fulgurantes delante.

—Ahora, quiero que bajes. Siente todo el descenso.

Lidia emitió un leve quejido.

—¿Qué ocurre? —, le preguntó Van Duinen.

—El viento—, respondió Lidia, sin despegar los párpados.

—Sigue bajando. Desciende. Desciende más, hacia abajo. Quiero que caigas, profundamente.

El profesor la oyó respirar, acompasadamente.

—Eso es. Ahora vamos a dejar pasar los minutos y las horas. Están en el pasado. Quiero que tu consciencia despierte allí. Junta las manos, Lidia.

Los dedos de Lidia, se entrecizaron.

—Despierta en ese lugar. ¿Dónde estás?

—En un entierro.

—Háblame de ese entierro. ¿Cómo lo ves?

—Veo a gente mirando ataúdes.

- ¿Quién está en esos ataúdes?
- Mi padre, mi madre, mi hermano.
- Necesito que vayas más hacia atrás. Estás en una profunda inspiración.

Pepe, enfrente, sentado en una silla, guardaba silencio con cara de circunstancias.

- Aprovecha esa sensación de relax. Siéntete bien, Lidia. Piensa en tu padre, en tu madre, en tu hermano. Ve con ellos hasta el principio. Ve...

El profesor se detuvo en seco, porque Lidia lo estaba observando. No le había dicho que abriera los ojos, pero ahí estaba nuevamente su mirada fulgurante proyectada a través de los ojos del Mothman. «Unos ojos rojos crispados resplandecientes». «Los cerró, sin darle tiempo a articular palabra». Inmediatamente, el profesor miró a su espalda para comprobar si Pepe había visto también lo mismo. Pepe se había levantado para dejar el vaso en la cocina.

«¿Qué hacer?». Se debatía mentalmente el profesor.
Cuando Pepe regresó, se “topó” con la noticia:

- Esta mujer está ligada a la criatura.
- ¿Y eso qué significa? —. Preguntó Pepe, sin poner mucho interés.
- Tenemos que ir a Point Pleasant.
- Está loco.
- Debería estar muerta.
- Loco de remate.
- ¡No puede regresar porque el Mothman se lo impide! —, hay que ponerla en contacto con él.
- No pienso viajar a los Estados Unidos. Yo de aquí me vuelvo a España.
- Que tengas buen viaje. Ella y yo nos vamos a Virginia.
- Pues adiós.

Pepe regresó al sótano. Van Duinen despertó a Lidia. La cogió de la mano.

- Estás en proceso de entrar en la luz. Tú tienes un espíritu en el subconsciente, inconsciente, consciente. Sabes que voy a indicarte el camino.
- Sí.
- Que voy a decirte: «Por allí».
- Sí.
- Ahora, quiero que levantes la mano izquierda mientras que tu espíritu consciente regresa a la mano derecha.
- Sí.
- Y que cuentes hacia atrás. En tres, dos, uno. Despierta.

—He visto un pueblo, frente a un río, que no podía huir de la niebla—, confesó Lidia, nada más despertar.

—¿Así lo sentías, que no podían escapar?

—Sí. Estoy segura.

—Pronto verás el puente.

—¿Qué significa?

—Cuando el Puente Silver se vino abajo, en 1967, de las cuarenta y seis víctimas que cayeron con el derrumbe, dos, no pudieron ser nunca encontradas.

—¿Siguen ahí?

—Puede ser. O puede también que salieran a la superficie, regresando en otra forma.

—No humana.

—Humana desde luego—, corrigió el profesor, —pero muertos en vida. Con una conexión increíble, con la criatura.

—Para eso fuiste allí—, dedujo Lidia, incorporándose hacia adelante.

—Quería encontrarlos.

—¿Cómo?—. Preguntó Lidia sorprendida—, es imposible—, prosiguió desconcertada— si la policía no pudo encontrarlos.

—Porque a lo mejor no estaban allí—, pausó—, piensa. Prácticamente recuperaron todos los cuerpos menos dos.

—La corriente los arrastraría.

—¿Adónde? ¿Y a los otros?

—Algún animal.

—Todo era reciente. Habría sangre o restos de ropa en alguna orilla.

—No entiendo nada.

—¿Y no es más fácil creer que lograron salir y huyeron por su propio pie? —, relajó el cuerpo. Estaba cansado—. Una experiencia traumática te quita la vida. A lo mejor corrieron, como hiciste tú. Puede que te sientas identificada.

—No sé. Podrías haberme preguntado por mi historia.

—Te lo pregunto ahora. Necesitaba que pasaras antes quería que pasaras por este trance.

—¿Ayuda en algo?

—Querida Lidia, llevo más de cuarenta años buscando a Mothman. No necesito que me cuentes que sufres de fuertes migrañas o que sueñas con catástrofes. Tu experiencia es sin duda una fuente de información. Pero lo que yo quiero es la criatura. Y «el Hombre Polilla» no se encuentra al final, sino en el principio. Ahora si quieres contármelo, soy todo oídos.

«Lidia le contó al profesor su traumática experiencia durante la tragedia, sin cambiar un ápice del relato». «Yo, la observaba y, joder, me sigue poniendo los pelos de punta».

Capítulo 15: Retorno al pasado

— ¿Sí? —. Preguntó una voz femenina, completamente ebria, “al otro lado del teléfono”.

—Eh... Que tal Sarah—dijo Pepe.

Sarah se río a carcajadas.

—Ha pasado mucho tiempo.

—*Corta el rollo. Se me llamas es que estás sin blanca.*

—No, aún no.

—*Yo soy la última opción, siempre lo fui.*

—Tienes razón eres la última opción.

—*Qué coño quieres.*

—Necesito que me pases el teléfono de Luís y...

— ¿Qué Luís?

—El de Interviú. Y que le hables bien de mí.

—*Quieres volver. Ahora sí que pienso que estás desesperado.*

—No te lo pediría si así no fuera.

—*Eres un perdedor y un mierda.*

— ¿Le hablarás bien de mí?

—*Le diré lo que me salga del coño.*

—Está bien. Que tengas buena tarde.

—*Me la has jodido tú.*

—Está bien, chao.

«Van a dar las cuatro». «Me quedan tres horas para tomar ese avión». «Pero entonces entró Lidia e hicimos el amor. Y ya, todo se acabó».

En el siguiente mes estaban volando hacia los Estados Unidos. «El 15 de septiembre». «Van Duinen ya se sabía la ruta: En tren hasta el aeropuerto de Ámsterdam; casi quince horas de vuelo sobre el mar, destino Charleston; cincuenta y cuatro minutos en coche pasando por Búfalo». «Y la cuenta del banco cayendo estrepitosamente». Pensaba esto Pepe, en el avión. —Qué coño he hecho. Observó al profesor. Dormía como un tronco a su lado, con la cabeza recostada en la ventanilla. Las turbulencias no lograban sacudirlo. —Está hecho de hierro, el malnacido. Volteó la cabeza para buscar a Lidia. Se encontraba dos filas más abajo, junto a un niño de cabello rubio de apariencia repelente, que no paraba quieto ni un segundo.

—Estoy hasta el C...—. Se quejó Lidia, moviendo los labios.

— ¿Quieres cambiar? —. Le preguntó Pepe en voz baja.

Lidia respondió afirmativamente sacudiendo el mentón. Pepe y Lidia intercambiaron asientos. En el momento de cruzarse, ella apenas lo miró. Pepe se sentó al lado del «mocosito». «Nadie ponía freno a sus travesuras».

El niño comenzó a darle palmadas al cristal. Pepe miró en derredor, buscando a los padres. Pero ninguno le devolvió la mirada. «Parecían hacerse todos los locos». Así que decidió hacerlo “a la antigua usanza”. En el enésimo descuido del chiquillo, lo sujetó por el brazo: —Como no te estés quieto, te tiro del avión—le susurró al oído.

El mocoso volvió la cabeza hacia adelante, maquinalmente, como si recién hubiera visto un fantasma. Pepe dejó ir al muchacho y sonrió triunfal. Desvió los ojos hacia donde se encontraba Lidia. Ella ya no lo miraba como antes, «había perdido interés». Oía las voces de Richard Gere y de Julia Roberts a través de los auriculares. La película «Pretty Woman», en versión original, atraía las miradas de los pasajeros. «Iba por la parte en la que Edward y Vivian entran en una lujosa tienda y Vivian se pone a mirar vestidos. Entonces aparece la dependienta y la humilla». «Necesitamos que nos hagan más la pelota». «Imaginaba la escena con Lidia». «Yo era un apasionado del cine hasta que empecé a conocer famosos».

El avión aterrizó en la nublada ciudad de Charleston con media hora de retraso. «Tenía previsto llegar a las 19:00 horas “americanas”, y se presentó a las 19:31».

El profesor estaba nervioso. No veía aparecer por ningún lado al autobús que conectaba la terminal. «Se va a marchar», repetía inseguro. Por fin llegó. La gente se apilonó para entrar. Enseguida fueron engullidos por una maraña humana que los llevó adentro. Las puertas se cerraron. Estaban los tres en el centro, apretujados, como sardinas enlatadas. A Van Duinen le costaba respirar entre tanta gente. Pronto, llegaron a las puertas automáticas. Salieron en tromba. Subieron las escaleras mecánicas, cogieron las maletas, y se pusieron a la cola, esperando pasar el control de aduanas. <<No nos pusieron problemas. Teníamos dos noches reservadas en un motel situado al otro lado del río Ohio, a las afueras de Gallipolis». «El profesor prefería cruzar el refundado Silver Memorial Bridge, en 1969, con todo lo que significaba atravesar un puente bajo el que murieron cuarenta y seis personas, antes que pernoctar en Point Pleasant». «Temía que alguno lo reconociera». Afuera, en la puerta, esperaba un tipo de la empresa «Rental Yaeger». Típico americano: Alto, rubio, fortachón, sonriente. El profesor ya había hablado con él por teléfono, desde Holanda. «Alquilaba coches». Se dieron la mano rápidamente. Intercambiaron algunas palabras amigables en inglés. Le ofreció las llaves (con el llavero de la empresa), y se fue. «Ni siquiera nos miró». Cuando el americano se retiró del campo visual, apareció un Ford Lariat del ochenta y cinco. «Con más años y kilómetros que una puta de Carabanchel».

—Coche perfecto—, dijo el profesor, satisfecho.

—Menuda mierda—, masculló Pepe, parándose frente al vehículo marrón.

—¿Cuántos kilómetros nos quedan por recorrer? —. Preguntó Lidia, preocupada.

—Cuarenta millas—, dijo el profesor.

—¿Eso cuánto es? —.Volvió a preguntar.

—Unos sesenta kilómetros más o menos —, respondió Pepe.

El profesor colocó el equipaje detrás. «Había como un toldo de color verde para proteger la carga en caso de lluvia». «Cosa bastante probable viendo el panorama».

Pepe cogió la mochila de Lidia y la dejó junto a la suya. Al darse la vuelta, tenía ya las llaves de la camioneta, colgando sobre su boca.

—Conduces tú—, le dijo el profesor, ofreciéndole las llaves.

—Yo no tengo licencia internacional.

— ¡Yo sí! —. Soltó, montándose en el vehículo.

Lidia fue la última en subir. Cerró la puerta del Ford, y dijo: —, haceos a un lado. Los tres iban sentados en la parte delantera.

«Doscientos un mil kilómetros»

«Depósito lleno»

«Aceite en línea»

«Temperatura correcta»

«Arrancó el motor»

«Mirada a través del retrovisor»

«Las cejas levantadas»

«Primera»

«Los faros barriendo asfalto»

«El Ford Lariat del ochenta y cinco rodando a setenta kilómetros/hora por una ruta boscosa»

—Tengo hambre—, dijo el profesor.

—En la maleta tengo galletas—, dijo Lidia.

— ¿Qué tipo de galletas?

—De régimen.

—No, gracias, prefiero morir de hambre.

—Yo lo que necesito es un puto cigarro—, dijo Pepe, sin apartar los ojos de la carretera.

— ¿Ahora fumas? —. Preguntó Lidia, entre molesta y sorprendida.

Pepe no dijo nada. Siguió conduciendo cautelosamente, «sin música», mirando de vez en cuando aquel paisaje mojado que transcurría entre los árboles sombríos. Unos treinta minutos después, pasado Búfalo, llegó la niebla. Esta, ya no los abandonaría nunca.

—Los antiniebla no alumbran una mierda—, protestó Pepe.

—Tú sigue, no tiene pérdida—. Sugirió Van Duinen.

— ¿No será mejor poner el GPS? —. Tuvo que preguntar Pepe, porque no lo veía tan claro como el profesor.

«Era la primera vez que conducía en un país extranjero y encima con niebla. Estaba cagado de miedo».

—Tranquilo—respondió el profesor, muy seguro—, tengo licencia internacional.
—Seguro que lo entiende el policía—, dijo Pepe, con «resignada» sorna.

«Supongo que empecé a calmarme cuando vi aparecer los primeros coches y camiones circulando por esa carretera del demonio».

De repente, la US Highway 35 se llenó de vehículos que subían y bajaban. «Como cualquier autopista, en España». «Tanta luz provocó que la visibilidad aumentara». «Eso resultó ser muy fructífero». A partir de ahí, no tardaron en aparecer los primeros carteles que indicaban la salida hacia Henderson. Todo, bajo una atmósfera quieta y brumosa. «Casi no se sentía el ruido de los vehículos». Lidia distinguió el río Kanagua, por el este. Discurría sereno, sumido en su propio sueño negro. En el margen del lado izquierdo, por fuera de la carretera, iban apareciendo casitas abandonadas. La mayoría estaban sin pintar, como empantanadas, completamente destartadas. «Esas habrían pasado el casting de Psicosis». —Estoy viendo algo.

Pepe distinguió una gigantesca silueta borrosa en mitad de la carretera. Van Duinen se aferró al cinturón de seguridad, creyendo que era el Mothman. Lidia veía pasar fugazmente a su derecha, el cartel verde que decía: «Ohio River/ Silver Memorial Bridge». Atravesaron hipnotizados aquella imponente estructura rectangular, «esperando ver algo». La garganta metálica los condujo a lo largo de quinientos noventa y nueve metros sobre el anchuroso río Ohio. A ambos lados, no se veía nada. La noche húmeda y encapotada apenas alcanzaba a entrever la luz amortiguada que caía de las farolas.

A la salida de lo que antaño había sido el «desvencijado» Puente Silver, justo debajo del cartel blanco de bienvenida, se estaba formando un embudo. «Por suerte, duró poco». Abandonaron la ruta 35 por la salida 7 (Pomperoy – Gallipolis), siguiendo la curvatura hasta el cruce. Fue entonces cuando Lidia sintió «algo». El profesor la vio estremecerse.

— ¿Qué sientes? —. Le preguntó, con voz profunda y misteriosa.

— ¿Hacia dónde tiro?

—Izquierda—respiró el profesor—, Lidia. ¿Qué ves?

— ¿Recto?

—Sí. Sigue las excavadoras. Arriba—, le indicó Van Duinen.

«A un lado de la carretera del río Ohio había como una especie de parking exclusivo para estas máquinas. Era una tienda o algo así, que las vendía. Estaban todas fuera».

De pronto, habló Lidia:

—Yo ya he estado aquí—dijo.

— ¿Cuándo?

«Para eso habíamos venido a los Estados Unidos. Para poner a Lidia en contacto con el Sr. Cold».

—No lo sé. Quizá en un sueño.

— ¿Has soñado algo en el avión, que nos quieras contar?

Pepe seguía atento a la carretera. De momento, todo igual, en línea recta a través de las casas pulcras del Valle Ohio. «Mucho Chevrolet aparcado; almacenes; iglesia; la gasolinera, Speedway». «Nos detuvimos en un pequeño restaurante que había al lado para orinar y de paso comer algo». Luego pagaron, volvieron a llenar el depósito, y salieron de nuevo a la carretera, buscando el hotel. Se cruzaron con el sheriff panzudo del condado de Kanagua. Eran las nueve menos cuarto. «El Sheriff dio un volantazo al vernos porque quería saber quiénes éramos y hacia dónde íbamos. Nos siguió hasta el Quality. Después, por arte de magia, desapareció, y no lo volvimos a ver».

Cuando llegaron al Quality, comenzó a llover. Un joven mozo, de unos dieciocho años, fornido, salió del hotel para advertirles: —Entren rápido. La tormenta se acerca—dijo el muchacho, en un inglés «yankee» sureño, altamente perceptible.

Ya en la recepción del hotel, el mismo joven les atendió. «A nuestra espalda, llovía torrencialmente». El profesor fue el encargado de entablar conversación con el muchacho. Le mostró la reserva en papel, tomó las llaves, y dirigió a Pepe y Lidia, hacia unas escaleritas blancas que llevaban a la segunda y única planta de este hotel que ciertamente parecía un motel de carretera. «No sé por qué lo llamamos hotel». «Concepto europeo». En el pasillo llegó la “sorpresa” que les tenía preparada Van Duinen: «Una habitación para Lidia, y la quince compartida».

«Menuda puta gracia», se dijo Pepe, al instante. El profesor miró a Pepe y sonrió, mientras introducía la llave. Lidia ya se encontraba dentro.

Capítulo 16: El puente Silver

Seguía lloviendo cuando apagaron las luces. No paró de llover en toda la noche. A las seis de la tarde del día siguiente, llovía con tanta violencia como por la mañana.

El profesor, incrustado en la barra del bar, contemplaba resignado, coñac en mano, el triste panorama que envolvía todo el Valle del Ohio.

— ¿Más? —, preguntó el camarero hispano, en español.

—No—contestó Van Duinen—, ¿se sabe cuántos días va a llover?

—Toda la semana, puede que todo el mes.

—Siete días, y ya nos hemos comido dos—, se habló en voz alta, y después se bebió el trago.

Pepe apareció por detrás. Pidió un café con un «Hot Dogs». Se sentó al lado del profesor.

— ¿Cuánto vamos a estar con esta lluvia? —. Preguntó Pepe.

—El camarero dice que toda la semana, o el mes entero.

A Pepe le sirvieron rápido. —Gracias—volvió la cabeza hacia el profesor antes de degustar el «Hot Dogs». ¿Y qué vamos a hacer? ¿Nos vamos a quedar aquí toda la semana?

—Eso parece.

Pagó y se levantó sin decir nada más. «Así llegamos al tercer día, lloviendo».

El profesor se acostó temprano. «No eran ni las siete». Pepe deseaba estar con Lidia, pero temía que lo rechazara. El miedo hizo que se quedara en la cama, espiando el Facebook de Torralba. «Puto calvo de mierda». Se quedó dormido, con el móvil en la mano. De repente sintió una sacudida. Al abrir los ojos, vio a Lidia.

«Pensé que quería follar>>».

—He visto salir a Van Duinen.

—Está lloviendo—, respondió Pepe, todavía somnoliento—, ¿qué hora es?

—Son más de las dos.

—Habrá salido a tomar un poco el aire. Aquí no se puede respirar.

—He soñado con él.

— ¿Qué has soñado?

—Llevo días dándole vueltas—, se debatió Lidia.

— Olvídalo, ¿qué has soñado? —. Insistió Pepe, elevando un poco el tono.

—Le he visto morir ahogado.

—Este tío es subnormal—, dijo Pepe, retirando la sábana.

«A mi modo creía a Lidia; en las cosas que sentía, en todo lo que le pasaba».

Pepe se vistió deprisa. No le importó que Lidia lo contemplara desnudo. Ambos salieron al pasillo. Bajaron las escaleras, llegaron al recibidor. Estaba completamente oscuro. Pepe se dirigió hacia la salida pasando entre los dedos del relámpago. Sujetó el pomo e hizo temblar la puerta.

—Cojones está cerrada. ¿Por dónde ha salido?

—Por allí—, le indicó Lidia, señalando una de las ventanas del amplio comedor.

«No había podido cerrarla del todo desde fuera y por eso la ventana chocaba insistentemente contra el marco».

Siguiendo los pasos del profesor, abandonaron el Quality bajo una lluvia interminable. Corrieron hasta el parking. Estuvieron buscando el Ford. Lidia negó con la cabeza.

— ¡¿Adónde ha ido?! —, gritó Lidia, para hacerse oír en mitad de la lluvia.

— Creo que sé adónde—, asintió Pepe, con preocupación.

«Van Duinen llevaba mucho tiempo esperando este momento, y la tormenta no iba a jodérselo». «El hecho de que se acostara demasiado pronto hizo que se despertara en la madrugada. Y no se lo pensó dos veces. Estaría hasta los huevos».

El profesor cogió las llaves del Ford, bajó enojado las escaleras del hotel y se plantó frente a la puerta de salida. Vio que estaba cerrada. No necesitó comprobarlo. Miró a su alrededor, buscando «un agujero» por el que salir, y encontró la ventana. La luz del relámpago le iluminó, cuando se halló ante su propio reflejo. «Afuera, caía la de Dios, pero qué importaba». Llaves en mano, el anciano profesor tiró de la maneta hacia atrás y la abrió. Y después saltó, y atravesó la lluvia emocionado, como el adolescente que acude a su primera cita; sin importarle nada ni nadie. Cruzó todo el parking empapado de agua, hasta que se montó en el coche y arrancó, levantando una nube de polvo con los neumáticos traseros. Se incorporó lentamente a la carretera, bordeando un poco y después encarando el Ford en dirección al mítico puente. De camino, tuvo que quitarse las gafas porque se le habían empañado. Las dejó sobre el asiento del acompañante. En el acto, comenzó a visualizar largas e inmóviles sombras negras proyectadas hacia el río Ohio. «Estaban por todas partes sobre el asfalto, de pie, a lo largo de la carretera, como esperando a que pasara alguna cosa». «¿Sería aquella una visión de lo que ocurrió en el pasado?». Van Duinen pisó embrague, y después acelerador. El motor del Ford empezó a sonar como una ametralladora. «El cacharro temblaba como una mala cosa». Salió rugiendo por la recta, despidiendo grandes y apestosas nubes negras. De repente se vio envuelto de luz, por culpa de los faros de un vehículo que venía detrás. El conductor que tenía «pegado al culo», hizo sonar el claxon insistentemente para que se apartara. El profesor giró el volante a la derecha, con los dientes apretados.

— ¡Pasa! ¡Tira!

Aquella silueta oscura a bordo del Chevy, no se decidía. El profesor miró hacia atrás, a través de los espejos laterales. Vio que su acosador hacía eses con el coche. Los faros redondos del extraño vehículo se encendían y apagaban simultáneamente. «Es antiguo».

— ¡¿Pero qué diablos te pasa?! ¡Tira!

La luz cegadora dejó de envolverle. Vio como se desplazaba a su izquierda, ocupando el lado que daba al río Ohio. «Pensó que iba a acelerar, era lo lógico». En vez de eso, se mantuvo a la par, como unos diez segundos, tranquilamente, sin ningún temor a que llegaran vehículos de frente.

— ¡Estás mal de la cabeza! —. Le gritó el profesor, meneando el cuello a un lado—. ¡Termina de adelantar, idiota!

Al fin se decidió. Van Duinen observó a los ocupantes del Chevy: «Una pareja joven», «El muchacho rubio iba al volante». Ella también le observó: «Llevaba un peinado, raro, muy de los sesenta». Distinguió claramente el vehículo que acababa de rebasarlo. «Efectivamente, un Chevy negro del cincuenta y siete». Los faros del Ford Lariat alumbraron su matrícula.

—No es posible—, exhaló el profesor. «¿Roger y Linda Scarberry? ».

De pronto, el trasero de un cadillac negro.

— ¡Joder!

Clavó los frenos. Su cuerpo meció para adelante y después cayó de nuevo hacia atrás sobre el asiento, sin llegar a tocar el volante. «No se partió el pecho de milagro». Alzó la cara. «No se podía ver nada». La humedad había tornado al paisaje borroso. Pasó la mano por el cristal delantero, pero el lugar inmediatamente volvía a ensombrecerse. Bajó la ventanilla del lado izquierdo. Contempló la nebulosidad. «Parecía estar dentro de un sueño». Ya no llovía como antes, «apenas caían cuatro gotas». El profesor apagó el vehículo, «no así las luces». Salió del mismo y anduvo en el destello, perdido entre la niebla. «Sabía que pisaba asfalto, sólo eso». A su paso, la niebla empezó a disiparse a ras de tierra, «como invitándole a entrar». Descubrió los farolillos, a izquierda y derecha, cuya luz amortiguada por la bruma reflejaba débilmente las primeras barras de acero que daban inicio al puente Silver, por el lado de Virginia Occidental.

«Estaba alucinando». El profesor no daba crédito a lo que veían sus ojos. Caminaba por el viejo puente Silver, «el que no existía; el que se había derrumbado en 1967». Parecía una recreación perfecta. «Hasta daba las mismas sacudidas». (Así lo habían descrito varios supervivientes de la tragedia, como William Edmondson, de 37 años: «El puente siempre se sacudía»)

Entonces resucitaron los ruidos. «Todos ahogados sobre el puente». Salían del río Ohio, cada vez más claros. «Eran como las campanas del infierno». Van Duinen se detuvo y dijo: —Conozco estos sonidos. Los faros del Ford se apagaron. El haz luminoso que proporcionaba el vehículo se hundió en la oscuridad, para dar paso a una solitaria luz verde de semáforo ubicada en la boca del puente. El profesor se quedó mirando el semáforo del lado de Point Pleasant. «Tenía la luz estancada en verde». A su espalda, regresaron los ecos del pasado. Comenzó a emerger un ambiente cargado, «como de embotellamiento», acompañado del olor característico y mohoso a gasolina quemada entremezclada con el metal recién encerado. Cuando se dio la vuelta, observó que no había nadie. Sin embargo, el sonido del tráfico seguía allí, completamente vivo, fantasmal; haciendo temblar el puente. Miró el reloj de su muñeca: —Maldita sea, las cinco y tres—, murmuró preocupado. (El puente Silver se derrumbó a las 17:04)

Al punto, retrocedió asustado. Pasó entre la grisura sobresaltado por los pitos encajonados en el tránsito. Corrió, «vaya si corrió», porque sabía lo que se le venía encima; veinte metros en dirección al vehículo, mientras el puente Silver retorció sus tripas.

De repente, todo convulsionó. Se sucedieron los gritos humanos tras la neblina. Los amarres del puente se separaron de sus extremos, y los cables eléctricos cayeron cortados produciendo una gran llamarada de chispas. El centro se vino abajo, como un cráter, llevándose a cincuenta vehículos, los cuales hundió bajo toneladas y toneladas de acero, en las aguas negras del río Ohio. Van Duinen captó en lo alto una figura alada de ojos rojos.

— ¡INDRID COLD! —. La llamó.

Tras aquel suceso, retornó la lluvia. El puente seguía siendo el mismo. «El que se levantó en 1969, en el mismo lugar donde aconteció la tragedia».

Las luces del vehículo policial traspasaron la cortina de lluvia, y se posaron sobre la sombra escuálida chorreante, que era en lo que se había convertido el profesor. Del vehículo se bajó un hombre joven, de entre treinta y cuarenta años. Traía puesto el sombrero vaquero, y la cazadora tejana reglamentaria. Se acercó con el paraguas.

— ¿Klaus Van Duinen? —. Preguntó. Claramente, tenía acento sudamericano.

En un principio, Van Duinen no reaccionaba. Al poco despertó. Vio al agente de policía justo frente a él, bajo un paraguas negro.

—*Ja*—, respondió afirmativamente.

—Soy el agente Franklin. Sus amigos le están buscando.

Capítulo 17: Los fantasmas del río Ohio

A Franklin David Plata, nacido en Lima, le gusta cocinar. Cuando llega el fin de semana, él sólo se prepara su «cebichito», con su leche de tigre; se hace su ají de gallina picante para la «Papa a la huancaína»; todo a ritmo de «Grupo 5» y «Corazón Serrano»>>; moviendo la cintura; incluyendo nuevos pasos, con una mano arriba y la otra preparando el arroz. «Arroz para todo».

En aquella tormentosa madrugada de jueves, recibió una llamada a su oficina. El hombre que estaba al teléfono hablaba muy mal inglés. Por suerte, Franklin era peruano. Enseguida advirtió el dejo español en aquella voz exaltada. Tras hablar con «español» salió en busca del profesor Van Duinen. «Point Pleasant es un lugar tranquilo, colmado de recuerdos. La gente viene y se toma fotos con la estatua del Mothman—, ¿inglés o español? —, le preguntó el agente Franklin al hombre que acababa de recoger en su coche.

—Español—, dijo, mientras veía a través del cristal como se iban distanciando del puente.

—Yo tengo una mujer, en España. ¿Tienes a alguien allí?

—No, ¿es que no vamos al hotel?

—Primero vamos a la oficina. Los patas que esperen.

— ¿Estoy detenido?

—No. Pero antes de regresarte yo quiero saber que te sientes bien.

Ya en la oficina del Sheriff, el agente Franklin sentó al profesor y le proporcionó una manta. Seguido, le espetó su historial, en la localidad de Point Pleasant:

—Ya has estado aquí.

El profesor no pronunció palabra. Se quedó mirando el cuadro que tenía delante, del presidente de los Estados Unidos, Barack Obama.

—Puedes responder. No estás en la sala de interrogatorios, estás sentado tranquilamente en la oficina. Estamos conversando.

—Hace tiempo—respondió el profesor.

—Ah—suspiró Franklin—, ¿me quieres contar el incidente que tuviste con los policías?

—No me acuerdo.

—Te falla la memoria.

—Sí.

—Te fuiste al río, a buscar un cadáver, dijiste.

—No me acuerdo.

—No te acuerdas.

—No —, se le ha pegado “la educación” norteamericana.

Franklin sonrió. —Aquí viene mucho loco extranjero, buscando al «Hombre Polilla». Pero lo que encuentra es un pueblo tranquilo que no quiere problemas ni a las personas que los crean, ¿entiendes?

—Sí.

—Yo te voy a dejar con tus patas. Disfruta, pásalo bien, y el domingo de regreso a tu país. ¿Sí? Ahora, como me vuelvan a llamar, entonces sí que conversaremos en la sala de allí—, señaló con el dedo, el cuarto oscuro de los interrogatorios.

—Sí, lo entiendo.

—Pues nos quedamos aquí hasta que sean un cuarto para las cuatro, ¿sí? Y luego te llevo de regreso al motel.

—El coche se ha quedado en el puente. Tiene las llaves puestas.

—Tranquilo, nadie le va a hacer nada.

—Puede dejarme allí.

—Ni hablar. Tú tienes que estar bien lejos del puente. La grúa te lo regresará al motel. Mañana te bajas y le pides las llaves allí. Te las dejaremos en recepción.

Franklin sacó un par de cafés de la máquina. Le ofreció uno al profesor.

—Gracias—, puso el vaso entre las manos para calentarse—, ¿hasta cuándo va a seguir lloviendo? —. Preguntó.

Franklin tenía en ese momento la boca llena de café. Lo tuvo que tragar despacio para no quemarse.

—Han dicho que toda la semana, pero para el sábado empieza a hacer buen tiempo. Podrás ver el festival del Mothman que se celebra aquí todos los años, está chévere. ¿Por qué para eso habéis venido, verdad?

—Sí—Le aseguró el profesor, sacudiendo la cabeza de arriba abajo.

Bebió un sorbo de café, con la mirada gacha. «No quería hacer que sospechara». «En realidad Franklin no le creyó desde el primer minuto». Se asomó a la calle. La noche estaba húmeda. Cubría al río de tinieblas. —Parece que ha parado un poco—, dijo, observando el cielo.

El agente Franklin llevó a Van Duinen de regreso al hotel. Lo dejó en la puerta. No tuvo ni que bajarse. Enseguida salió Pepe. Mantuvo un breve contacto visual con el agente, mientras acompañaba al profesor adentro. El agente de policía del condado Mason aceleró, haciendo rechinar los neumáticos sobre el pavimento mojado.

—Será gilipollas—, murmuró Pepe, cuando ya estaba dentro del hotel.

Cerró la puerta. Algunos curiosos se habían congregado abajo, atraídos por las luces de policía. Pepe los ahuyentó de manera agresiva: — ¡Fuera! ¡Aquí no hay nada que ver!

Sacó a Van Duinen «del foco». Lo empujó hacia las escaleras. Se lo llevó a la habitación que compartían. Dentro, esperaba Lidia. «Había estado fumando porque la habitación olía a tabaco». Corrió a echar el cerrojo, nada más poner los pies allí. «Estaba en modo psicótica». Miró al profesor con los ojos inyectados en sangre. «Menudo grito le pegó»:

— ¡Tú no estás bien de la cabeza!

A razón de esta última frase, Pepe permaneció unos segundos incrédulo observando a Lidia. No prestó más atención a su voz colérica. Siguió atendiendo al profesor. Le sacó de encima la manta que le había dado el agente Franklin, y la extendió sobre el borde de la cama, por el lado que estaba seco. Luego, sentó al profesor. Entonces habló, manteniendo la calma:

— ¿El vehículo te lo traen ellos?

El profesor asintió.

—Date una ducha, cámbiate de ropa, y come algo. Bueno no sé si aquí se puede comer algo a estas horas. Yo tengo una barrita de «Mars» que compré en el aeropuerto—, le medio aconsejó.

—No puedo comer dulce, soy diabético.

Pepe y Lidia intercambiaron miradas de sorpresa. Era la primera noticia que tenían acerca de la salud del profesor. «Extrañaba que a su edad no tuviera algo. Pero es que se le veía tan fornido...».

—Mis pastillas están dentro—, le dijo a Pepe, señalando el cajón de la mesita.

Lidia sacó el teléfono del bolsillo porque había recibido una notificación de Whatsapp. «Puso mala cara y se marchó, sin dar explicaciones». «Está como una chota».

Van Duinen tenía todas las pastillas en una cajita.

—En la maleta, hay agua.

Pepe buscó el agua en la maleta de Van Duinen. Cuando la encontró, se la dio al profesor. «Este ya tenía dos de esas pastillas rojas en la boca». «Se bebió todo el agua».

—Voy a ver qué le pasa a Lidia.

—Espera—, dijo Van Duinen, suspirando, porque se sentía cansado—, tenemos que ir al puente.

—Creo que es momento de que alguien te lo diga—, respondió Pepe. Y añadió—, estás como una puta cabra.

El profesor comenzó a toser, medio riendo.

—Mírate. Tienes setenta años y te crees que tienes veinte. Te vas a morir de una pulmonía. Eres un viejo, acéptalo.

—Gracias por preocuparte por mí.

—Que te jodan.

—No sabía que te importaba.

—Me habéis arrastrado hasta aquí, persiguiendo fantasmas.

—Por mí no hubieras salido nunca de tu revista de mierda—, le contestó entre tosidos—, se lo debes a ella.

—Me marchó.

—Piénsalo, estúpido. Vamos a la caza de algo muy importante. Podrás llenar revistas enteras con esto.

—Me han despedido.

— ¡Mejor! Ahora eres independiente.

—Váyase al carajo.

—No te cierres. Eres inteligente, ¡piénsalo!

Pepe guardó silencio. «No lo había contemplado desde ese punto». Respiró algunas estrofas que le vinieron a la mente, «*Don't Stop, de Fleetwood Mac*»>, y «*Carry on wayward son, de Kansas*». La música hizo que volviera a escuchar su voz interior.

—Está bien, habla.

El profesor sonrió victorioso.

—Vamos a encontrar los dos cuerpos que faltan; los que cayeron al río Ohio, el número cuarenta y cinco, y el número cuarenta y seis.

— ¿Cómo? —. No tenemos equipo de buceo. Y aunque lo tuviéramos dudo que alguno de los tres sepa bucear. Yo desde luego no. Te has vuelto completamente loco.

—No tenemos que entrar del todo.

—Olvidalo. No pienso meter ni un solo pie en ese monstruoso río, además de que no quiero tener problemas con la policía.

—No es necesario. No estás pensando con claridad.

— ¿Entonces, cómo lo piensas hacer?

—«Los fantasmas del río Ohio» nos mostrarán lo que pasó.

—Estás fumando hierba, y nos lo ocultas.

—No—, se levantó—. El infierno es repetición. Un alma atrapada que no sabe que está en él, revive una y otra vez lo que le sucedió.

—Deshazte de esa hierba ahora mismo.

—Escúchame idiota. El río Ohio es un pozo de almas.

— ¿Y qué pasa con la idea de conectar a Lidia con el bicho negro?

—El Mothman.

—Sí
—Podremos hacerlo, a través de los muertos.
—Todo esto es una puta locura.
—Si estoy en lo cierto, tu jefe estará equivocado.
—¿Y si no?
—Habrás seguido a un viejo loco «terraplanista», en una de sus aventuras.
—Acabo de tirar tres mil euros.
—No haberle pagado el viaje.
—Tú no se lo habrías pagado.
—Exacto—, fue yéndose hacia el baño—, «igualdad» —finalizó.

Pepe se fue a ver a Lidia. Escuchó el agua de la ducha, y cerró la puerta. Dio dos pasos a la izquierda. Enderezó los pies hacia la habitación de Lidia. Llamó dos veces.

—¿Estás bien? —. Preguntó a continuación.

Lidia no terminó de abrir la puerta. Apareció en pijama, con el móvil.

—¿Qué pasa?
—Sólo quería saber cómo estabas. Como te has ido de esa manera...
—¿Cómo me he ido? No entiendo.
—Así, enfadada.
—¿Enfadada? Tú no me has visto enfadada.
—Da igual, déjalo.
—No es sólo que, Nuca no se encuentra bien—, contó Lidia, rebajando el tono—, se ve que ha comido algo y le ha sentado mal, estoy hablando con Menche.
—Ah, pues te dejo. Ya te contaré mañana, lo último que planea el profesor.
—Me da igual, de verdad. Este viaje ha sido un error.
—Pienso exactamente lo mismo, pero creo Van Duinen no piensa igual.
—De verdad que no quiero saber nada. Únicamente quiero volver a mi casa, y ya está.
—¿Quieres follar?
—¿Traes condones?

Pepe irrumpió en la habitación completamente poseído. Le pegó «un talonazo» al canto de la puerta para que se cerrara con malicia. Agarró el trasero de Lidia y la impulsó hacia arriba. Ella inmediatamente lo rodeó con sus piernas. Comenzaron a besarse obscenamente por todo el cuarto mientras se magreaban. Así llegaron a la cama. Se dejaron caer como dos amantes desbocados sobre «el lecho de Proculo».

«Creo que alguien subió la música porque escuché «The Mamas and the Papas».

Al alba temprano, Pepe abandonó la habitación con lo puesto. Llevaba la ropa envuelta en el brazo, y los zapatos livianamente colgando de sus dedos. Pasó la tarjeta por la ranura, y anduvo de puntillas a través del salón, buscando el cuarto. Tras dar algunas

vueltas de más, entró, dejó la ropa en el suelo, cerró la puerta y se metió en la cama. «Tenía mucho sueño».

Se pasó prácticamente todo el viernes durmiendo. «Había mucho cansancio acumulado». La voz susurrante de Van Duinen lo sacó de un hermoso sueño en el que Pepe, Ibai y Xoana, iban de la mano, caminando por una playa llena de gente. «Parecía la playa de Las Catedrales y, la verdad, no recordaba haber estado ahí con Xoana». De todos modos, aquella imagen imposible de Ibai con siete u ocho años paseando por la orilla del mar, le puso un nudo en la garganta. Despertó con los ojos poblados en lágrimas, y se aferró al profesor llorando. «¿Dónde está mi hijo, ¿qué ha hecho Dios con él? ». Tronó.

—Debemos darnos prisa—, escuchó.

No se veía nada. Todo era oscuridad; como si nunca hubiera amanecido.

—Vete vistiendo, voy a avisar a Lidia.

Notó que la mano del profesor lo soltaba. Tensó los dedos en busca de su teléfono móvil, hundido bajo la almohada. «Las 21:00 horas, americanas».

—Joder—, exhaló, tocándose la cabeza—, ¿cómo he dormido tanto?

Oyó los golpes en la puerta de al lado. Seguido, la voz del profesor:

— ¡Lidia! ¡Tenemos que irnos! ¡Lidia!

Van Duinen regresó a la habitación nervioso. Pepe ya venía vistiéndose.

— ¡Tienes que avisarla! ¡A ti te hace caso!

—Probaré a ver, pero no te aseguro nada.

Pepe llamó a su puerta:

—Lidia, sal—, llamó sin ánimo.

Van Duinen le insistió, haciendo aspavientos con las manos.

—Lidia.

«No contestó».

—Pero, tiene que hablar con él—, expuso el profesor, incrédulo.

— ¿Con quién? —. Pepe aún andaba dormido.

— ¡Indrid Cold!
— ¿Es quién ese?

Van Duinen cabeceó disgustado.

—Anda, toma—, le dijo, ofreciéndole las llaves del Ford.

Juntos, salieron del Quality «sin Lidia». Cruzaron el aparcamiento y se metieron en el Ford. «El profesor aún tenía la mirada en el suelo». «Estaba profundamente decepcionado con ella». Pepe giró la llave. Miró la radio. La encendió. Tenía necesidad de escuchar música mientras manejaba. «Sobre todo en la noche». Sintonizó: «Avalanche, de Leonard Cohen. » Sacó una barrita de «*Mars*» y le dio un mordisco. La degustó pacientemente con el motor en marcha.

— ¿Habrá un burger abierto? —, se formuló esta pregunta.

Terminada la barrita, sacó otra. «Esa mierda está muy rica». Aceleró. Salieron del aparcamiento del hotel y entraron en la carretera 527. Van Duinen estaba pendiente del paisaje húmedo. Cuando levantó la mirada hacia el cielo nocturno, la niebla que subía del río Ohio le borró las estrellas. —Huelo a sudado—, dijo amargamente Pepe, retirando la nariz del sobaco—, no sé si comer algo antes y ducharme, o hacerlo después—miró un instante al profesor— ¿no tardaremos mucho, no? —, le preguntó, como si con él no fuera la cosa.

El profesor bajó las cejas. Iba más preocupado por aquellos girones de niebla, los cuales, formaban «un túnel», en dirección al puente. Hacía rato que no se veían coches. «*La radio volvió a sintonizar California Dreamin', The Mamas and the Papas, 1965*». No le prestaron atención.

— ¿El puente estaba tan lejos? —. Preguntó Pepe desconcertado, empuñando los ojos.

—Aparca ahí—, el profesor señaló a su derecha, el raso bajo la neblina.

Pepe dio un volantazo brusco a la derecha; el profesor se sacudió; el morro del Ford atravesó la niebla; los neumáticos frenaron en seco; se oyó la carraca; las luces se apagaron; el vehículo quedó inundado de nubes blancas fantasmales.

—Casi me matas, estúpido—, le espetó el profesor.

Salió del Ford dando un portazo. Se dirigió a la parte trasera de la camioneta. Retiró el toldo. «Lo llevaba planeando desde que aterrizamos». «Tenía una mochila allí, al lado de la caja de herramientas».

—Ten—, le dio una linterna—, comprueba que funcione.

Pepe la encendió, llevando el haz de luz hacia la carretera. Van Duinen cogió la suya. Le dio un par de golpes, antes de ponerla en marcha. Enfocó el sombrero de detective. «Se lo llevó a la cabeza, como si fuera un crío».

—Sígueme.

Pepe siguió al profesor. Sus pies hallaron pronto el arcén. Vaciló un instante. «La niebla perdía fuerza en la carretera». Volteó la cabeza a izquierda y derecha. Anduvo con preocupación hasta que cruzó, en dirección al río Ohio. Continuó los pasos del profesor. Estos le llevaron a través de los árboles. «En aquella zona se respiraba humedad». Empezaron a bajar sin pensar en nada más. «Buscaban respuestas». «Pero la niebla, se los estaba comiendo vivos». Pepe lo averiguó cuando, después de mucho caminar por la arboleda, entendió que el hombre que andaba delante y guiaba sus pasos, no era el profesor Van Duinen, «era otra cosa». Entonces se paró. «Aquella larguirucha sombra de metro setenta y algo dio tres zancadas más y desapareció». «No es posible. Tiene que ser mi mente».

Sonó la misma canción. «Otra vez California Dreamin'», pensó. Buscó aquella sintonía pegadiza ahogada en alguna parte. Su exclusivo solo de flauta (bastante inusual para el estilo pop de la época), le llevó a poner el círculo de luz sobre las aguas negras del río Ohio. «Juro que el sonido venía de allí». Se estaba poniendo nervioso. Empezó a dar marcha atrás. Mientras, el volumen de la música se apagaba hasta desaparecer completamente.

—No es real—, se repetía Pepe, al tiempo que sacaba el móvil para volver a llamar al agente Franklin.

De pronto, vino el tremendo susto. «Sonaron un centenar de bocinas a la vez». «Creo que me cagué en los pantalones». «Todas aquellas pobres almas que se habían hundido bajo el puente Silver, pitaban ahora desesperadas desde sus fantasmales vehículos, como si aún estuvieran vivos». «Joder, era espantoso». Pepe soltó el teléfono móvil. Cayó de rodillas mientras el sonido del infierno retumbaba en su cabeza. —. ¡Ya basta! ¡No sois reales! ¡Sólo estáis en mi cabeza! —. Gritaba.

Y de pronto, todo volvió a su lugar. La noche siguió siendo noche, la orilla recuperó su ambiente húmedo y sus sonidos selváticos, y las aguas del río Ohio dejaron de chillar.

«Estaba sudando». Después, recogió el móvil y «resucitó» de la pesadilla. Anduvo deprisa, iluminando cada paso que daba, a lo lejos distinguió un muelle, «clavado al del lago Crystal de las icónicas películas de Viernes 13». El profesor se hallaba desnudo en el filo con los brazos en cruz, preparado para dejarse caer sobre el río Ohio.

— ¡Eh!

Se acordó de lo que había soñado Lidia: «*Le he visto morir ahogado*».

—Puto imbécil.

Corrió alarmado. Lo vio tirarse. En dos minutos se plantó en el muelle. «Tenía buena condición física». Sorteó las prendas que había ido dejando el profesor. Llegó hasta el filo, tenso. Alumbró desde arriba. No se atisbaba movimiento, ni oleaje.

— ¡Profesor! —. Llamó— ¡Klaus! ¡Maldita sea!

Rápidamente, comenzó a desvestirse. Dejó las llaves, el teléfono y la linterna sobre la cazadora. Se tiró en calzoncillos. Nadó un poco hacia el interior y después se sumergió en el río. Buceando encontró a Van Duinen cayendo sobre un abismo. Al pasar por encima, vio que sus ojos parpadeaban mortificados como si estuviera contemplando algún tipo de acontecimiento doloroso. Tocó su mano. El profesor despertó. Ya no veía cuerpos atrapados gritando bajo el metal sino una nube borrasca la cual indicaba que «había regresado». Enseguida siguió a Pepe hasta la superficie. Nadaron juntos hacia la orilla. Llegaron exhaustos, «muertos de frío». A Van Duinen le costaba mucho respirar. Cuando recobró el aliento, dijo:

—Nos hemos convertido en locos del Mothman.

Capítulo 18: Point Pleasant

Sábado. Pepe se levantó a las ocho y media de la mañana. Se dio una ducha, se afeitó, y hasta se recortó el pelo con las tijeras. «¿Peluquero?, pa qué». Bajó a desayunar. Comió huevos fritos con beicon, salchichas y un *baguel* casero. A las nueve y cuarto salió del hotel, se metió en la camioneta y “tiró millas”. «Estaba hasta los huevos del uno y de la otra».

Condujo pegado al río Ohio hasta el Puente Memorial (El actual puente Silver) Recorrió todo el puente «de cabo a rabo», con las ventanillas bajadas. «Respirando aire puro de libertad». La gente que pasaba en los coches lo miraba porque les recordaba a un «hippy». «Parecía John Lennon en “*The Dick Cavett Show*”». «Me la suda», pensaba, cada vez que veía pasar a alguno de aquellos rostros amargados típicos de pueblo.

Se subió las lentes negras y pisó acelerador a fondo. El tiempo lucía espléndido. El sol irrumpía fuerte desde Point Pleasant. Reducción de marchas; un poco de freno; y a la izquierda. Salió por Henderson (al sur de Point Pleasant) Se incorporó a la vieja 35. Los árboles se deslizaban a la derecha, cubriendo la cara oeste del pueblo de Henderson. Cruzó el puente Shadle (ahora puente de Bartow Jones), y pasó al otro lado del río Kanagua. **POINT PLEASANT.**

En la calle principal le asaltó la fiesta. De repente, el Ford se vio rodeado por «frikis» disfrazados del «Hombre Polilla». Uno de ellos hizo ademán de subirse a la camioneta, lo que enfadó mucho a Pepe.

—Ni se te ocurra gilipollas—le dijo, “con la boca pequeña».

Cuando volvió la mirada al frente, vio a un policía del condado de Mason, que no era el agente Franklin, haciéndole indicaciones con las manos para que se desviara. «La calle principal estaba cortada por «el Mothman Festival 2014». Pepe hizo caso. Puso el Ford a rodar lentamente a través del distrito quinto. En esa calle, mucho más tranquila, los extranjeros bajaban “campantes” con sus «chelas», como diría Franklin, a plena luz del sol. «Había escuchado al joven rubio del hotel hablar del festival del Mothman con otro chico. Se ve que tenían planes con unas pavas del pueblo. Habían quedado con ellas en un sitio llamado «Frank» o «Franki’s Johnny’s», donde al parecer se come, se bebe y se folla bien». «El problema era aparcar». No había manera de que el Ford Lariat encontrara hueco. «Esa bestia resultaba demasiado grande». Main Street (la calle principal) estaba completamente cerrada por ambos lados, y tanto extranjeros como lugareños, los cuales abarrotaban el lugar, habían tenido que aparcar en los alrededores; por lo que encontrar aparcamiento cerca parecía imposible. Hasta que de pronto se marchó uno, «aleluya», y el Ford pudo estacionarse en lugar de la furgoneta.

Pepe quitó las llaves, se miró un par de veces en el espejo retrovisor antes de salir. «Quería desconectar, pasarlo bien». Salió con paso acelerado hacia Main. Poco a poco, se fue mezclando entre la gente. Estuvo como una hora entretenido con las paradas ubicadas a lo largo de la calle principal. De vez en cuando aparecía algún que otro «friki» disfrazado de Boba Fett, David Jones o los Cazafantasmas. Compró una

magdalena de chocolate que tenía la cara del Mothman. «Tócate los cojones». Se topó con Franklin, en una esquina. «No llevaba uniforme. Iba con un niño de unos diez, doce años, de la mano. Sería su hijo». El agente Franklin sonrió. No dudó en pararse para conversar.

- ¿No te acompaña el holandés?
- Está cansado.
- Demasiada conspiración en la cabeza.
- Seguramente.
- ¿Te está gustando el festival?
- Sí. En España también tenemos así.
- No con tanta leyenda.
- Igual.
- Yo tengo una mujer en Almería.
- ¿Lo conoces?
- Sí, pero nunca he estado allí.

Franklin notó que el niño comenzaba a tirarle de la mano.

- Tú no haces cara de «profesor loco» —, le dijo Franklin, haciendo el gesto de sujetarse la mandíbula.
- Yo soy distinto. Soy periodista.
- ¿Has encontrado lo que has venido a buscar?
- Demasiados fantasmas—, respondió Pepe, «con segundas».

Franklin frunció el entrecejo, sin llegar a entender a qué se refería con eso—Aquí hemos tenido de todo—, prosiguió Franklin—, gente muy «cocoa». Todos escuchan voces al lado del río. Yo también las escuché.

- ¿Ah, sí?
- Sí. En mi cabeza. Los fantasmas no existen, es la interpretación que nosotros le queramos dar al miedo.
- Suena a leído.
- Diste en el clavo—, respondió, utilizando la expresión «española» adrede, para la ocasión—. ¿Sabes quién lo escribió?

«Le vino al pelo».

- No.
- El profesor.
- ¿Van Duinen?
- Antes de que su mujer falleciera.
- No lo sabía.
- No has leído ninguno de sus libros.

—Sí, uno, hace tiempo.

—Hace tiempo—, asintió Franklin, sonriendo falsamente—, ¿quieres saber lo que pasó aquí, en Point Pleasant, de verdad?

—Ya que he venido, me gustaría.

—¿Cuándo regresáis?

—Mañana por la tarde. A las cinco tenemos que estar en el aeropuerto de Charleston.

—Vente por acá a eso de las diez.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Sí aquí mismo, en esta esquina, frente al «Brown's».

—¿Por qué? ¿Qué hay mañana?

—La señora Carpenter.

—Pero, ¿habla español? Yo inglés, bien, pero no para este nivel de comprensión.

—Su sobrina, Connie, te traducirá. Estudia español.

—¿No será una molestia?

—A ella le gusta. Le vendrá bien—, se dejó llevar por el niño «hispano»—, a las diez aquí.

—De acuerdo. Nos vemos—se despidió—Gracias.

«Fue la última vez que lo vi».

Oyó campanas y miró al cielo. «Las doce>>. «10% de batería», visualizó.

—Maldita sea.

Había olvidado cargar el móvil, pero no iba a volver «con esos dos». Así que marchó cuesta abajo entusiasmado, transportado por una maraña humana que le ofrecía cerveza y pizza. El mismo jolgorio lo acabó empujando hasta el «Francis Jonny». Efectivamente (tal y como apuntaba el joven del hotel), allí comió carne, bebió cerveza, se emborrachó como un rey, y conoció a una chica mucho más joven que él. Se despertó en la mañana siguiente bocarriba, cubierto por una sábana blanca que olía a sudor y perfume. El haz de luz le daba de lleno en los ojos. Miró a su izquierda. Contempló a una joven norteamericana, de rasgos duros, durmiendo «la resaca». Al levantar la sábana cuidadosamente, se vio en pelotas. «Joder». Buscó el móvil, «0% de batería». En el reloj de la joven eran las nueve y treinta. Lanzó un gruñido. Rápidamente, recogió la ropa del suelo, entró en el lavabo, «hizo sus necesidades», se dio un baño a toda prisa, y salió de puntillas, buscando las llaves en su pantalón. Vio la camioneta a un metro. Se metió en el auto y tiró marcha atrás. Ya en New Heaven Street, tuvo que preguntar a los lugareños que pasaban dónde se encontraba «Main Street», «porque es que todo, lo veía igual». Una mujer que pasaba llamada Mary, le indicó que se hallaba casi en las afueras, y que debía ir unos diez minutos hacia el este para poder enlazar con la quinta. Así hizo hasta dar con el «Brown's». Se detuvo a escasos metros de la puerta. Allí, tras el cristal, había un cartel: «Closed». Llevó los ojos a la esquina que le había dicho el policía. Aparcó en la zona y se apostó en ese punto, esperando frente a la calle desierta. De

repente, sintió un hormigueo. «Un viejo conocido». «El enemigo de siempre». «Ansiaba fumar».

El tiempo transcurría lento. Mantenía la esperanza de ver pasar a alguien, para preguntarle la hora. Pero al parecer, en domingo no asomaba un alma.

—Aquí no pasa ni Dios,

Aspiró. En el aire flotaba un pesado aroma como añejo. Al dejar caer la barbilla, distinguió a la señora Carpenter, y a la joven menuda que empujaba su silla de ruedas.

La señora Carpenter, de setenta años, nacida en el hospital Gallipolis tras la gran inundación del río Ohio (1937) que asoló el 90% de Point Pleasant, llegando a alcanzar los 62, 7 pies: «Mis padres escaparon por una ventana trasera cuando las aguas de la inundación llegaron a la puerta principal. El edificio entero quedó destruido porque se inundó hasta el tercer piso», tenía un acento sureño muy marcado (Chillón) Sus gafas, redondas, de lectura, acomodadas sobre su nariz colorada entre dos mejillas sonrosadas, otorgaban a la señora un aspecto puramente tierno y familiar. «Parecía la mujer de Santa Claus». La nieta tendría quince o dieciséis años, no más; caucásica anglosajona, rubia, de metro cincuenta y poco, «también *gafotas*, como la abuela».

— ¿Señor Pepe? —. La joven hablaba un español raro. Se le entendía pero arrastraba demasiado las palabras.

—Soy yo—, respondió Pepe, en inglés.

—Mi nombre es Connie, ella es mi «mama» (Así le dicen en Perú a las abuelas; en catalán, la iaia o ávia), la señor Carpenter—, dijo la nieta, sin perder «el español».

Pepe asintió, saludando a la señora.

— ¿Vamos algún sitio? —. Preguntó Pepe, en español.

—El día está bueno—, dijo Connie (sonaba igual que el agente Franklin) —, damos un paseo y conversamos.

—Ok.

Sólo cuando la señora Carpenter notó que se movía, empezó a hablar: «Yo quería a mis padres. Íbamos por Main Street agarrados de la mano. Vivíamos en la 42, cerca de Third Avenue, en el piso de abajo. Delante, estaba el auto del señor Wamsley. De pronto pasaron muchos camiones de color verde. Mi padre contó que eran militares que iban a las hectáreas de la McClintic Wildlife Station, a la antigua reserva animal y el santuario de las aves. Mil hectáreas socavadas para ocultar que Point Pleasant se había convertido en una industria de la guerra, para la segunda guerra mundial». «Fabricaban explosivos. Mi padre se hizo daño con uno y perdió una pierna. Cuando la guerra terminó, se llevaron los explosivos a otra parte. Los militares desmantelaron las fábricas y sellaron todas las entradas y salidas de los túneles». «Allí vive, él». La señora Carpenter señaló la estatua del «Hombre Polilla».

Pepe tenía delante al «Mothman»; una figura de 3,5 metros; plateada de ojos rojos; ubicada sobre la inscripción que decía:

“Legend of the Mothman”

«Parecía un humanoide». Resultaba cuando menos curioso, que la obra más representativa de Point Pleasant se pareciera más a un «hombre de las estrellas» (como los que aparecen en los libros de Erich Von Däniken), antes que a la monstruosa criatura alada de mirada fulgurante, que decían haber visto los lugareños. Sea lo que fuere, había que memorizar toda una fuente viviente de información.

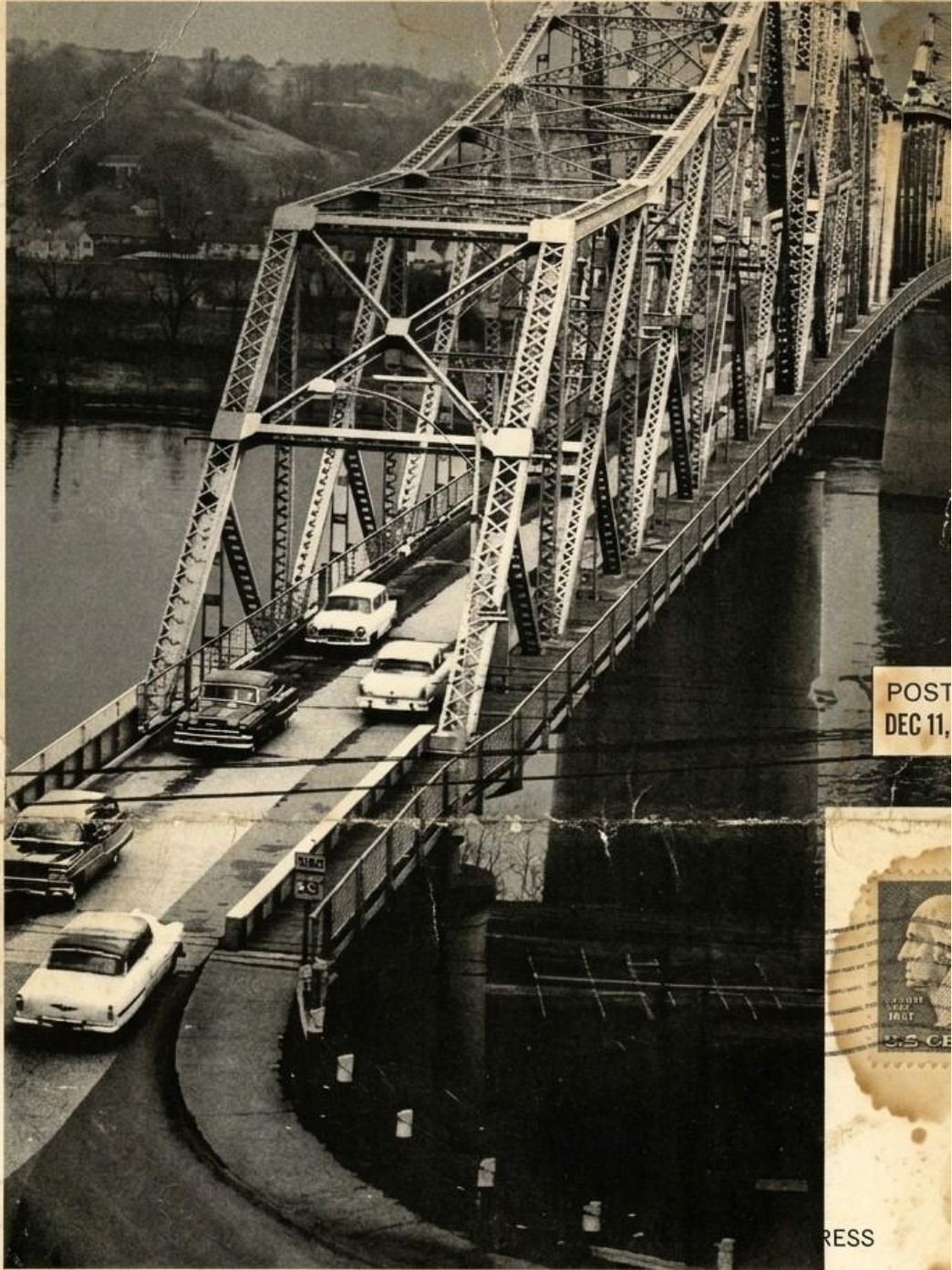
—He olvidado la grabadora.

La expresión de la señora Carpenter cambió por completo. Ahora, agonizaba de terror:

—El cielo estaba naranja—, dijo, sin dejar de mirar al «Mothman».

15 de diciembre de 1967

Merry Christmas from the heart of America - December 11, 1967.



POST
DEC 11,

RESS

We miss you so much. John sends
his respects and I, all my love
I promise to write you a longer one
next week. With all my love,
Your daughter, Conni
M.

POSTED: DEC 11, 1967

Re-read
again,

Christmas 1999. Still here.

CHRISTMAS POSTAL 1967

RECEIVED - JAN 5, 1968

En todos los vehículos que pasaban sonaba la misma canción: «*California Dreamin', The Mamas and the Papas*». Se había convertido en el himno del movimiento hippie, el cual, comenzaba a manifestarse abiertamente en contra de la guerra del Vietnam.

A las 15:45, la señora Carpenter y su recién esposo, John, se sentaron ante el televisor para ver al presidente Johnson pronunciar el habitual discurso de Navidad. Una vez finalizado, procedió a encender las luces del árbol. Puso las manos sobre el pulsador y sonrió.

—A que nos deja sin electricidad—, bromeó John.

«Oooh», se oyó alrededor del presidente, cuando éste accionó el botón.

—Ni que nunca hubieran visto encenderse un árbol—, dijo John Carpenter, quien no simpatizaba con la política «antiracial» de Lyndon B. Johnson. «Tampoco le gustaba Kennedy». John se levantó y apagó el televisor.

—Nos vamos.

A la señora Carpenter no se la veía muy convencida. «Hace una semana había jurado que un espectro alado la había perseguido por el campo».

—Por favor—, le habló John—mi hermana nos está esperando y ya sabes cómo se pone el puente en estas fechas.

Desde entonces, la señora Carpenter tenía miedo de salir a la calle. Pero aun con esto, cogió su abrigo y acompañó a su esposo. Fuera, hacía un frío «de mil demonios». Se subieron al Cadillac. Dentro, ella comenzó a oír pitidos agudos.

—Vamos cargados de regalos—, dijo John, exultante— ¿qué te pasa?

— ¿No oyes? —, le preguntó la señora Carpenter a su esposo.

—Todo el mundo se dirige al puente—, respondió John, dándole a entender que era el tráfico.

Cuando arrancó, sonaron algunos paquetes en el maletero.

— ¿Escuchas? Son los regalos—, dijo John.

Pero la señora Carpenter sabía que no. «Todo el pueblo había entrado en contacto con Indrid Cold»:

«El Sr. y la Sra. Scarberry y el Sr. y la Sra. Mallette, a bordo del Chevy del 57, en el área de TNT (Área que se utilizó para la fabricación de municiones y explosivos, durante la segunda guerra mundial».

«Woodrow Derenberger, desde su camioneta, mientras bordeaba Parkersburgo por la carretera interestatal 77».

«"Bandido", el pastor alemán del Sr. Baker. Se puso a ladrar como un loco, corrió hacia la oscuridad y desapareció».

«Los Wamsleys, y la Sra. Bennett, cerca de la planta generadora, cuando iban en busca de los chicos que habían salido a cazar, a la criatura».

«La Sra. Grose (que era la profesora de música) a las 04:45 de la madrugada, tras ser despertada por los ladridos insistentes de su perro. "Se encontraba en la orilla opuesta al área" (TNT) ».

«Paul Yoder y Benjamin Enochs, también en el área TNT, entre los iglús».

«El zapatero, Thomas Ury, en la ruta 62, cuando conducía cerca de la TNT».

«Ewig Tilton, Ruth Foster, Sheila Cain, Eddie Adkins, Everett Wedge, Keith Carpenter...».

Y por supuesto, la señora Carpenter, a la que el Mothman no dejaba dormir por las noches:

«Pitidos agudos que venían del bosque y hacían sacudir la ventana».

«Un bostezo». El auto de los Carpenter circulaba por Main Street. Iban a poco a poco, siguiendo a un Chrysler negro. Caía aguanieve. «La noche era tan oscura que no sabíamos dónde empezaba». La señora Carpenter vio que pasaban por debajo del cableado de luces. Del mismo, colgaban algunos regalos vacíos, inertes. A la salida, «la cosa», no mejoró. El tráfico discurría cada vez más lento en Shadle, y desde su puente ya se advertía el embotellamiento luminiscente que se estaba produciendo en el viejo puente Silver, «en el lado *para* Ohio». John comenzaba a desesperarse. Ya sabía lo que iba a pasar, tras la curva de Henderson. Cuando trató de incorporarse a la ruta 35 (Carretera que cruza la TNT), el Ford modelo 56 de Marvin Wamsley, le cerró.

—Tenía que ser un Wamsley—, maldijo John, en voz baja.

El Pontiac 55 le dejó entrar. John saludó con la cabeza a sus ocupantes: Paul Hayman y su mujer Bárbara.

—Querías el primer puesto, pues ahí lo tienes, estúpido—, John le pitó al Ford de Marvin Wamsley.

— ¡John!

Los conductores hicieron sonar las bocinas.

— ¡Siempre es lo mismo!

— ¡John, por favor!

—No vamos a llegar, nunca—, se desesperó John—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media—, dijo la voz temblorosa de la señora Carpenter.

John observaba con preocupación la larga fila de coches y camiones que llegaba desde el lado Ohio. Miró fijamente al joven Frank Wamsley, de veintiocho años de edad, que en ese momento se dirigía a casa en su camioneta.

—Malditos Wamsley, están por todas partes, renegó.

—Cuidado que vamos a chocar.

—La culpa la tiene este maldito semáforo—, apuntó, señalándolo—. ¡Siempre está averiado y no hacen nada por arreglarlo!

(John se refería al semáforo del lado de Point Pleasant, el cual, acostumbraba a estar casi siempre en rojo)

Tuvo que clavar los frenos. «Por un pelo», no se comió el Ford de Marvin Wamsley. Aprovechó el caos para meterle una sonora pitada. Marvin no sabía por dónde le llegaban los pitos. Veía delante al tractor verde, y a la «calvorota» de Bill Needham, dentro, moviéndose de un lado a otro, blasfemando.

Cesó la lluvia. La señora Carpenter sintió un vacío enorme. «Como si nos hubiéramos quedado completamente aislados del mundo, en ese puente». Se puso a observar la fila que llegaba de Gallipolis. Enfrente, quedaba detenido un Mercury Colony rojo, del 57. En su interior, unos niños jugaban con los regalos. «Creo que era el Sr. Boggs, que venía de Kanauga (Complejo de tiendas y viviendas situado en la parte de Gallipolis) ». «Creí reconocer a William, el mayor, iba sentado de copiloto». El Puente Silver se balanceó. Su acero emitió un agónico chillido. William Harold se quedó mirando a la señora Carpenter. Y de repente, una gigantesca lengua de fuego surcó el cielo. El puente se quedó sin luz. Se hundió el Mercury rojo del Sr. Boggs; el tractor de Bill Needham; el Ford de Marvin Wamsley, y un Chrysler negro. Le siguieron cuarenta y seis vehículos, y toneladas de acero. «El Puente se partió en dos, como el Titanic». Sus extremos se separaron y todos los que se hallaban en medio cayeron a las aguas gélidas del río Ohio. «Los Carpenter» permanecieron inmóviles, callados, sumidos en un estado profundo de shock, hasta que pasaran los gritos, o llegara la muerte.

De pronto, la puerta del conductor fue empujada hacia fuera. El Sr. y la Sra. Hayman sacaron a los Carpenter del auto, y los pusieron a correr en la misma dirección; hacia la salida de Point Pleasant; pasando entre todos aquellos vehículos que habían sido abandonados a su suerte, por temor a que se hundieran en el abismo.

«Corría en la oscuridad sin poder ver nada. De vez en cuando, mis piernas chocaban con algo frío. Pero yo seguía huyendo aterrorizada tras las voces que gritaban “auxilio” ».

La Sra. Carpenter siguió a John hasta el semáforo de Point Pleasant. «Continuaba en rojo». «Quería gritar pero mi voz estaba siendo interrumpida por el pitido agudo del Sr.

Cold». La luz roja del semáforo empezó a transformarse en un sol crispado. «Parecía un crisol». Algo pasó a toda velocidad por detrás de la Sra. Carpenter. «Sentí el frío de la guadaña». «Cuando traté de levantarme noté que no me obedecían las piernas».

Capítulo 19: ¡Nos está siguiendo!

«Mi esposo falleció en Vietnam el 2 de abril de 1969».

«Lo siento mucho». —« ¿Quién es Indrid Cold?

«El hombre de la sonrisa», respondió la Sra. Carpenter.

— ¿Y cómo viste, ese Indrid Cold?

La Sra. Carpenter, sacó la mirada de la estatua del Mothman. Daba la sensación de que ya no quería hablar.

—Alto, delgado, con sombrero—, prosiguió Connie, —viste de negro. Siempre está sonriendo.

(«Había un hombre en la carretera que caminaba por el arcén. Se dirigía al camping. Iba vestido de negro. Llevaba sombrero. Se parecía mucho a aquel espantapájaros crucificado, JAVIER)

(«Un señor alto, allí parado, vestido de negro con sombrero. Se veía fugaz, por el sol. De pronto, me sonrió, siniestro. Toqué la bocina, sin querer». KLAUS VAN DUINEN)

(«Bandido”, el pastor alemán del Sr. Baker. Se puso a ladrar como un loco, corrió hacia la oscuridad y desapareció». LA SRA. CARPENTER)

(«La Sra. Grose, que era la profesora de música, a las 04:45 de la madrugada, tras ser despertada por los ladridos insistentes de su perro». LA SRA. CARPENTER)

(«Vi a Lluc, ladrándole al muro del camping que daba a la N-340. La temperatura, extrañamente, comenzó a bajar. Allí en la carretera había “alguna cosa” extraña. Escuché al vecino salir “cabreado” y llevarse al perro. Lo arrastró hacia el interior de la caravana». LIDIA)

— ¿Qué hora es? —. Preguntó Pepe, en inglés.

—Diez para las doce—, respondió Connie, en castellano.

— ¿Cómo puedo ir a la zona TNT?

—La ruta 35 te llevará—, respondió Connie—, pero yo no iría.

— ¿Por qué? ¿Qué hay?

Connie le contó la historia.

—*Un año antes de la tragedia...*

15 de noviembre de 1966



«11:33 PM». Unas luces irrumpieron en el camino viejo del área TNT. Comenzaron a ascender, zigzagueantes, rompiendo el velo de la oscuridad hacia la planta generadora. A ambos lados había más de cien iglúes esparcidos por toda la zona «pastoral», pero aunque Mary Mallette intentara ver alguno achinando los ojos, lo cierto era que allí no se podía ver nada.

Roger Scarberry (18 años, alto, rubio), estacionó el Chevy negro del 57, a la entrada de la fábrica. Seguido, tiró marcha atrás, con una sola mano al volante, entre las carcajadas de Linda y la música de «Elvis Presley». Solían hacer «picadas» (carreras ilegales), por aquella zona. Steve, pareja de Mary, empezó a hablar acerca del legendario Porsche 356 «el pequeño bastardo», de James Dean. A Roger sólo le preocupaba que Billy Manly se presentara en su Ford azul, modelo 56. «Faltaba esa botellita de alcohol». La sacó Roger del salpicadero, dio un sorbo, y se la pasó a Steve. En el acto, Linda emitió un terrorífico grito. Los otros se quedaron petrificados. Volviendo las cabezas hacia la dirección donde apuntaban los ojos de Linda (En la misma entrada del predio), observaron dos grandes círculos rojos, muy brillantes. Roger empujó palanca y pisó acelerador. El Chevy salió derrapando. Levantó una nube de polvo con las ruedas traseras. Los ojos rojos torcieron, siguiendo la dirección del vehículo negro. Steve y Mary vieron extenderse a lo lejos unas inmensas alas de murciélago.

— ¡Písale Roger!

La criatura se elevó sobre ellos, persiguiéndolos. Doblaron la curva donde se encontraba una gran valla publicitaria, pasaron por encima de un animal muerto. El monstruo alado iba haciendo eses detrás.

— ¡Está chillando!

Alcanzaron más velocidad: Ciento sesenta kilómetros por hora. Cruzaron los portones que delimitaban el final del camino, y salieron a la ruta 62, donde el Chevy rodó seis kilómetros sobre asfalto. Cuando creyeron haberlo dejado atrás, ahí estaba de nuevo, encima de una loma; a un lado del camino, como esperando a que llegaran.

— ¡No te detengas, Roger!

Pasaron de largo, pero entonces la criatura desplegó sus alas y se lanzó en picado contra el Chevy, arañándolo, mordiéndolo.

— ¡Dios mío!

Fueron dando bandazos con aquella criatura oscura detrás hasta los límites de la ciudad.

— ¡Cuidado, un perro!

— ¡Es enorme! —. Gritó Linda.

Pudieron sortearlo y continuar hacia las luces de Point Pleasant. Se detuvieron cerca del lago, tras comprobar que la criatura definitivamente se había quedado lejos. En el instante, tuvieron que debatir entre guardar el secreto o por el contrario, ir directamente a la oficina del sheriff y contarle lo vivido. Tener que dar la vuelta para ir al palacio de la justicia del condado de Mason, donde se encontraba el sheriff, suponía un serio «hándicap». Lo segundo pesó, así que fueron a la oficina del sheriff y le espetaron la historia a su segundo al cargo, William Halstead.

«Cuando bajábamos huyendo del monstruo vimos un perro muerto—, le contó Roger a Halstead—, un perro muy grande. Pero, al volver hacía aquí, minutos después, ya no estaba. Había desaparecido».

Capítulo 20: Visiones del futuro

Connie hablaba un buen español. Eso sí, se notaba mucho que el profesor era Franklin porque llevaba «jerga peruana» en su vocabulario (Chévere, pata, bacán, plata, palta...); son algunas de las palabras que utilizó. Antes de despedirse, le preguntó por España, «sin duda la parte más embarazosa, porque España siempre ha estado hecha una mierda». Más o menos le vendió que era difícil, pero que con mucho esfuerzo se podía prosperar allí, «si claro, con dinero, como en todas partes». —. Viaje hacia el sur, por la ruta 35. Gire a la derecha y entre en la carretera de «Potters Creek», donde termina la acera. Gire de nuevo a la derecha y siga hacia «Park Forest», es una carretera muy larga. No la abandone hasta que encuentre el sendero. A partir de ahí, sólo se puede ir a pie. Los búnkeres están a una o dos millas—, indicó Connie. Se notaba que había estado allí—, y tenga cuidado—, le advirtió—, la mayor parte es propiedad privada. Si ven a un extranjero en el área, puede que le disparen.

Pepe se despidió de Connie y la Sra. Carpenter, frente a la estatua del Mothman. Echó a andar, bajo un cielo azul que se preveía caluroso. Caminó abstraído por las aceras de Main Street, «cavilando». La calle estaba atestada de vehículos aparcados. A la vuelta de la esquina, tenía el Ford. Se subió, encendió el motor. Giró en sentido contrario, hacia Henderson. Tuvo que parar a echar gasolina. Aprovechó para preguntarle al hombre de la tienda a qué distancia se hallaban los búnkeres. «El área está lejos. Los túneles están cerrados. La policía lo clausuró todo porque empezó a desaparecer gente». «¿A desaparecer gente?». «Extranjeros. Curiosos que se jugaron la vida buscando a la criatura». Iba contando mientras cobraba. «¿Usted no será uno de esos locos? ».

Pepe miró el reloj que el hombre tenía sobre su cabeza: 13:33 PM. «Joder». Le quedaba poco tiempo. A las 17:00 tenía que estar en el aeropuerto de Charleston, contando la media hora de viaje desde el hotel, puesto que debía regresar para ir a buscar «a esos dos». Resopló «cabreado», dentro del Ford. «Seguro que están nerviosos», pensó, riendo. Se puso serio. «Está Franklin». Llave en el contacto; arranque; radio y gafas de sol. «Hasta donde llegue>>. Acelerador, y tirando hacia la ruta 35 con «*Whole Lotta Rosie*, de AC/DC».

«¿Qué fue lo que dejó inválida a la señora Carpenter? », «¿el Mothman o una plancha de acero? », «tenía relación con Franklin, seguramente le habría ayudado en el tema de los papeles», «Indrid Cold».

Los gruesas ruedas del Ford Lariat enfilaron la ruta 35, dirección sur, «*”A whole lotta woman, whole lotta Rosie”* ». «Satanás, Beelzebud, Lucifer, el Demonio, ¿Mothman? ¿Enluta? ¿Indrid Cold? ».

— Potters Creek.

Bajó el volumen, «Angie, The Rolling Stones», tenía que acompañar las vistas, no transformarlas en algo infernal, como hacía AC/DC. «De todos modos menudo cambio de canción», pensó, mientras penetraba el área TNT.

«No encontraba a nadie. Me hallaba solo en mitad del estrecho camino abrupto, sin oposición».

Hacía mucho viento. La camioneta gemía y traqueteaba. Recorrió quince kilómetros de tierra fría. Entonces vio el sendero que le había dicho Connie. Se diferenciaba de las otras rutas por la cinta de balizamiento policial. «La policía había clausurado el lugar donde empezó todo».

«No iba a romper esa cinta, y meterme en un buen lío».

Aparcó el Ford en la zona prohibida, próxima al árbol, al que la policía del Condado de Mason le había estrechado el lazo. Después se apeó e inició camino. A medida que iba avanzando observaba todo aquel paisaje que había sido barrido por el paso del tiempo; los iglús silbaban desvencijados sobre la hierba gastada; ahora exclusivamente habitados por ciervos y conejos. Continuó. Aquella extensión de tierra abandonada que había sido protagonista a mediados de los sesenta, albergaba todavía una sorpresa: La ruinosa fábrica fantasma. Se paró en la entrada. Desde fuera, el suelo del edificio se veía parcialmente inundado. Tenía todas las ventanas rotas. La fachada principal, con su alta chimenea industrial detrás, recordaba muchísimo a las de la central eléctrica de Battersea, en Londres. «Pink Floyd las había inmortalizado al llevarlas como portada del disco Animals». Por dentro, el lugar estaba sucio y grafitado; muchos dibujos del Mothman; símbolos satánicos; velas; colillas; y piedras que formaban círculos. «El lugar estaba siendo frecuentado por frikis».

—Putos frikis.

Pepe echó un último vistazo, sin llegar a poner un pie en la planta generadora. —Pues este es el famoso lugar donde apareció por primera vez el Mothman—, reflexionó en voz alta—, curioso.

«Pero no pienso entrar ahí».

Se dio la vuelta y regresó entre escalofríos. «Ya tenía suficiente. Me estaba quedando sin dinero, no tenía trabajo, y mi vida se iba al garete. Tenía que volver a empezar y aquí estaba perdiendo el tiempo. Lo único positivo de todo este absurdo viaje a la TNT, era que se me habían quitado definitivamente las ganas de fumar». «No pensaba en el tabaco, y eso es bueno».

Con toda esta encrucijada de reflexiones y pensamientos, rondándole la cabeza, se subió al Ford, cerró la puerta, y se colocó el cinturón de seguridad a toda prisa. Estaba muy tenso, porque sentía «algo». Giró la llave de contacto y el motor rugió. Quiso poner la radio, para tranquilizarse, pero resultaba imposible sintonizar una sola emisora. «Por una parte era normal, dada la zona, pero por otra, el aparato emitía sonidos entrecortados, muy similares al código Morse».

Pepe pisó a fondo. La camioneta esbozó una hoz con los neumáticos traseros. Salió hacia adelante, levantando polvo. Su estridente sonido se oía a gran distancia, percutía

en esa misteriosa zona donde los lugareños seguían afirmando que ahí, vivía el Mothman.

A poco de abandonar Potters Creek vio una presencia al final del camino. Apostado en el límite que separaba tierra y asfalto, se hallaba un hombre joven, solitario. Cuando redujo la velocidad, apreció algunos matices extraños: «Parecía tener el cabello de platino. Iba muy maquillado». «Era alto, delgado, joven, peinado hacia atrás. No tendría más de treinta años. Llevaba una de esas gabardinas negras de los ochenta, como la que lucía Bowie en el videoclip *Underground*»». «Joder si es que hasta se parecía».

Al pasar por delante, sintió escalofríos. Pepe siguió recto, sin perder de vista aquella imagen, « ¿enoquiana? », la cual, traía relámpagos a su espalda. Se fue distanciando del transeúnte, que parecía no querer salir del retrovisor. Entonces emergió un extraño sonido alrededor del vehículo: «Al principio se oyeron unos «bips», y sonidos fuertes, como si una máquina estuviera golpeando contra una matriz. Después, el ruido comenzó a elevarse hasta volverse ensordecedor». «Duró como unos diez segundos y desapareció».

Los faros del Ford parpadearon. El motor volvió a arrancar solo. Pepe despertó de pronto. Sin querer, hizo sonar el claxon. El bocinazo terminó por sacarlo del trance. Miró en todas direcciones, asustado. El extraño individuo de cabello metalizado, ya no se encontraba en el espejo retrovisor. Salió dando un portazo. Lo buscó en el páramo. « ¿Indrid Cold?». El raso sólo podía ofrecerle tierra y nubes que se remontaban en el cielo. Estaban cambiando de color. Arrancó, chispeando. Fue directo al hotel. Tardó una hora. La lluvia apretaba de nuevo. En la recta, tiró de la palanca izquierda hacia arriba. El limpiaparabrisas subió el ritmo del compás. Giró el volante y se metió en el parking. De súbito, una sombra tras la cortina de lluvia. Pisó freno. El morro se quedó a un palmo de ella. «Casi me la llevo por delante». Pepe salió errático. Sin tiempo a reaccionar, notó como unos brazos se aferraban a su cintura. «Me parecieron los de una niña». «Hizo que me sintiera también niño». Lidia le miró a los ojos. «Me abrazaba como su hubiera resucitado». Juntos, entraron en el hotel. «Todo era muy extraño». Subieron las escaleras, de la mano, y se metieron en la habitación compartida, «sin escuchar un sólo reproche». Van Duinen dejó lo que estaba haciendo para fundirse con los dos, en un cálido abrazo.

«El viaje ha terminado».

Luego de hacer el equipaje, retornaron las llaves y pagaron la estancia. «Esta vez Van Duinen sí que ayudó con los gastos». Sobre las cuatro de la tarde se subieron al Ford y salieron pitando hacia Charleston. Llegaron muy justos, pero lograron pasar el control y embarcarse rápidamente en el avión, «sobre la bocina».

Sobrevolando la Estatua de la Libertad, Pepe se dio cuenta de que Lidia no paraba de mirarle. «Una mirada completamente infantil y entrañable». Van Duinen dormía «como un tronco» a su lado, por lo que Pepe entendió que era el momento de levantarse y hablar con ella acerca de todo lo sucedido. Se desabrochó el cinturón y recorrió el pasillo del Airbus. Esquivó a la azafata, «muy rubia ella». No pudo evitar observar algunos de los rostros afilados de tez clara que formaban parte del avión. «Casi todos eran alemanes». Presentó su fornido porte de metro ochenta frente a Lidia, desoyendo la

voz del piloto que en ese preciso instante avisaba: «Estamos atravesando el macizo de Estrop». (La tête de l'Estrop, es la montaña más alta de los Alpes franceses)

«No me jodas».

Pepe vio una figura humana alada ocupando la butaca número «150». Cuando quiso reaccionar, el vuelo 9525 de Germanwings cayó en picado. Los que estaban de pie se elevaron como si los hubieran colgado de un garfio. En un abrir y cerrar de ojos, aquellos pasajeros aturdidos que permanecían sentados impregnados del líquido de los acondicionados, se pusieron a rezar todos juntos el Ave María, mientras el avión ingresaba en el espeluznante estómago de «la montaña rusa». Pepe gritaba y gritaba, en el infierno. Sintió la mano de Lidia, clavándose en su antebrazo. —El infierno es repetición—, le dijo.

«VACÍO».

El vehículo arrancó de nuevo. Los faros centellearon. La radio sintonizó sin ayuda «Mr. Sandman». Pepe sacó el antebrazo del claxon. Contempló sus manos. Jadeaba y sudaba de manera copiosa. «Tenía la camiseta pegada a la espalda». Llevó los ojos al retrovisor con un largo resoplido. «"Bowie" no estaba, se había ido». Quitó la música. Pisó embrague y metió primera. El Ford «tosió» un poco, pero enseguida cogió ritmo a medida que iba subiendo marchas. El lugar quedó en escrupuloso silencio. Pepe miraba el paisaje, negando con la cabeza. «Quería creer que aquel "contacto" había sido fruto de mi imaginación», «No sé, puede que me fumara un porro con la joven, o bebiera algo raro en esa casa», «pero no lo recuerdo». En el parking del hotel apagó el motor y se quedó pensativo.

—Tiene que ser una visión—, manifestó —, ¿pero de cuándo?

Extrajo la llave y la guardó. Salió «mosqueado». «Me está pasando lo que debería sucederle a Lidia, ¿por qué? ». Regresó al Quality, con el teléfono «muerto» bailando en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Saludó al joven recepcionista que se hallaba tras el mostrador. Este elevó el mentón tímidamente. Después esperó a que subiera las escaleras para llamar a la habitación del profesor. Pepe se encontró a los dos en el pasillo. «Traían una cara...», sobre todo Lidia, que no paraba de rascarse el brazo.

—Podías haber avisado. Hemos tenido que llamar a la policía—dijo Van Duinen.

—Lo siento—se disculpó Pepe.

—Deprisa, haz la maleta, nosotros ya estamos—, el profesor miró a Lidia.

—¿Dónde coño has estado? —. Le preguntó ella, «cabreada».

—Fui a dar una vuelta—, respondió Pepe, entrando en la habitación.

—Tiene la cara quemada—, escuchó de Lidia.

La frase hizo que cambiara de dirección. Se metió de cabeza en el baño y cerró la puerta con pestillo. Encendió la luz. Fue aproximando el rostro, hasta que su faz quedó completamente reflejada en el espejo. —Me cago en su puta madre.

Tenía media cara sonrojada. Sintió la parte tostada con las yemas de los dedos. «No dolía nada». El contacto era áspero y frío; como «una señal de fuego» sobre la piel. Como la que llevaba Lidia. Se desnudó. Dio un paso atrás y examinó su cuerpo.

«No puede ser». «Las llamas se habían adueñado de la mitad del tronco».

(Ya no se oían gritos, sólo el fuego. Sentí un fuerte dolor en el brazo. Vi que me había quemado. Tenía forma como de marca. Parecía la mano de un niño. Había algo en la bahía, una mancha negra que no pudo tocar mi colchoneta. Se fue alejando, regresaba a la costa, «a pies de su dueño». Levanté la cabeza y contemplé el camping con lágrimas en los ojos. Vi a la niña del vestido de flores, sola, entre los fallecidos. Su tobillo rozaba mi cubo rojo. Creo que me estaba mirando, de un modo distinto, obligada, como si algo quisiera que estuviera allí. LIDIA)

Pepe volvió a colocarse la ropa encima. Salió «espoleado por el diablo». Hizo la maleta y adiós.

«*Goodbye blue sky*»

AIRPORT CHARLESTON WEST VIRGINIA. Pepe puso el intermitente para cambiar de carril. Lidia iba relajada junto a la ventanilla, contemplando la anchurosa faja verde del río Alce. Cruzaron al otro lado. El viento bufaba suave, el cielo, con tintes rojos, tenía ese aire nostálgico de despedida. Van Duinen en medio, tiritó de soledad. Se sentía «incompleto». A mitad de camino entre «la gloria» y «la decepción». Creía «a pies juntillas» que el río Ohio le había revelado el paradero exacto de los dos cuerpos (todavía) desaparecidos (víctimas 45 y 46), en aquella última imagen del Chrysler y el Mercury atravesando el agua como torpedos incendiados. Sin embargo, cabía también la decepción de no tener «otro caso Lidia». Estuvo mucho tiempo fantaseando con la idea de que tanto el Sr. Boggs como Jane Kennedy, habían escapado de la profecía del «Hombre Polilla», e iniciado un nuevo camino, en otra nueva vida, lejos de Point Pleasant. (Dentro de un estado de permanente «zombismo» hasta «su despertar»)

Lidia divisó el aeropuerto al tomar la curva. El tipo alto, rubio, americano, de la empresa «Rental Yaeger», esperaba en la puerta, «inflado como un guardaespaldas». El profesor le entregó rápidamente las llaves del Ford Lariat. «No tuvo tiempo ni de agradecerle». Corrieron los tres por el largo pasillo de la terminal hacia las ventanillas del «Check-in». «Dios puso su mano porque apenas había cola». Una vez pesado el equipaje y asignados los asientos, retrocedieron a la misma velocidad para pasar el control de seguridad. (Demoraron como unos diez minutos) De ahí a la puerta de embarque, (Pepe con el billete «en la boca») Llegaron «con las justas», como diría Franklin. Pero pese a todo, finalmente pudieron embarcar y regresar a Holanda. «Nueve horas de vuelo» después, en Ámsterdam, cambiaron el aeropuerto por la estación central. Tomaron un tren nocturno que los llevó a Rotterdam. Llegaron a la casa del profesor, más o menos, a eso de las tres de la madrugada. Lidia cayó rendida en el sofá. El profesor se encerró en su habitación, y Pepe, desapareció escaleras abajo. «Fin de la historia», «o eso parecía». A las seis de la mañana, oyó un portazo. Pepe miró el reloj digital del sótano.

—Coño, las seis.

Se levantó decidido. Se arrancó a subir en paños menores hacia el salón. Lidia seguía durmiendo sobre los cómodos almohadones del sofá. «Quería café». Se metió en la cocina. Como el profesor no la había limpiado, «joder», olía a fritanga «pero de la buena». Pepe se hizo su café y regresó sigiloso al sótano, «finalmente te acostumbras». Al pasar por delante de la habitación del profesor, vio que no estaba. «Habrà ido a comprar el periódico».

—Bueno, regreso a mi cueva—se habló Pepe, bajando las escaleras con sumo cuidado de no derramar una sola gota de «delicioso» café holandés.

Sentado en el sofá-cama, se puso a buscar el billete de regreso, en el móvil. Al cabo de cinco minutos se levantó exultante porque Torralba le había depositado el sueldo más el finiquito (Recibió la notificación vía SMS) Miró la cantidad y sonrió. En aquel momento de felicidad, un violento escalofrío le recorrió la espalda. «De pronto me acordé de mi padre»

(*“No me has contado nada de tu vida. No sé si viven aún tus padres, si tienes hermanos... Desde que te conozco no has llamado a ningún familiar”*), le llegó a decir Lidia.

Puede que en ese momento estuviera siendo guiado por algún tipo de fuerza sobrenatural, « ¿Indrid Cold? ». La cuestión es que Pepe se alzó «maquinalmente» para ir derecho a la mesa del profesor Van Duinen. «Aquella que contenía toda su investigación», la misma que él había desechado.

Se puso a revisar los documentos, moviendo la cucharilla del café. Fue ordenándolos por fechas. «La mayoría eran recortes de periódicos antiguos». Después aparecieron las fotos: Los cuerpos carbonizados de Los Alfaques en ataúdes, cubiertos con plástico transparente para que sus rostros compungidos pudieran ser identificados; el personal sanitario del Hospital La Fe, de Valencia, atendiendo desesperadamente a una víctima de la tragedia con quemaduras de segundo y tercer grado; vehículos particulares, cuyos acompañantes ondeaban pañuelos blancos a través de las ventanillas; unidades de la Guardia Civil y la Cruz Roja recorriendo el panorama calcinado. «El Mothman». Todo lo de la criatura fue a parar a otra pila. «El rumor» del papeleo que traía reportajes de Los Alfaques se iba apagando a medida que resurgía la figura del Mothman en forma de noticias, fotos y sobres ocultos. «Contenían cintas de casete». Uno de los sobres llevaba una fecha: «21 de octubre de 2003». Lo abrió. Dentro estaba la «Denon noventera», con su pegatina blanca y un nombre escrito en negro junto a la Cara A: «Connie Carpenter». «La Sra. Carpenter». Ladeó el cuello a izquierda y derecha en busca del radiocasete. Fue a ver si estaba metido en alguna de las estanterías. Entonces, al iniciar el primer movimiento, desplazó sin querer unas cuantas hojas que se hallaban en el filo, haciendo que estas volaran livianas hasta tocar el suelo.

Pepe recogió la única hoja que, «casualmente», había quedado volteada hacia arriba. Observándola, boquiabierto, se formuló asombrado:

— ¿Será hijo de puta?

El folio en sí era la fotocopia de una noticia aparecida en el Diario Levante, cinco años atrás. El periodista que había suscrito la información, adjuntó una foto en blanco y negro bajo el enunciado: « ¿Mito o realidad? ». «Se cumplen diez años desde que Desintoxica Valencia abriera sus puertas».

—El número de desintoxicados asciende a doscientos diez, según la clínica—, continuó leyendo en voz alta.

La fotografía había sido tomada en el mismo centro. Se veía a Sebastián, «el Doctor», (aquel argentino guaperas melenudo con el que Pepe había intercambiado unas escuetas palabras en el cementerio de Tortosa), posando sonriente entre sus pacientes. Pepe reconoció a Lidia. «Era ella no cabía duda». Y a su derecha, Javier, tieso como un palo.

—Muy bien profesor, ahora, ¿dónde estoy yo?

Puso el sótano «patas arriba». Rebuscó en todas partes. Sacó los libros de las estanterías y comenzó a mirar si había algo dentro. Curiosamente, en el de John Keel, hallaría la respuesta. «Había un folio doblado por la mitad». Al abrirlo saltó «la bomba».

En aquella hoja fotocopiada, un recorte de periódico resaltó, a martes 1 de agosto de 1972, (Cinco años antes de la tragedia de Los Alfaques) Decía lo siguiente: «Los niños de tres y cinco años fueron secuestrados por su padre el pasado 24 de julio. El coche ha sido localizado, vacío y con una rueda pinchada, en el kilómetro 159 de la N-340».

Se acordó de lo que le había dicho Lidia: «No me has contado nada de tu vida. No sé si viven aún tus padres, si tienes hermanos... Desde que te conozco no has llamado a ningún familiar».

(«Yo ya he estado aquí»)

«Esa fue la sensación que tuve, cuando visité Los Alfaques».

Martes, 1 de agosto de 1972



Un te quiero,

Una caricia,

Y un adiós.

« ¡Qué grande eres Nino!», gritaba en su cabeza de manera exultante, José Francisco Gutiérrez, de treinta y dos años, al volante de un Citroën 2CV, color blanco.

—Tengo sed—, dijo Julio, el mayor, a modo de queja.

José Francisco bajó el volumen de la radio. Luego, miró a Julio, utilizando el espejo retrovisor.

—Eres igual que tu madre.

—Mamá—, sollozó José (Pepe), el menor de tres años, que iba sentado atrás, entre las piernas de su hermano.

José Francisco frenó de pronto.

—Me parece que hemos pinchado—, dijo.

Acto seguido, apagó el murmullo del motor. Abrió y pisó asfalto. Salió timorato y chorreando de sudor, cuidando de no ser atropellado por los coches que bajaban. El viento quemado de «Los Alfaques» aleteaba su camisa desabrochada mientras rodeaba el vehículo. A la altura del maletero se detuvo un instante para escuchar toda la felicidad que arrojaba aquel camping ubicado a primera línea de mar. Entonces esperó a que pasara el R8, y después reventó la rueda.

Julio pegó la boca al cristal. Vio a su padre, guardando la navaja en el bolsillo. José (Pepe) rompió a llorar. Eso le puso nervioso (Al padre) Julio intentaba tranquilizarlo pero ya era demasiado tarde. José Francisco tiró de la puerta y los puso a desfilar «bosque adentro». Las criaturas no dejaban de mirar atrás porque escuchaban voces. «El padre» iba separando la maleza con las piernas a medida que la cigarra acrecentaba el grito. Sin darse cuenta, fueron siendo engullidos por aquel bosquecillo al que el sol trataba como una lápida.

A punto de oscurecer, salieron a la parte fúnebre. José Francisco vio que había siete árboles dispuestos en círculos. «Aquí». Separó a José de Julio y lo ató al largo poste de madera que antaño había pertenecido al espantapájaros.

(Pepe no podía llevar nada sobre la piel. Decía que «le quemaba»)

Cogió a Julio por la solapa y lo arrastró hacia los matorrales. Al cabo de un momento, regresó con la camisa manchada de sangre. «Sabía perfectamente lo que estaba

haciendo». El filicida elevó su arma. La preparó para dejarla caer sobre el cráneo del pequeño.

—Jódete, maldita puta—, dijo endemoniado.

Pero en ese bosque habitaba algo más oscuro. Su presencia, congeló ese segundo crimen. «La niña del vestido de flores» compareció ante la muerte, escoltada por los niños caídos durante la guerra.

«El filicida se cagó de miedo». Apenas podía respirar frente a los que acabaron sepultados por las bombas. Echó a correr hacia la carretera enronquecido. «Gritaba y pedía auxilio». Cuando salió, un camionero que llevaba unas copas de más se lo llevó por delante.

Capítulo 22: Desbloqueando recuerdos

«Lidia y el profesor afirmaban haberla visto: Se encontraba fuera de las duchas, pegada a la pared, temblando de miedo, bajo el fuego cruzado producido por las bombonas de butano».

«Parecía que pertenecía al camping: Entonces vi algo en el horizonte. Primero apareció un destello. Luego, un color, el rojo creo, o blanco, no sé. Retrocedí y le di sin querer con el pie al cadáver de una niña que tenía medio rostro, negro».

«Pero no era de allí». Pepe extendió un recorte de periódico que señalaba que en tiempos de la segunda república y debido a la censura tanto de símbolos como de referencias hacia la monarquía, el municipio de San Carlos pasó a llamarse temporalmente «La Rápita de los Alfaques», teniendo como referencia su puerto marítimo. Tras la victoria del bando nacional, el municipio volvió a adoptar su nombre anterior». «Ni de aquella época». Se había terminado el café. Comenzó a rebobinar toda la cinta en su cabeza: «Dos sucesos paranormales previos a la tragedia». «El de la niña, no podía ser identificado como tal, ahora sí». «Los dos hemos tenido contacto con el espíritu, y con el Mothman». « ¿Y si son la misma cosa?». «¿Acaso uno anuncia la muerte y el otro la trae? ». « ¿O es el Mothman, la mismísima muerte?».

«Alguien llama a la puerta». Regresó al sofá-cama. Se puso algo de ropa encima para estar más visible. Cuando subió encontró a Lidia, hablando con un policía.

Lidia se volvió aliviada, al ver llegar a Pepe.

—No entiendo muy bien lo que dice, pero creo que quiere que le acompañemos.

Pepe entabló una breve conversación con el policía en un inglés «*de cinco pelao*». Pese a esto, llegaron a entenderse. El policía volvió a su vehículo y esperó. Pepe cerró la puerta.

— ¿Qué sucede? —. Preguntó Lidia.

—Tenemos que ir a comisaría.

— ¿Cómo? ¿Ahora?

—Sí. Recógelo todo. Tus pertenencias, todo, no te dejes nada.

— ¿Se puede saber qué ocurre?

—Claro. ¿Recuerdas tu sueño?

— ¿El de Van Duinen? No se cumplió, tú lo impediste.

—Esta mañana le oí salir muy temprano. La policía dice que ha encontrado su cadáver en el canal.

Lidia se tapó la boca.

—Y reza porque hemos tenido mucha suerte, —siguió hablando—, el muy imbécil se metió en el agua sin permiso, y una lancha le golpeó la cabeza dejándolo moribundo.

Cuando regresó a buscarlo, ya se había ahogado. De no ser por esto, estaríamos detenidos. Aun así, tenemos que dar explicaciones. Cógelo absolutamente todo, porque no vamos a volver.

«Es curioso lo de los parques en Rotterdam. La gente sale a correr en grupo. Aparecen supuestos “instructores” de yoga, boxeo y kárate “de debajo de las piedras”, los cuales, ofrecen sus servicios a la comunidad por puro altruismo. Cualquiera puede unirse. Nadie mira mal a nadie, ni se ríen, ni tampoco piensan que el profesor sea un vacilón, o que el alumno esté haciendo el ridículo». Había un parque de estos, a dos manzanas de la comisaría. Pepe lo observaba en silencio, sin preocupación, pese a ir montado en el vehículo policial. A Lidia en cambio, se la comían los nervios. No paraba de hacer preguntas estúpidas. «Menos mal que no la entendían».

Ya en comisaría los sentaron y hablaron con ellos. Trajeron un traductor; un tipo grande, negro, tatuado, de origen francés, «no tenía nada que envidiar a MR.T». Pepe declaró que (aún) trabajaba para la revista de Torralba; que Lidia era una colaboradora suya; y que (bueno), como que habían entablado una fuerte amistad en muy poco tiempo. «Cosas en común». Afinidad, la cual, les llevó a «cruzar el charco» hasta Point Pleasant. A la pregunta de «MR.T» de porqué habían dejado perder los billetes de vuelta, Pepe respondió que se trataba de una ocasión única de regresar con el profesor al lugar dónde empezó todo—. Él escribió mucho sobre la criatura, ya sabe—, le dijo. Por último preguntó acerca de si Van Duinen tomaba algún tipo de medicación, o si lo habían visto beber alcohol, consumir drogas, tales como la marihuana, cocaína, etc. Pepe dijo «No», ocultando que sabía lo de la diabetes. Punto y final. La policía los dejó libres porque tenía la declaración de una joven prostituta que afirmaba haber sido acosada verbalmente por un hombre que minutos después se quitó la ropa y se lanzó al canal. «La chica dijo que estaba loco, pero que no parecía estar drogado ni nada». Al ser «del mundillo», su opinión gozaba de credibilidad.

Pepe y Lidia recogieron sus pertenencias y se encaminaron hacia la puerta. En el mostrador había una mujer que rondaría los cincuenta, acicalada, «de espaldas a nosotros», con el cabello recogido. «Tenía pinta de millonaria».

Lidia alcanzó de pasada a oír su nombre. Enseguida se despegó de Pepe para ofrecerle las condolencias a la hija del profesor Van Duinen.

Ella, simplemente la miró en modo arrogante, y después habló, en perfecto español:

—Gracias a gente como vosotros mi padre perdió a su familia.

«Nada más que hablar, nos vamos». Pepe se llevó a Lidia del brazo. La metió en el primer restaurante que vio. «Un chino». Pidieron pato, fideos, arroz, y rollitos de primavera. Para beber, sangría. Lidia usó los cubiertos, Pepe, se pidió palillos.

—Estoy listo para comunicarme contigo.

—Soy toda oídos.

—Querías que te contara cosas de mí.

—Si quieres follar ya es demasiado tarde, las puertas están cerradas.

—No, escúchame.

Lidia frunció el entrecejo. «No parecía el mismo *chulo playa*».

—Perdí a mi hijo.

— ¿Cuándo? —. Preguntó Lidia. Se le notaba afectada.

—Ibai vivió sólo para soñar. No tuvo más tiempo. El doctor dijo que se asfixió.

—Oh Dios mío. Cuánto lo siento.

—Toda la ilusión se desvaneció al instante. Su muerte me arrebató la vida.

—No sé qué decir.

Lidia alargó el brazo y le acarició los dedos, dulcificando el gesto.

— ¿Tenías a tus padres contigo, para apoyarte? —. Preguntó a continuación.

—Mi padre era un narcisista, celoso, acaparador. Mi madre, una alcohólica.

— ¿Por qué no me contaste todo esto antes? Podríamos habernos entendido mejor.

—Yo nací en Galicia, es lo único que sé. Crecí con mis abuelos en O Pino, cerca de la parroquia donde nació Fernando Vázquez.

—No sé quién es Fernando Vázquez.

—Es un entrenador de fútbol.

—No me gusta el fútbol.

—Bueno da igual, no pasa nada. Mis primeros recuerdos nítidos se remontan en el pueblo. Me acuerdo de la casa, nada más entrar a mano derecha, justo en la curva. Allí mataron a un perro. Tengo la imagen congelada de mi abuela acariciando a nuestra gata Marta. Mi abuelo, que era un hombre muy grande, solía tomar su copita de orujo, antes de empezar el día. Luego se subía al tractor y marchaba para el campo. Siempre traía algo para que mi abuela cocinara. Salí del pueblo, fui a la universidad, me gradué, conocía a una hermosa mujer, tuvimos un hijo que no pasó de su primer amanecer... Hasta aquí todo parecía claro. Sin embargo, no tenía ningún recuerdo de antes, ¿entiendes?

— ¿A qué edad te adoptaron tus abuelos?

—No lo sé. Pero, recuerdo mi primera tarta de cumpleaños, y por lo menos, seguro, entre los seis u ocho años.

— ¿No te dijeron tus abuelos nada?

—Jamás mencionaron a mi padre. Ni siquiera pronunciaron su nombre. Era su hijo, y no hablaron.

—Se sentirían avergonzados por algo.

—Exacto.

— ¿Qué hizo? —. A continuación, Lidia evocó un gesto agrio, quizá arrepintiéndose de haber formulado esa pregunta.

—Nos secuestró, a mi hermano y a mí, y nos llevó a Los Alfaques para matarnos—, contó Pepe, cabizbajo, mirando a la nada, completamente abstraído.

—Mierda—, dijo Lidia—, ¿es ese bosque, verdad?

—Creo que sí.
—Pero no lo conseguí. Conmigo no—, dedujo Lidia—, ¿qué se lo impidió?
—Lo sabes bien.
—No puede ser. Yo la vi, viva, en el camping. Lloraba en la pared de las duchas—, se interrumpió—, Van Duinen también la vio.
—El infierno es repetición—, suspiró—, me lo dijiste en una visión.
—¿Yo? Creo que se lo oí decir a Van Duinen. ¿Cuál visión?
—Un hombre que me encontré en Point Pleasant me mostró muchas cosas, no sólo desbloqueó mis viejos recuerdos.
—Él te ha cambiado—, dijo Lidia, relajando los hombros—, Indrid Cold.
—Me dejó sentado en un avión, en mitad de la catástrofe. ¿Cuánto tarda en cumplirse?
—No lo sé. A veces semanas, años...
—La comida se está enfriando—, dijo Pepe.
—Ya...

Lidia partió el pato con el tenedor. Antes de llevarse el trozo a la boca, preguntó:

—¿Y ahora qué vamos a hacer?
—¿Me crees?
—Te sigo.
—Mi padre no pudo matarme porque algo que aún habita allí, lo aterrorizó. Salí huyendo, como si tuviera arañas por todo el cuerpo. Y cuando llegó a la carretera, y agitó los brazos pidiendo auxilio, un camión cisterna lo arrastró cinco metros hasta las puertas del camping. Yo permanecí solo en aquel bosquecillo, no sé por cuánto tiempo. Salí vivo, eso seguro. Pero no recuerdo si fui rescatado por un uniforme o por alguien en particular. Lo primero sería lo lógico, puesto que me hallaba «en su estómago», rodeado de árboles viejos.
—En ese lugar murió Javier.
—Tenía entendido que se rompió el cuello nada más caer.
—Su alma fue a parar allí. Hasta entonces podría haber regresado a su cuerpo. Lo vi en sueños.
—Tiene que ser esa niña.

Lidia negaba con la cabeza mientras revoloteaba con la cuchara el arroz.

—Escucha. Indrid Cold me hizo recordar a mi hermano Julio y le estoy agradecido por ello. Ojalá pudiera hacerme entender mejor, pero creo que debemos volver a Los Alfaques y entrar en ese lugar, como tú querías.
—Tienes ganas de volver a verlo.
—Mi hermano está muerto. Pero aunque suene macabro, y lo entiendo, estoy plenamente convencido de que esa niña estaba en el kilómetro 159 de la N-340, «*avans que els Nens del Povalet*»—, “remató” Pepe, finalizando en catalán.
—¿Estás seguro?

—Sí, y no está sola.
—Explícate.
—El profesor guarda toda su investigación en el sótano.
—Lo sé.
—Rebuscando en una mesa que tiene, llena de papeles, hallé un poco de historia en tiempos de la Segunda República. «Los rojos» básicamente le cambiaron el nombre al municipio de San Carlos. Le llamaron «La Rápita de los Alfaques».
—Ahora me estoy perdiendo un poco.
—Sí, lo entiendo. A lo que voy es que toda la franja costera española sufrió un continuo asedio en el desembarco de tropas. La gente que vivía en la costa durante la Guerra Civil no tuvo otra que salir huyendo o quedarse a luchar. A muchos, cuenta que, les cogería de sorpresa.
—Vale. Quieres decir que a esa niña no le dio tiempo a escapar.
—Esa criatura vivió la tragedia a su modo; fuego, explosiones, su familia quemándose... Otro infierno en la misma tierra.
—¿Quieres hablar con ella?
—Quiero devolverle el favor que me hizo cuando era pequeño.
—Yo también—, apuntó Lidia.

«No era momento de contarle que el profesor los había investigado. ¿Para qué? A los muertos hay que dejarlos en paz. Sea otro el que los juzgue».

—¿Y qué hay del Mothman? ¿Al final, qué pinta en todo esto?
—«El Mothman», «el Enluta», «Satanás», o lo que habite allí con ellos, probablemente sea «la cosa» que no les deja regresar.
—¿Cómo lo vamos a hacer? —. Preguntó Lidia.
—Habrá que consultar a un experto.

Pepe se dispuso a «hincarle el diente» a la comida. De repente, se paró:

—El perro que atropellaron en la curva se llamaba Mofly.
—Como «el Koala».
—Sí.

Capítulo 23: Almas perdidas

Pepe se subió al avión con algo de «yuyu». La visión catastrófica del accidente aéreo provocó que se mantuviera tensionado durante todo el viaje. Lidia no se separó de su lado.

A las cinco de la tarde aterrizaron en el aeropuerto del Prat. Buscaron un taxi que los llevara al aparcadero donde Pepe tenía el Ibiza. Cuando llegaron, la cara del dueño lo expresaba todo. —Casi me quedo con el coche—, «se la tiró». Pudieron recogerlo «no sin antes pasar *por caja*». Solucionado «el asunto», salieron para Tarragona. Durante el regreso, Pepe realizó una misteriosa llamada, la cual, sorprendió a Lidia: —*Ha pasado mucho tiempo*—, habló una voz baja, de persona mayor precipitada. Al punto, se quebraba.

— ¿Qué tal, Rosa? ¿Cómo estás?

—*Mayor.*

—La edad nos vence a todos.

—*Seguro que a ti no.*

Aquel comentario le sacó una sonrisa.

—Necesito tu ayuda.

— ¿*De qué se trata?*

—Fantasmas.

—*Tú no crees en fantasmas.*

—Ahora sí.

— ¿*Qué te ha hecho cambiar de opinión?*

—Vivencias.

— ¿*Una mujer?*

Pepe miró a Lidia con disimulo.

—Los Alfaques—, dijo Pepe.

— *¡Ah! Sigue habiendo mucha actividad en ese lugar.*

—Demasiada.

— ¿*Cómo has ido a parar allí?*

—He estado trabajando para una de esas revistas que tanto «te gustan».

— ¿*En serio? ¿Has salido del cotilleo?*

—Tú eres vidente, deberías de saberlo.

—*Muy gracioso.*

— ¿Quieres venir? Le preguntó Pepe.

—*Estoy lejos.*

—Doy media vuelta ahora y te voy a buscar.

—*Tengo noventa y dos años, Pepe. No me aguanto ni los peos.*

—No importa.

—*Para ti.*

Pepe cambió de oreja. Ahora manejaba con la derecha.

—La entidad es una niña, de la Guerra Civil.

—*Cuidado.*

—No creo que sea mala. No me hizo nada de pequeño.

—*Entablaste contacto con ella. ¿Por qué no me dijiste nada?*

—Porque no estaba seguro. Quiero ayudarla a cruzar, también a los otros niños.

—*¿Los has visto?*

—Oído.

—*Es un paso importante.*

—¿Lo es? ¿Qué debo hacer?

—*Necesitan dar un mensaje. Están esperando a alguien.*

—¿Tú te puedes comunicar?

—*No. Además de vieja y cansada, estoy lejos.*

—Puede que sigan enterrados en la zona—, dedujo Pepe.

—*Es probable. O que se hayan dejado un objeto. Los espíritus se aferran a las pertenencias que tuvieron en vida.*

—Pueden estar unidos a algo que siga con ellos.

—Sí.

—¿Una entidad también? Preguntó Pepe.

—*Eso es cosa de demonios.*

E-15/ AP-7 VALENCIA – TARRAGONA

—En caso de ser así, ¿cómo lo venzo?

—*No se puede ganar. Pero puedes devolvérselo al infierno.*

—¿Cómo?

—*Teniendo a Dios de tu parte.*

—Ya sabes que no creo en él.

—*Entonces, tendrás que buscarte un exorcista.*

—Vamos no me jodas, no conozco a ninguno.

—*Pues vas a tener que empezar a creer.*

—Vale. Te escucho.

—*Deberás acudir siempre de noche, entre las dos y las tres de la madrugada. Fuera de esa franja, la oscuridad pierde poder.*

—Va a ser complicado porque estoy lejos.

—*No sé dónde estás, pero tendrás que salir antes.*

—Voy camino de Madrid—mintió.

«Trataba de ocultar la presencia de Lidia para no tener que darle la razón».

—*Lleva la Biblia contigo*—, prosiguió la vidente en su explicación—, preferiblemente «el Nuevo Testamento».

—¿No puede ser el viejo?—. Bromeó.

—*Los demonios odian a Jesús. Si oyen sus palabras, aunque sea por boca de otro, desearán vomitarte encima.*

—Gracias.

—*Así se manifiestan.*

—Claro son demonios.

—*No se van a poner a bailar una jota*—, ironizó Rosa—, *pero tú sigue leyendo, no se te ocurra detenerte, pase lo que pase. Si lo haces estás jodido.*

—¿Por qué? ¿Qué pasa si me entra tos?

—*No seas estúpido.*

—Perdón.

—*Esto es muy serio.*

—Vale.

—*Coge sal y un rosario, no un crucifijo.*

—Espera, ¿por qué sal, y por qué un rosario y no un crucifijo?

—*La sal te protegerá, creará una barrera energética. El crucifijo tratarán de arrancártelo.* Les será mucho más difícil si lo llevas enrollado. ¿Has hecho güija?

—Nunca—mintió nuevamente—¿eso es todo?—. Repuso rápido.

—¿Tienes permiso para entrar?

—Están en un bosquecillo que se sitúa al frente.

—*Mejor. Si no hay casas cerca, «has triunfado».*

—¿Por leer una biblia en voz alta? ¿No te parece demasiado? Que llamen a quien quieran.

—*No los vas a encontrar en la superficie. Tendrás que cavar.*

—Es una broma.

—*Los espíritus permanecen «anclados» en el lugar de su muerte por culpa de «algo»; ya sea su propio cadáver o un objeto, que para el mismo, fue de gran valor en vida. El hecho de entrar en bucle, durante «la franja», y no encontrar «el ancla» hace que degeneren y se tornen rabiosos. Su poder como entidad, y que la persona haya o no, practicado magia negra, determinará la fuerza con la que puedan contactar.*

—Está apartado de las viviendas.

—Genial, pues. ¿Algo más?

—No—. Pausa—, bueno sí. En caso de tener problemas, ¿puedo llamarte?

—*Ni se te ocurra traérmelos a casa. Ya no juego en primera división.*

—Gracias.

—Suerte.

Rosa colgó.

Pepe vio la salida 32 TORREDEMBARRA / ALTAFULLA

— ¿Quién es Rosa? —. Preguntó Lidia.
 —Es una vidente. Antes era muy famosa, trabajaba con la policía. Se retiró en el noventa y tres, o noventa y cuatro, no sé, por ahí.
 —Parece que te conoce bien.
 — ¿Por qué lo dices?
 —No, por nada.
 —La conocí cuando trabajaba en «Interviú».
 —Habrás que parar en el chino—, dijo Lidia.
 — ¿Has escuchado?
 —Sí, claro, tiene la voz fuerte.
 —Primero vamos a tu casa, descansamos, y mañana vamos a ello.
 —Mañana es 1 de octubre.
 — ¿Ah, sí?
 —Es el cumpleaños de mi hermano—, dijo Lidia. Miró derechamente al paisaje que corría a su lado—, «*hubiera cumplido cincuenta y un años*».

Lidia estiró el brazo y puso música. El gesto sorprendió a Pepe. La voz hipnótica de Jim Morrison los introdujo en una telaraña psicodélica de recuerdos que no pudieron ser borrados. Así, Pepe, creyó ver sobre el limpiaparabrisas a su ex, danzando ebria en alguna fiesta, como de costumbre, «puesta hasta el culo de todo». Mientras Lidia echaba el cuello hacia atrás y se relajaba pensando en que todo iba a acabar.

«Como dice la canción, *The End*».

Hicieron dos paradas antes de llegar. La primera para echar gasolina, la segunda en el «Bazar Jiang». Compraron agua, sal, «huesitos» para el camino, «y una maldita pala». El rosario lo adquirieron en otra tienda de artículos que conocía Lidia, pasada la catedral, en «Rambla Nova». Alcanzaron su destino final (Av. Catalunya), por «Campo de Marte». Pepe dejó a Lidia en casa y se fue a aparcar. Como era de noche, no tardó en hallar aparcamiento. «Diez minutos a pie». «La pala se quedó dentro». Él salió, cerró el coche y se encaminó por la vieja Rambla hacia la casa de Lidia, a la hora en que se agitaban los árboles.

Al pasar por delante de la iglesia, vio al párroco, cerrando.

— ¿Padre, tiene un momento? —. Le preguntó Pepe.
 —Claro—respondió el hombre, confiado—, ¿en qué puedo ayudarte?
 — ¿Puede un ateo realizar un acto religioso?
 —Dependerá de qué tipo de acto quieras realizar, ¿de cuál estamos hablando?
 —Leer una biblia en voz alta.
 — ¿Y qué empujaría a un ateo, a leer la palabra de Dios?
 —La necesidad.

El hombre vetusto, de hombros encogidos y mirada cansada, le dijo:

—Dios está en cada uno de nosotros. No importa el tiempo que tardes en necesitarle, al final siempre aflora.

— ¿Responderá?

—Responder no responde nunca, pero de escuchar, escucha. ¿Cuál es tu nombre? —. La pregunta del párroco coincidió con las campanadas.

—Pepe.

—Eres José, «hijo de Raquel».

— ¿Conocía a mi madre?

—Está en la Biblia, «Génesis 30,22-24».

—Ah, casualidad.

—La casualidad ha querido que vengas a mí. ¿Por qué no regresas mañana?

—Vivo en Madrid.

—Has venido de muy lejos para encontrar respuestas. ¿Hallaste alguna?

—Unas cuantas, sí.

— ¿Las más importantes?

—Una por encima de todas.

—Debió ser duro.

—Me hizo bajar al infierno.

—Igual que Cristo, «en el descenso triunfal».

—No, lo mío es más una derrota.

—Entre la crucifixión y la resurrección, Cristo bajó al mundo de los muertos, y después a los infiernos, para proclamar su victoria. En el estómago del «Hades» visitó «a los justos» en el purgatorio. Luego de eso, ascendió.

— ¿Los justos? —. Pepe no comprendía «el nombre».

—Almas, que se quedan atrapadas en el infierno.

—«El infierno es repetición».

—El tiempo es el infierno—, repuso el párroco—, espero haberte sido de ayuda — finalizó calmado, regresando al papel «del ermitaño».

—Sí, gracias.

«Me quedé pensando».

Capítulo 24: Retorno a Los Alfaques

A Pepe lo despertó la alarma. Vio que se había quedado dormido, abrazado a la almohada. Bostezo dos veces. Luego se incorporó desnudo, apoyando los codos en el colchón. Cogió el móvil y apagó la alarma. Inspiró—. «Eran las nueve, y la noche recién comenzaba»—. Desde la ventana, observó a una pareja de adolescentes que discutía bajo una farola. Ellos, no pudieron verle en la oscuridad, «Me presento a vosotros desnudo, como en el purgatorio—, imaginó—. Seguramente follarán, tendrán hijos y se divorciarán. Nada dura para siempre».

Entró vestido en el comedor. Lidia estaba preparando unos tacos, «así con queso, jamón dulce y lechuga». «Era la primera vez que la veía cocinar». Se sentó a la mesa, y la observó. «Parecía contenta en su papel de *ama de casa*». Atendió a Pepe cariñosamente. Trajo los platos, puso servilletas y cubiertos. «Ah, y el vino». «¿La calma antes de la tormenta? ».

—He visto nubes negras—, dijo Pepe, desplazando la mano hacia la comida.

Lidia se sentó delante.

—No creo que llueva por allí—, respondió.

Empezaron a comer.

— ¿Tu perrita está bien?

—Sí ya está. Aquello sólo fue un susto. Mañana llamaré a «Menche». Aún no sabe que estoy aquí. ¿Está rico, verdad?

—Muy rico.

Al término, se levantaron en silencio. Lidia se puso a lavar los platos mientras Pepe comprobaba el estado de las linternas. «Me las había traído de Holanda».

Salieron a las diez. Caminaron sigilosos, alargando sus sombras a la luz de las farolas. «Nadie pasaba por allí».

—Supongo que todos duermen para ir a trabajar.

—Será eso—, dijo Lidia, con voz trémula.

«El miedo empezaba a trepar».

Pepe observó las enormes nubes negras que se recortaban en el lejano horizonte.

—Deberíamos haber traído un paraguas—, se lamentó.

—En la aplicación decía que no llovería hasta el viernes.

—Como nos coja la lluvia...

— ¿Qué?

—Pues que va a ser una putada.
—Ya. Podemos dejarlo para otro día.
—No. Esto se tiene que acabar.

Con la firme decisión de no dar marcha atrás, doblaron la esquina. Avistaron inmediatamente la iglesia. Continuaron un poco más allá; «calle abajo». Cruzaron el paso cebra. «El Seat» seguía aparcado a la derecha, de una avenida (la verdad sea dicha) completamente desierta. Pepe abrió el vehículo. Se sentó tras el volante—. Tengo que echar gasolina—. Pensó. Aspiró la temblorosa calma «antes de la muerte». Después, arrancó. «Me la llevaba de regreso a Los Alfaques».

«El destino quiso que a las 14:36 de un martes, 11 de julio de 1978, decenas de campistas que abundaban el camping de Los Alfaques, se vieran de repente solos, a las puertas del infierno»—. «Cuando llegó, cayó la oscuridad teñida de rojo. Menudo desastre. Yo viví aquellos tiempos de calor, humo y asfalto quemado. Cogía mi «Iveco» e iba por la N-III, plagada de curvas, echando humo; alternando marchas con freno, sobre todo en las bajadas; sin dormir; con todo el olor de las zapatas ascendiendo, expandiéndose por toda la cabina. Había una serie, «Los Camioneros», que la hacía Sancho Gracia, «Curro Jiménez», y que reflejaba muy bien nuestro trabajo. En aquellos años, todo era así, «dejado», nadie se responsabilizaba de nada. Todo el mundo pasaba, no había control. Los camiones viajaban con sobrecarga, de ése modo la factoría rentabilizaba el viaje. Mandaba todo lo que podía en un sólo viaje y el transportista callaba porque cobraba por tonelada. No se contaba con el sufrimiento del camión. Encima, aquella mañana, el bueno de Francisco, que el pobre se fue al cielo debiendo todavía el camión, tenía que ir a buscar la cisterna a Enpetrol y de allí, casi quinientos kilómetros hasta a Puertollano (Ciudad Real), y en martes, con todo «el solano», pegándole a los más de veintidós mil litros que llevaba de propileno licuado. Yo estoy convencido que él no quería, y que le hicieron firmar algo seguro, para lavarse las manos. Pero que al final, oye, al fin y al cabo es dinero, ¿quién no lo haría? Total, carecíamos de todo tipo de reglamentación, yo las he hecho de «más gordas», solo que he tenido suerte»—, contaba un ex compañero de Francisco Imbernón, «Paco», para sus allegados, allá, en Alcantarilla—. «Yo estaba aquel día en la N-340, y vi pasar a los helicópteros con heridos. No tenía un duro y como todos, en vez de coger la “Autopista del Mediterráneo”, me metí en la carretera».

Seguían el camino que trazaban los faros. A poco de cruzar «El Ebro», les alcanzó la lluvia. —. Viví mucho tiempo fastidiada de los pulmones—, recordó Lidia—. Una vez escuché a mis tíos quejarse de los accidentes que ocurrían en el punto kilómetro 159, 400. «Debe haber una maldición allí»—, citó—, la cabina salió disparada con el chófer aplastado dentro. La cisterna se dividió en siete proyectiles: La parte trasera sale como un misil hacia la urbanización Sierra del Mar, produciendo un cráter de sesenta metros; la sección del depósito derriba los muros de la discoteca, enterrando a dos hermanas, una madre y una abuela, bajo los escombros. La carcasa de la mitad superior cae en la

entrada del camping, a dos metros de recepción. Un cuarto fragmento va a parar a los apartamentos. Otros dos terminan empujando a las reventadas ruedas hacia diferentes puntos; una se queda incrustada en la tapia; la otra se encuentra en el bosquecillo. El peor es el séptimo. Su sello libera los 26.100 litros de propileno. «El resto de la historia es una psicofonía del infierno». —El dolor se ha quedado ahí—, dijo Pepe—, los niños aún deambulan buscando a sus familiares entre las ruinas de la guerra. El sonido de las ambulancias resuena con el canto de los grillos. Es el eco de la tragedia.

«Ahora, la luz se abre paso a través de la oscuridad. De pronto, el silencio del camping tras la lluvia».

Salieron de la rotonda «de las tres palmeras», curvando por el ángulo contrario al camping. Más adelante, a la altura de la parada de autobús, Pepe puso el intermitente para entrar en la urbanización Sierra del Mar. Recorrió un tramo corto y después giró a la izquierda, llevando al «Seat» por «el paseo de las Palmeras», hasta que se cortó la calle. «El lugar era perfecto para aparcar porque la zona hacía límite con el bosquecillo». Paró el motor. Sólo se oía lluvia. Las gotas retumbaban en la chapa. «Era como si el cielo cayera sobre nosotros».

— ¿Esperamos a que pare? —. Preguntó Lidia.

—No se detendrá—, afirmó Pepe con rotundidad—seguido, exhaló—. «La temperatura había comenzado a descender».

Abrió la puerta y sacó la mano. Movié los dedos. «Las gotas apenas se sentían en la piel».

—Podemos salir.

Terminó de empujar la puerta hacia afuera. Salió. Se fue directo a la parte de atrás. Contempló el espacioso maletero. Allí dentro estaba la pala envuelta en una bolsa negra de basura, un viejo parasol desgastado, el triángulo de emergencia con el chaleco reflectante.

—Joder—se le escapó. —«Qué hermosura».

Y la gorra de Jimi Hendrix.

Rompió el plástico con los dedos, y extrajo la pala. Intercambió la cazadora por «la cara del mejor guitarrista de todos los tiempos». Se arremangó, «con esas fachas» de camionero a lo «Yo, el halcón». Completó «el ritual», cerrando la cajuela y recogiendo la linterna que le ofrecía Lidia.

—Al lío.

Lidia se puso la capucha.

Enfilaron camino de tierra hacia el interior del bosque, sin tener que cruzar la carretera. Cuando la farola dejó de dar luz, encendieron las linternas. Los círculos comenzaron a oscilar inmediatamente sobre el terreno que hallaban a su paso. Enfocaban el fondo, temerosos; aquellas ramas espectrales que se iban alzando por encima de las demás (figuras fantásticas, retorciéndose), formaban como una «gran corona matrimonial», la cual, iba decayendo conforme se acercaban «a los árboles». El viento silbaba «ronco». «No había pinaza», por lo que nada podía interrumpir su alarido, una vez que cesó la lluvia. Entonces alternaron los relámpagos. Los pies se movían rápidos entre claro y oscuridad. El jadeo tomó forma de nube gélida—. «Hace cada vez más frío».—Toma, sujeta esto—. Pepe le tendió la linterna a Lidia. Sacó el rosario del bolsillo y lo adhirió «como trapo que cubre la sangre», a la mano que tenía libre.

—Cojones.

—¿Qué?

—Se nos ha olvidado la Biblia.

—No te creo.

—Soy ateo, coño. ¿Te sabes alguna oración?

—No fui a un colegio de monjas. «El Padrenuestro» y poco más.

—Pues reza.

—Tú también.

—Yo no me sé ninguna oración.

El deslumbrante haz del trueno descubrió en la profundidad a los niños de la guerra, esqueléticos. Fueron vistos quietos, ubicados uno tras otro, en el resplandor. Pepe comenzó a balbucear oraciones mezcladas, sin orden.

—Vámonos de aquí—, dijo Lidia, temblando de miedo.

—Creo que tienes razón—, expresó Pepe, boquiabierto, desde el horror.

Dieron pasos agigantados hacia atrás. Creyeron retroceder. Pensaron que los dejaban atrás. Pero de pronto, cayeron en la cuenta de que formaban parte de un misterioso círculo errabundo que los trajo de regreso «a los viejos árboles ceremoniosos».

—No puede ser.

Ahí estaban las ruinas de la caseta (a la izquierda), detrás de «la estaca» del espantapájaros. Pepe puso el foco en «el palo».

—No me digas que lo vas hacer—, Lidia estaba literalmente «acojonada».

—Los niños deben estar enterrados aquí.

—¿Y si te equivocas?

—Seguiremos cavando—. El resplandor le iluminaba la cara.

—¡Debemos irnos!

—No nos dejarán marchar—, puso la hoja en el suelo, mirando a Lidia, —alumbra.

Pepe apagó su linterna y la guardó en el bolsillo trasero. Empezó a cavar. Primero brotó la tierra como la sangre, después, se hundió removida haciendo tambalear el trozo de madera, el cual, iba asomando cada vez más largo a medida que crecía la profundidad. «Es más grande de lo que pensaba». Los golpes arrebatan su aliento. Miró por encima del hombro. Comprobó que Lidia estaba rezando. «Ahora la veía más alta». Tuvo que quitarse la gorra porque el sudor hacía chorrear las cejas y eso le molestaba. Lo apartó de su frente y continuó excavando la fosa con mucho esfuerzo. Apretó los dientes. La tierra se estaba poniendo blanda. El entorno del poste comenzaba a estar definido. Sus piernas se hundían en presencia de Lidia. Pero él bregaba y bregaba hincando la pala, sacando constantemente piedra y barro esponjoso. Paró para sacar un momento el móvil y mirar el reloj: —Las dos y media. Volvió a mirar a Lidia. En aquel huidizo resplandor, no estaba sola. «Los huesudos» la acompañaban a su alrededor, cercándola. Ella, reflejaba en su mirada puro terror siniestro. Quería gritar.

— ¡No los mires!

Siguió. La luz se cayó por completo. Dejó de iluminarlo. En la más absoluta oscuridad se advirtió el contorno de la niña. «La tenía delante ««¿Qué estás haciendo, estúpido»—, escuchó. La miró un instante. No tenía ojos humanos. Parecían dos cuencas negras llorosas dibujadas con malicia. Agarró el mango, tratando de no pensar en lo que estaba viendo. Rememoró aquella final de Copa, de 2002, contra el Real Madrid en el Santiago Bernabéu «El Centenariazo». Recitó la alineación de memoria: —Molina, Scaloni, César, Naybet, Romero, Mauro Silva, Sergio, Víctor, Valerón, Fran, Tristán.

La curvatura metálica tropezó con la piedra. Raspando, afloraron los primeros huesos humanos. Cogió uno y lo sacudió. « ¿Un fémur? ». Apoyó la pala en el hoyo y salió. A la vista quedó una tumba repleta de huesos, donde destacaban principalmente los pequeños cráneos. La sensación de frío gélido descendió, volviendo a la temperatura normal.

Pepe hincó la rodilla, tratando de recuperar las fuerzas. Se llevó la mano al bolsillo trasero, sacó nuevamente la linterna e iluminó el lugar. «Los niños se habían ido», «¿descansarán en paz? ». Se quitó el rosario de la mano. Lo fue desenrollando poco a poco hasta que apareció « la marca», «de tanto apretarlo».

Lidia observó en derredor. El viento seguía aullando entre los árboles. Recogió la linterna del suelo. Se quedó mirando la tumba, hipnotizada.

— ¿Estás bien? —. Le preguntó Pepe.

— ¿Qué hacemos ahora?

—Avisar a la policía—, levantó el cuerpo. Se puso rígido—, no ha sido tan difícil—, tiró el rosario al hoyo—, salgamos de aquí. Cogió la gorra.

Anduvieron deprisa, sin precipitar los pies. Salieron en dirección a la carretera. Estaban sudando, el resplandor guiaba sus pasos. De repente sintieron una inclinación levemente curvada.

—No puede ser—, dijo Pepe.

Habían vuelto otra vez al mismo lugar. «La fosa, las piedras, los árboles».

— ¿Qué falta? —. Se sacó la gorra y echó su cabello hacia atrás con los dedos.

Entonces Lidia retrocedió diciendo: — «El Enlutao».

Sobre la base que antaño había pertenecido a la caseta de labranza, distinguieron una figura negra con sombrero, la cual, permanecía de pie, allí parado, esperando a que se abrieran «las puertas del infierno».

— ¡Corre! —. Gritó Pepe.

Echaron a correr. La espalda de Pepe tropezó con un árbol. Se quedó seco, sin aire en el suelo, mirando al cielo. Lidia siguió corriendo hacia la carretera sin darse cuenta de que Pepe «había caído». —Mierda.

Al rodar en dirección a la fosa, notó que se le habían enganchado unas cuantas agujas de pino. «Ahora volvían a estar allí, como en el verano». La luna se veía inmensa; los árboles igual que catedrales. «Olía a resina». Metió la mano en el hoyo, alargó los dedos y sacó la pala. Permaneció tendido sobre la tierra, supuestamente de cara al Mothman.

«Tiene muchos nombres». El viento le voló la gorra. — ¿Dónde coño está? —. Susurró. Movió el cuello a izquierda y derecha, enérgicamente. «El Enlutao» ya no estaba. ¿Se había ido? Incluso dejó de sentir frío. —, ¿dónde está?

Se levantó, se vino arriba: — ¡No te escondas hijo de puta!

Recorrió seis metros. Empezó a bajar, debatiéndose: « ¿Por qué no me ha atacado?>>, « ¿acaso no puede? », «¿qué le impide atacarme? », « ¿mató a Javier? », «¿por qué el sí y yo no? », «¿qué tengo yo, que no tuviera él? ».

— ¡Lidia!

Pepe se aproximó «a la barrera». Atravesó la maleza. —. Otra vez la curva, nuevamente el bucle—. Volvió a aparecer entre dos árboles, con las ramas rozándole. Delante, aquella enorme figura oscura se preparaba para caer sobre Lidia.

— ¡Dale! ¡Atízale fuerte!

Pepe le soltó un palazo. La sombra se desvaneció al instante.

— ¡¿Qué ha sido eso?! ¡¿Dónde está?! —. Se dio la vuelta, nervioso, buscando «a la aparición».

De pronto, llegó un sonido del cielo. «El aullido lejano de una sirena antiaérea».

— ¡No puede ser!

— ¡Es la jodida alarma del Apocalipsis!—, gritó Lidia, teniéndose en pie.

Pepe la ayudó a incorporarse, sujetándola por debajo del codo. Empezaron a entremezclarse los sonidos, «muchos sonidos». Repentinamente, había aviones, gritos y llantos, e insultos y amenazas. Lidia se abrazó a Pepe, comprimiendo así sus cuerpos en el epicentro de aquella misteriosa «nube invisible» que vomitaba sonidos estridentes, choques metálicos y campanas (además de golpes y chillidos), los cuales, se habían quedado atrapados para siempre en 1937. Regresó la lluvia. El tintineo de las gotas los sacó del «sueño negro». — ¡No! —. Gritó Lidia, al ver que Pepe soltaba la pala.

«El Enlutao» «bateó» por encima de la cabeza de Pepe. Este, que había logrado esquivarlo, retrocedió encorvado para recoger la pala. Pero enseguida le cayó otro golpe desde la sombra que lo tumbó hacia atrás.

— ¡Cuidado!

Sentado, a un palmo de la fosa, Pepe divisó una pequeña mancha humeante que se convirtió en el Mothman. Lo vio claramente. La criatura alada sujetaba una navaja de bolsillo. «La reconocí nada más verla; Toledo; punta reluciente afilada; mango de madera». «Era la navaja de mi padre». Soltó un par de pinchazos más, al aire, y regresó a por Lidia. «Su principal objetivo era Lidia».

Ella se arrodilló fundida, dejando la cabeza a merced del fantasma. Su voz se diluyó en una última oración insuficientemente articulada, mientras el arma del homicida acariciaba su parietal. — ¡Detente!

Pepe agarró la pala y se levantó. Pero la criatura se había quedado paralizada. «Por aquellos árboles se movía *algo*». De la carretera llegó un rumor inquietante: «Una coral del infierno». Lidia aprovechó la inmovilidad de «la cosa» para escapar gateando. Se ubicó al lado de Pepe. Juntos, contemplaron el largo destello luminoso que caía del cielo. «Era como si toda aquella parte de la Costa Dorada se preparara para entrar en llamas». «En ese punto, yo me quedé atrás y Lidia lo comprendió todo».

— ¡Corre hacia la luz!

Se desviaron. En vez de retroceder, siguiendo el camino que les había llevado de frente «a la estaca», echaron a correr ágilmente hacia el flanco diestro de las ruinas (lugar que había visto antaño corretear a Javier y sus amigos) Arrastraron los pies por el bosque, hasta que pisaron arcén. Entonces vieron aparecer ante sus ojos a un enorme camión cisterna de color blanco. Y con esta instantánea, regresó el martilleo. «Cada golpe

atravesaba la mano de Cristo». El sol estalló en un gran destello candente. El panorama adquirió el color del crisol. La cabina del Pegaso salió disparada hacia adelante al tiempo que el depósito se desmembraba en siete fragmentos.

Pepe no podía moverse. Contemplaba estupefacto «la recreación del pasado», con lágrimas en los ojos. Lidia, mucho más consciente de lo que estaba presenciando, cogió a Pepe de la mano y lo arrastró hacia el ardiente asfalto de la N-340.

— ¡Hay que llegar a la playa!

Cruzaron la carretera y se metieron «de lleno» en la bola de fuego que iba a arrasarlo el camping. Acompasaron «al horno», sorteando cuerpos carbonizados con la carne hecha a girones; en llamas, corriendo igual que antorchas bajo viento, en dirección al mar. «Ciegos», guiados por el shock y la adrenalina; desorientados; algunos sin ningún dolor. «No podían resguardarse en ningún lugar».

— ¡Corre! —. Gritaba Lidia.

Ellos no sufrían ningún mal porque no pertenecían a ese tiempo. Aún así, corrían entre los vivos que gritaban pidiendo auxilio. «El alemán», «Curro», gritaba como consecuencia del dolor que le producían las llagas. La lengua de fuego se lo llevó a su paso. Asunción (la madre de Javier) se desplomó a pies de Pepe. Alejandro y su hermana se habían convertido en un par de figuras ennegrecidas. Paquito se detuvo para siempre en las duchas, mientras se aclaraba. Veían familias enteras sentadas a la mesa, carcomidas por la ceniza; personas que vagaban aturdidas con el bañador fundido a la piel; y de pronto: Clara.

(—«Recuérdame quién es Clara»—. «Una amiga. Venía de arriba. No la recuerdo muy bien. Iba mucho con “los niños del cubo»)

Saltaron el muro y alcanzaron la orilla.

—Clara—, dijo Pepe.

— ¿La conoces?!

— ¡Es la amiga de Javier!

— ¡No me habló!

— ¡Porque seguramente ya estaría muerta!

— ¿Qué hace allí parada?!

—Observa (Clara)

— ¡No te oigo! ¡El ruido no me deja escuchar! (Se refería a los sonidos metálicos estridentes que acompañaban en todo momento al *déjà vu*)

— ¡Javier me contó que su amiga del camping había muerto calcinada junto a su madre!
¡Sería otra niña!

Clara volteó la cabeza hacia atrás en modo sobrenatural. Los miró.

—Es el demonio—, dijo Lidia, tensionando la mandíbula.

En el instante, la niña se transformó en algo mucho más grande.

—Indrid Cold.

«Por supuesto, había estado siempre ahí». El Mothman volvió los centelleantes ojos rojos hacia el mar, donde se estaban viviendo acontecimientos de puro terror.

Lidia se acercó sola. Tocó a la criatura. «Estaba frío». Rodeó a un grupo de personas que se hallaban a pies de Indrid Cold, Dejó atrás la arena. Pasó por encima de las «pequeñas piedras», entre los cuerpos ennegrecidos que miraban al cielo buscando explicación. Extendió los brazos, cerró los ojos, se adentró en el agua hirviendo. «Este es mi lugar. Tendría que haber muerto», pensó.

Pepe pasó rozando el Mothman. Le miró desde abajo, pero él no se movió. «Permanecía congelado en el recuerdo, observando un mar sin olas, con el agua burbujeante». Una ráfaga de viento le movió el cabello. Vio que seguía en el infierno. Descendió hacia la orilla para estar con Lidia. Fue ahogándose lentamente «en el mar de las familias carbonizadas». Brazos flexionados, bocas abiertas, dedos engarrotados, almas que protegían sus cabezas de una amenaza invisible. Se colocó a su lado. Juntos, “vieron la luz al final del túnel”. «Un viaje a la inversa».

Pepe le cogió la mano.

— ¡No te sueltes!

Lidia contempló su rostro, con los ojos de una niña.

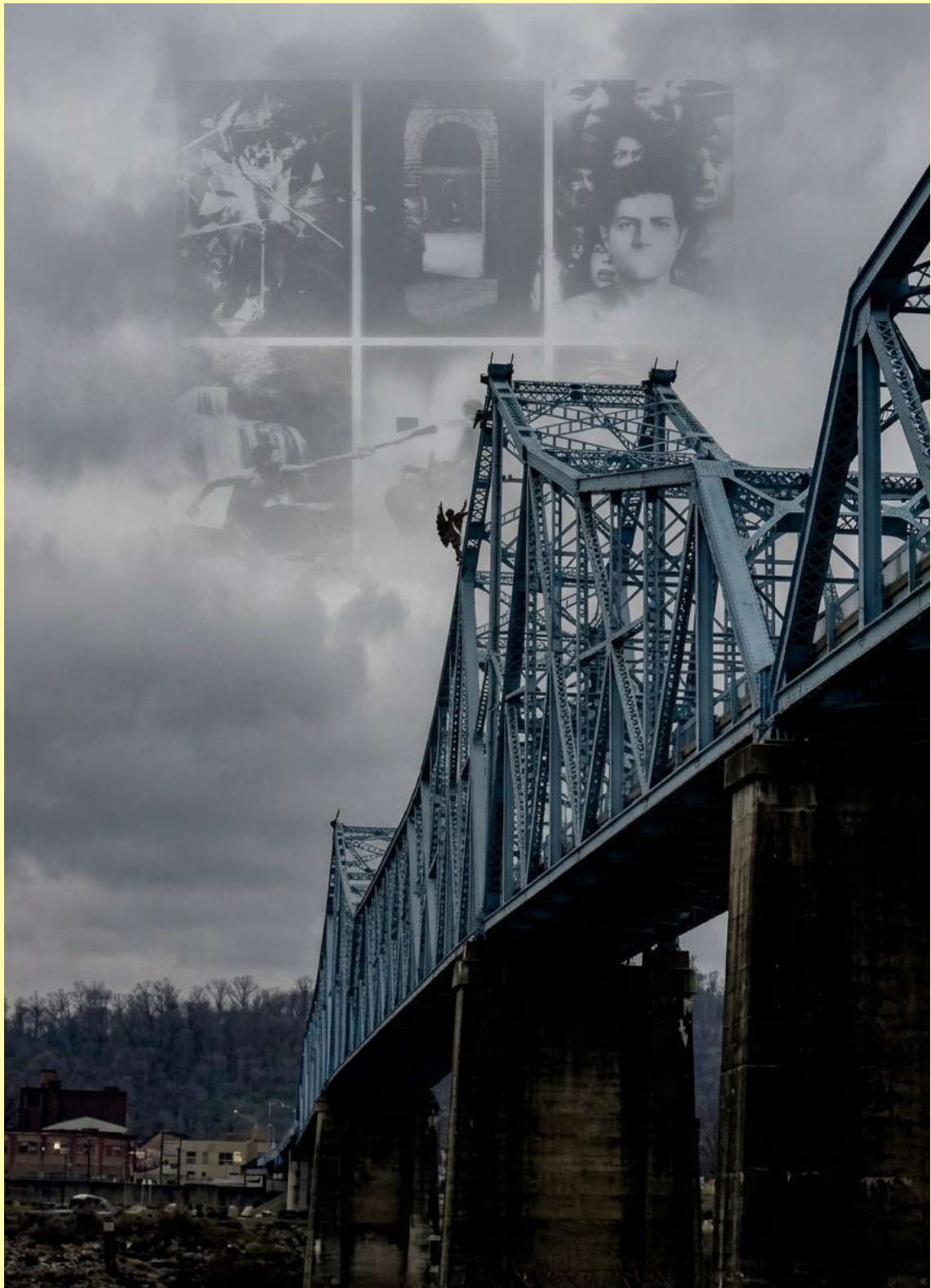
Avanzaron, liberándose de los que habían encontrado allí la muerte. A los pocos segundos, una cara redonda de niño; pálida y con grietas por toda la frente, emergió detrás de Lidia y la abrazó fuertemente con el propósito de hundirla en las tinieblas.

—Ya te tengo, Lidia—, susurró.

Pepe la cogió de la muñeca, antes de que «el demonio» pudiera llevársela. «Aquella mirada llena de odio, escrutadora, a rebosar de rencor, me decía que la soltara». Pero él no iba a hacerlo; no iba a obedecer al niño de ojos vengativos. Tiró con fuerza hacia arriba, mientras «el mal» sonreía. Logró liberarla de las garras del monstruo. Al momento, Lidia volvió a su lado. Nadaron, mar adentro. Una mancha negra que se extendía venía tras ellos. «La psicofonía llegaba a su fin y había que escapar cuanto antes de aquel infierno». Avistaron una colchoneta sin dueño que se balanceaba en el horizonte. «Lidia la reconoció al instante». Buscó a «Richi», en la inmensidad de un mar que poco a poco iba recobrando la calma. «No lo encontré, pues el tiempo presente estaba barriéndolo todo». El sonido se había apagado y la luz irrumpía con fuerza por encima de la Costa Dorada. La marea negra se retiró. Entonces Pepe alcanzó a ver

“algo». «Fue como un flash en mitad del último fulgor». «El Enluta era ese niño, y el niño era mi hermano».

Recogió la gorra de Jimmi Hendrix y contempló los árboles. Lidia se subió la capucha. El amanecer dio sus primeras señales. Brilló grisáceo sobre el hoyo. Pepe y Lidia abandonaron tranquilamente el bosque. «El sol de la mañana, el rumor de la brisa, el canto de los pájaros».



Capítulo 25: R – A – E – L

Un humanoide alado, vestido de negro, asoló el pensamiento de Peter en una noche lluviosa de mayo, en 1970. Se convirtió en su máxima fuente de inspiración. Llegó a vestirse como «el pájaro». Hasta se rapó «un triángulo» sobre el hueso frontal para así tener más conexión con esta entidad, o criatura. «Decía que se llamaba Rael». « ¿Entró Peter Gabriel en contacto con el Mothman? ». « ¿Podría ser, ese tal Rael, Indrid Cold? ». «El nombre podría ser fruto del azar, como él mismo reconoció. The Who también había utilizado a *Rael* en «The Who sell out», lanzado en 1967 (lo que cabreó a Gabriel, al enterarse mucho después) Pero es que la década de los setenta, además de traer la mejor música, arrojó las peores catástrofes: 1970, Yungay, Perú, 20.000 personas; 1972, Los Andes, 29 fallecidos; 1973, Montrove (Oleiros), a Coruña, 79 pasajeros y 6 tripulantes; 1977, la colisión de dos aviones Boeing 747 en la pista de despegue de Los Rodeos, en Tenerife, 583 personas; 1978, Los Alfaques, 215; 1979, Dniprodzerzhynsk, Ucrania, otros dos aviones de la compañía Aeroflot, cobrándose la vida de 178 pasajeros, incluyendo el equipo entero de fútbol: Pakhtakor Tashkent, de la primera división soviética.

Pepe giró el volante a la derecha. Los neumáticos del Ibiza entraron en contacto con la grava. Estacionó el vehículo al lado del Nissan Qashqai. Subió las escaleras que llevaban a un restaurante de carretera llamado: «La Cerdera». Alejado de la puerta, en el mismo porche, esperaba Torralba. Era algo más joven que Pepe. Tenía pinta de oficinista sabelotodo. Se levantó, le saludó como si no hubiera pasado nada. Conversaron:

—He pedido pulpo.

—Mira el correo.

Torralba sacó el teléfono móvil. Lo examinó, mientras tomaba asiento.

—Mi compañera te ha enviado unos archivos.

—Ya veo.

Pepe se sentó.

— ¿Mothman está en Los Alfaques? ¿Qué mierda es esta?

—Has empezado al revés. Abre el primero que te ha enviado.

Llegaron las tapas; el pulpo y los mejillones. «Un bitter», y una «Coronita», para Torralba. «El pulpo “voló” ».

—Estoy impresionado—, dijo Torralba—, tengo que estudiarlo todo más detenidamente, pero de entrada es impresionante.

—Eso no es nada—, dijo Pepe, con la boca llena—, dejó su teléfono móvil encima de la mesa—ve a grabaciones de voz.

Torralba escuchó la grabación entera: «18 minutos». Después, se quedó sin habla.

—Es lo peor que he escuchado nunca.

—Te daña el cerebro.

—Sí. ¿Esto está en Los Alfaques?

Pepe asintió.

—Joder. Me ha roto. ¿En qué parte lo has grabado?

—Inicié antes de entrar en el bosque. Por eso al principio se escuchan nuestros pasos.

Luego ya, hasta la playa.

—Estoy hecho polvo.

— ¿Lidia iba contigo?

—Ha estado conmigo en todo momento.

—Esta supera a todas (psicofonías), incluida la de Argumosa. ¿Me la puedes enviar?

—Quédate el móvil.

—Pero es tuyo.

—Yo tengo otro.

Pepe retiró la silla y se puso en pie.

— ¿Quieres volver?

—No—, respondió Pepe—, yo soy como Rael.

— ¿Rael?

—«De día vagabundeo entre viejos edificios y humeantes calles. De noche, cuando el cielo negro desciende a los infiernos, me dedico a buscar fantasmas».

Torralba se quedó boquiabierto, sin entender de dónde venía «la cita».

—Olvida lo que he dicho. Tú no entiendes de música.

—Bueno me gusta Balvin.

Pepe se marchó del restaurante, «sin pagar». Se metió en el vehículo y «tiró millas».

Recogió a Lidia kilómetro, kilómetro y medio más adelante, en una gasolinera.

Lidia subió a Nuca detrás. Ella se puso al lado de Pepe.

— ¿Cómo ha ido? —. Preguntó, estirándose el pantalón.

—Dalo por finiquitado.

Lidia buscó el botón de la radio.

— ¿Y ahora? ¿Adónde vamos?

—A buscar una tragedia.

Radio España emitía «El Cóndor Pasa», cantada por el tenor Juan Diego Florez.

—Es una señal—dijo Lidia.

— ¿Una señal de qué?

— ¿No conoces a Juan Diego Florez? —. Bufó, como un gato—, no tienes ni idea de música.

—Yungay.

El Ibiza se puso en movimiento en dirección a la carretera.

—Has preguntado adónde vamos.

—Sí.

—Nos vamos a Perú.

La perrita empezó a ladrar.

«No existe mejor viaje que el regreso a casa»

— ¡CUIDADO! —. Gritó de repente Lidia.

Pepe clavó los frenos delante de un animal. El morro se quedó a un dedo «del peludo». Le pitó dos veces para que se apartara. «Pero el perro no hacía ni puto caso».

— ¿Será cabrón? —. No se aparta—, dijo en voz alta.

Se quitó el cinturón y se bajó del coche. El animal seguía delante con la lengua fuera, como si estuviera sofocado.

—Bueno, ¿te apartas o qué? —. Le habló.

El perro viró un poco hacia él y le ofreció la cabeza para que lo acariciara. A Pepe le gustó el gesto. Le hizo sentir cómodo. Se inclinó y comenzó a pasar sus manos por su amplia melena... «Era un perro de esos tipo con el flequillo cubriéndole los ojos; así entre gris y blanco».

—Eres muy cariñoso, ¿eh? Debes de tener dueño.

Pepe levantó la cabeza y vio a otro animal, un pastor belga, esperándolo cerca del bosque. La expresión de su cara cambió radicalmente; acababa de reconocer al animal que estaba acariciando.

—Mofly —, dijo asustado.

«Es el perro que atropellaron en la curva, cuando yo era pequeño»

Se incorporó, solemne. Pensó en Lidia. «Como el Koala». Cuando miró hacia atrás, el asiento del acompañante estaba vacío. Lidia ya no se encontraba allí. «Ni ella ni su perrita». Solo el coche, mudo en mitad de la carretera.

«Habían desaparecido»

FIN

MOTHMAN ESTÁ EN LOS ALFAQUES



